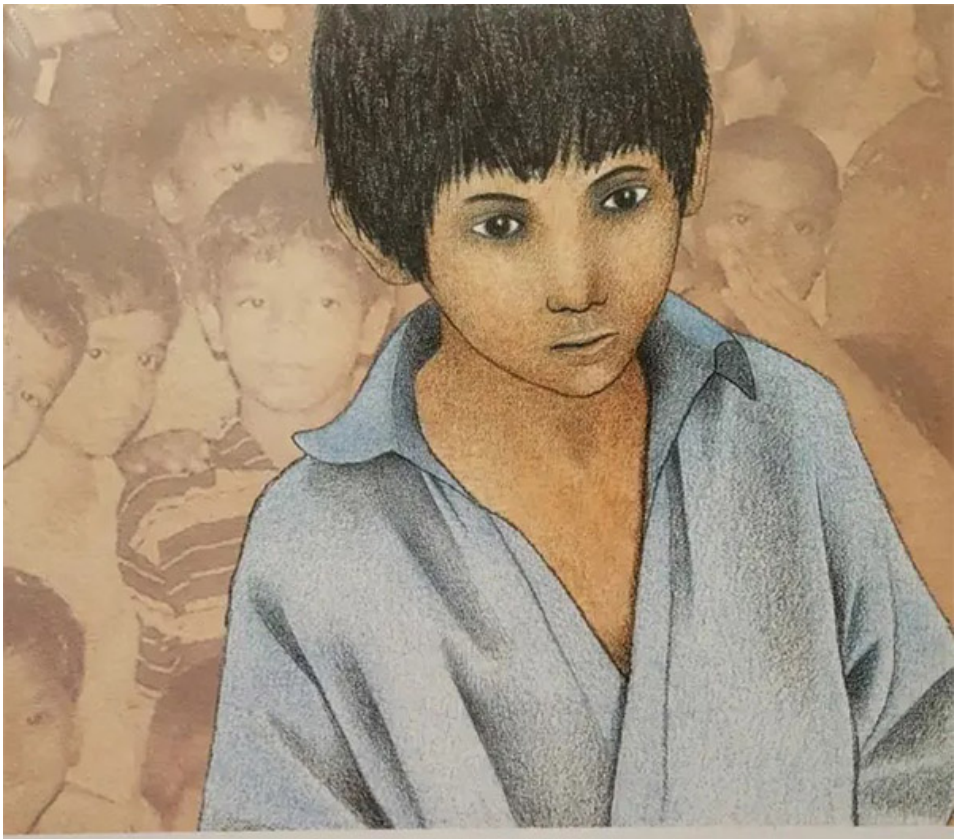

IQBAL MASIH

LÁGRIMAS, SORPRESAS Y CORAJE

Miguel Griot

Iqbal Masih fue un niño que nació para ser esclavo y creció para desafiar su destino. El héroe que escapó de su trabajo forzado y se convirtió en el símbolo contra la explotación infantil. Acércate a él a través de lo que cuentan quienes lo conocieron.

Cada uno tiene una historia con lágrimas, sonrisas, alguna sorpresa y mucho coraje. Juntándolas todas llegarás a saber quién fue Iqbal.

Miguel Griot

Iqbal Masih,

Lágrimas, sorpresas y coraje

Título original: *Iqbal Masih, lágrimas, sorpresas y coraje*
Miguel Griot, 2008

-

Revisión: 1.0
25/04/2021

A mis padres, por su apoyo continuo

A Almudena, por ser todo lo bonito que hay en este libro

MUDENA

Esta historia no te la voy a contar yo sola. Imagínatela como una habitación. Mis palabras van a ser una de las muchas ventanas desde las cuales te vas a asomar. Ahí fuera, es decir, aquí dentro, entre las páginas de este libro, te espera Iqbal Masih. Lástima que no puedas entrar y conocerlo tú personalmente. Seguro que estaría encantado de verte. Contestaría todas tus preguntas. Si hay algo en lo que los de aquí dentro están de acuerdo…, bueno, lo único en lo que están de acuerdo es en que Iqbal no callaba ni debajo del agua. Hablaría de su vida y de la de los 250 millones de niños esclavos que todavía hay en el mundo. Si le dejasen, sería capaz de usar la misma cantidad de palabras. Aunque siempre diría lo mismo: hablaría de cómo él dejó de ser uno de ellos. Hablaría de la necesidad de acabar con el trabajo forzado infantil. Hablaría de cómo hacerlo. Y de muchas cosas más. Pero eso no va a pasar. Tendrás que conformarte con lo que te cuenten otros. Ver y escuchar sin tocar: leer. Lee lo que te pueden explicar los que le conocieron, quienes estuvieron en sus malos, buenos y otros momentos. Pero no te lo creas todo. Ni siquiera a mí, cuando me toque salir. Seguro que alguno de los personajes de este libro exagera. Quizá incluso alguno mienta.

Es probable que la mayoría diga la verdad. O no. En cualquier caso, serás tú quien juzgue con libertad. La vida de Iqbal Masih te será contada como perlas esparcidas sin ordenar. Serás tú quien las una y convierta en collar.

INYIAT BIBI

Una madre nunca olvida el nacimiento de un hijo. Deja tan sólo que me lleve la mano al ombligo y recuerde… ¡Huy!, todavía puedo notar sus patadas. Menudos puntapiés que daba, así salió de peleón. Pero también fue un bebé muy bueno. La noche anterior al parto estuvo muy tranquilo, era yo la que no podía parar de moverme. No encontraba una postura cómoda. No conseguía conciliar el sueño. Como no quería despertar a nadie, decidí salir a la calle. Me puse en cuclillas. Me quedé mirando al cielo. El viento de levante silbaba brisa marina. Las nubes se amontonaban las unas sobre las otras. Se acercaba la estación de los monzones, la época del año en que llueve durante días y noches. Cuando yo era niña, y de eso sí me cuesta acordarme, antes de las lluvias el cielo se ponía muy gris, como si estuviera aguantando toda el agua que iba a caer. Ahora el cielo siempre está gris, pero del color del humo que sale por las chimeneas de las fábricas de Lahore. Recuerdo que entonces pensé cómo me gustaría que un día mi pequeño pudiera contemplar un cielo azul, sin humo de fábricas. Recuerdo también que no quise hacerme más ilusiones. Como mis padres y los padres de mis padres, nací pobre. Y, como ellos, no tenía nada que darle a mi hijo, ni siquiera sueños, pues yo los había perdido todos a fuerza de saber que nunca iban a cumplirse. Me abracé la barriga y me dije: al menos cariño no te va a faltar. Así pasé la noche, en cuclillas abrazándome la barriga, abrazando a mi pequeño. En cuanto amaneció, le pedí a Aslam que llamará a Rhula y Sheria: iba a necesitar su ayuda. Mi pequeño tenía prisa por salir. Nada más

llegar, Rhula me obligó a tumbarme. Me puso la mano derecha en la frente y luego sobre el vientre, y asintiendo con la cabeza dijo que sí, que el niño estaba a punto de nacer. Empecé a respirar como me dijo. Inspiraba todo el aire que podía por la nariz y en seguida lo expulsaba por la boca. ¡Empuja!, exclamó Rhula, y soplando y resoplando traté de hacerlo con todas mis fuerzas. La buena de Sheria no paraba de mojarme la frente con un trozo de su sari empapado en agua. A la vez me acariciaba las orejas y susurraba viejas canciones, de esas que ya nadie canta pero todos conocen. Habría cantado feliz con ella, de no ser por mi dolor de cabeza: la sentía como un bollo quemado en el horno rodando escaleras abajo. ¡Empuja más!, insistía Rhula, y yo seguía, aunque cada vez que lo hacía pensaba que iba a ser la última, pues cada vez estaba más agotada. Rhula debió de notarlo, pues me agarró de las muñecas y estiró mis brazos, ¡vamos, sigue empujando y tira de mis brazos! Quise obedecerla, pero no podía mover un músculo, sentí que iba a desfallecer en cualquier momento. Y lo habría hecho de no haber oído a Sheria: ¡Vamos, Inyiat, ya le veo la coronilla! Sólo en una madre pueden calar tan hondo esas palabras. Cuando era pequeña corría una leyenda sobre una vieja de mi aldea. La gente decía que tiempo atrás, un día que volvía de sacar agua del río, vio cómo un elefante iba a pisar a su hijo. El pequeño yacía bajo la sombra de una acacia, el lugar escogido por el elefante para apoyar la pata que había levantado al dar un paso más. Pero la suave piel del bebé no llegó a conocer su rugosa planta, que se topó con la firme mano de la madre. El amor dio al débil el impulso necesario para ganar el pulso al fuerte. La madre logró sostener el peso del elefante lo justo para rescatar a su hijo. Hasta ese día yo había pensado que la historia era una invención. Hasta que oí las palabras de Sheria: ¡Vamos, Inyiat, ya le veo la coronilla! Entonces supe que era verdad. Pobre Rhula, tiré muy fuerte de sus brazos. Hasta hoy sigue echándome en cara el daño que le hice, aunque por supuesto me ha perdonado. Pues, como Sheria y como yo, jamás olvidará las lágrimas que derramamos cuando recosté en mi pecho al pequeño Iqbal. No veas cómo lloraba él también. Parece que adivinábamos que en la vida de mi hijo

habría muchas lágrimas. Muchas sorpresas. Y mucho coraje.

FAYRAD Y LYAKAT

No hay dos sin tres. Apenas nació nuestro primo quisimos cogerlo en brazos. Lo intentamos y nos pegó una patada, ¡a los dos a la vez! Menudo carácter. Seguro que vamos a llevarnos muy bien con él, pensamos. Entre los dos decidimos que en cuanto creciera un poco, sería nuestro compañero de líos y travesuras. Y para eso sólo tuvimos que esperar. A que salieran más de tres palabras juntas de su boca. A que su sombra cubriera una pala de críquet. A que el flequillo le tapara la frente. Iqbal se apuntó a todas nuestras correrías. Si tuviéramos que escoger una que contarte, nos quedaríamos con la escapada para ver la noche de El-Alikum. Probablemente sepas de este nombre lo mismo que nosotros antes de ir, es decir: nada. Pero como seguro que tú también tuviste nuestra edad, entenderás que entonces, cuanto menos sabes de algo, más imaginación le pones. Mientras más misterio, más ganas de descubrir. Si además añadimos que nuestros padres nos prohibieron terminantemente salir de casa esa noche, podrás entender lo que pasó. Como ya habíamos hecho en otras ocasiones, esperamos al momento adecuado. El mosquitero se desplegó como empujado por un huracán, los cubiertos comenzaron a temblar sobre la mesa y un hipopótamo soplando un trombón no habría sonado tan mal: nuestro padre había empezado a roncar. Con semejante cobertura salimos confiados a por Iqbal. Nuestro primo no contaba con la misma ventaja que nosotros, así que se escabulló de casa como ratón que pasa al lado de un gato dormido. Los tres juntos emprendimos el camino. Por la ribera del río. Por la senda de los cañaverales.

Cruzando el puente que construyeron los ingleses. Callejeando por el casco viejo. Hasta que llegamos al zoco, donde se celebraba la noche de El-Alikum. Menos mal que acordamos sujetamos de la mano y no soltarnos. Si no, nos habríamos perdido, seguro. Uno no podía parar la vista en una cosa, en seguida veía otra que le llamaba más la atención. Las lámparas del zoco no eran como el sol, que lo enseña todo. A su luz sólo se asomaban caras divertidas, gestos amables y festivos. Lo demás, lo que no nos gusta mostrar de nosotros, se lo tragaba la sombra de la noche. La cabeza se balanceaba de lado a lado, pues si a la derecha llamaba silbido de flauta, a la izquierda replicaba tañido de cimbeles; si a la derecha llamaba regateo de comprador y vendedor, a la izquierda replicaban carcajadas y bromas de corrillo; si a la derecha hipnotizaba un encantador de serpientes, a la izquierda despertaba un altavoz de radio a todo volumen. Por encima de todo, la voz más potente, la imagen más seductora, fue el aroma de un puesto de dulces que, aunque no podíamos ver u oír, sabíamos que no andaba lejos. En fila india, nos abrimos paso entre el barullo de gente guiados por la brújula de nuestro olfato. Ojalá no lo hubiéramos encontrado nunca. Al tenerlo tan cerca nos dimos cuenta de lo lejos que estaba. Ni contábamos con dinero para comprar, ni jamás habíamos visto en casa nada de lo que mostraba. Iqbal señaló con el dedo un corro de gente que permanecía callada. Nos acercamos para ver de qué se trataba. En el centro se encontraba un anciano con barba blanca que hablaba con un extraño acento. Como si hubiera adivinado la pregunta que nos estábamos haciendo, alguien de entre el público susurró que se trataba de un montañero kurdo que estaba narrando historias. Con la ventaja de ser pequeños, nos colamos y nos pusimos en primera fila. Justo a tiempo de escuchar su siguiente cuento.

Ashik era un joven mulo que vivía en un frondoso valle en la cordillera del Turkestán. Como su padre y el padre de su padre, trabajaba para un avaro granjero, tan avaro como su padre y el padre de su padre. Ashik, al igual que el resto de los animales de

la granja, no paraba de trabajar. Cargaba sacos, aperos y viandas. Dibujando siempre el mismo círculo, hacía funcionar el molino. Llevaba en carro a su señor, allí adonde le mandase. Ashik terminaba tan agotado que por las noches caía derrotado en el establo. Cierto día, mientras cargaba con un saco de semillas, un gorrión se posó en su lomo.

—¿Me permites descansar unos instantes sobre tu lomo?

—Claro que sí, descansa cuanto quieras. ¡Cómo te envidio, gorrión!, me gustaría tener tus alas y poder volar libre.

—Las alas no te llevan a ningún sitio si no eres tú quien las mueve. ¿Acaso no cuentas con un firme lomo, unas poderosas patas?

—Mi lomo es firme, mis patas son fuertes, pero ¡ay!, sólo sirven para cargar, hacer funcionar el molino y llevar a mi señor.

—Por ventura te aseguro que ese mismo lomo, esas mismas patas son lo único que necesitas para cabalgar sobre el prado de amapolas, descender por la ladera de la colina y pegarte un chapuzón en el lago de agua templada.

—No conozco nada de lo que me cuentas, sabio gorrión. Mis ojos sólo han visto lo que hay en esta granja.

—No tienes más que alzar la mirada. Levanta la cabeza, amigo mulo. Con la cabeza agachada no podrás ver más que el terreno que pisarás en tres pasos.

Ashik levantó la cabeza por primera vez en mucho tiempo. Estiró el cuello. Respiró hondo. Sus pupilas se dilataron. De tanta belleza como vio en él valle que lo rodeaba, dejó escapar una lágrima. La lágrima cayó sobre una gota de rocío y las dos, al doblar con su peso la hoja sobre la que la última descansaba, cayeron a un arroyuélo, donde se confundieron con el resto del agua.

—¡Ay!, sabio gorrión, cuánta razón tienes. El valle que me rodea es lo más hermoso que han visto mis ojos. Lástima que entre ese valle y yo se encuentre la aita cerca que aquí me encierra.

—No me parece tan aita la cerca que me señalas. No más pequeñas, de acuerdo a mi tamaño, me parecían las paredes de mi

nido. Gigantes cuando las miraba, enanas cuando con el inmenso cielo las comparaba. Entre tú y el valle, amigo Ashik, no hay ninguna cerca, sólo hay un salto.

Sólo hay un salto. Ahí nos quedamos, pues en ese momento salieron como de la nada unas manos a nuestra espalda. Nos agarraron a los tres y nos arrastraron hacia atrás. La narración se detuvo, pues el centro de atención había cambiado. No es que la gente hubiera perdido interés por el cuento del anciano kurdo, sino que acababa de comenzar otro espectáculo, mucho más, por decirlo de alguna forma, visual: tres enanos esquivando a sus madres sandalia en mano.

GHULAM

Iqbal vivía en la misma calle que yo pero mucho más abajo, donde el camino mordido por hierba y rastrojos se tuerce y estrecha. Lo conocía de algún partido de críquet, siempre acompañaba a sus primos. Era más pequeño que yo, así que nunca hablamos mucho. Un día nos encontramos y me preguntó por qué ya no iba al descampado a jugar con ellos. Dije que no tenía tiempo. Me preguntó si en ese momento tenía tiempo. Dije que sí, pero que estaba muy cansado. Entonces se fijó en mi cara. Me preguntó si me había manchado con madera quemada debajo de los ojos. Dije que no, que esa mancha no se iba con el agua. Miró mis manos. Preguntó si las tenía congeladas, según dijo parecían agarrotadas. Repuse que no, que iban a seguir así aunque las calentara. Entonces me preguntó qué me pasaba. Y yo no le dije nada, pues pensé que era mejor que no supiera nada. Hasta que tuviera que saberlo.

SAIF MASIH

Dos manos no pueden alimentar cinco bocas. El sudor de una frente no da para saciar su sed. Yo sólo cuento con mis manos, pues otra cosa no heredé. Mi frente sólo ofrece sudor, pues ni leyes conozco ni oficio adquirí. Pero hay algo que sé bien, aunque no visité la escuela, pues la vida me obligó a aprender: el mundo no regala a los que no tienen nada. Miro mis manos encallecidas y agrietadas. Si me obligaran a vender en el zoco lo más valioso que poseo, sin duda me quedaría sin ellas. Lo triste es que no darían muchas rupias. Insuficiente para alimentar cinco bocas, para saciar su sed. Lo que a ti te extraña es corriente para mi vecino y el vecino de su vecino. Lo que a ti te espanta es mejor que el estómago vacío. Las reglas que consideras injustas son las que yo, mi vecino y el vecino de su vecino debemos seguir, las mismas que no podemos incumplir. Si tenía otra alternativa, no la vi. Si la había, nadie me la enseñó. Aun así esperé. Hasta que los dedos de Iqbal pudieron hacer nudos. Hasta que la arcilla que amasaba en sus juegos ya se ponía dura. Hasta que abría las pipas de girasol con los dientes. Hasta que sus piernas podían sostener más peso que el suyo. Entonces hablé con Shaukat. Aseguró que sería justo. Acordamos un precio.

KULA

Iqbal estuvo poco tiempo con nosotros. Recuerdo bien su expresión el primer día que vino. Era la cara que poníamos todos al principio. Una mezcla de la que pones cuando te metes en el agua y está muy fría, la que se te queda cuando te pillan en una travesura y la que los demás ven cuando se ríen de ti pero no contigo. Creo que nadie le explicó qué era lo que tenía que hacer, pues además Iqbal parecía muy confundido. Shaukat se encargó pronto, a su manera, de resolver dudas. Al contrario que la mayoría, Iqbal no lloró, aunque se vio el esfuerzo que hizo por reprimir las lágrimas. Lo sé porque, a pesar del poco tiempo que pasó, vi esa expresión muchas veces. Y no porque Shaukat tuviera que explicarle más veces su trabajo. Iqbal le pilló muy pronto el tranquillo. Era hábil y rápido como el que más, pero se distraía muy fácilmente. En lugar de mirar para abajo con la cabeza gacha, estiraba el cuello hacia arriba. En lugar de poner la barbilla en el pecho, tenía los hombros bien abiertos. En lugar de fijarse en lo que hacían sus manos y el movimiento de las cuerdas del telar, contemplaba una ventana por donde apenas asomaba un pedacito de cielo. De vez en cuando se equivocaba, y entonces Shaukat se ponía hecho una furia. Iqbal tuvo que acostumbrarse a reprimir las lágrimas. Yo siempre le recomendaba que prestase más atención, así Shaukat no le castigaría tanto. Pero Iqbal era terco y no se dejaba convencer. Un día quise saber por qué lo hacía y se lo pregunté. Contestó que, cuando miraba a través de la ventana, se imaginaba que estaba fuera del taller. El horrible calor se hacía brisa del norte. El irrespirable olor a

polvo venía de un pastelito recién salido del horno. El dolor de su cuerpo merecía la pena, pues le había pegado fuerte a la bola y estaba ganando el partido de críquet. Y cuando el estruendo obligaba a taparnos los oídos, eran él y sus primos celebrando la victoria del partido. Ese día, empecé a mirar también a través de la pequeña ventana del taller. También me imaginaba que en realidad no estaba allí. Pero muy de vez en cuando y por muy poco tiempo. Temía que Shaukat me hiciera lo que le hizo a Iqbal el último día que vino.

SHAUKAT

Menudo mequetrefe ruin. Lo supe desde que lo conocí. Desde la primera vez que entró por mi puerta. Ese mocoso dará problemas, me dije. Iqbal era de los que no puedes fiarte. Oía perfectamente, pero cuando quería se hacía el sordo. Veía con ojo de águila, pero sólo lo que le interesaba. El trabajo lo conocía bien, pero cuando le apetecía lo olvidaba. Por eso me encargué bien de enseñarle que esto no es un juego. Las reglas de mi taller son muy claras. Aquí se viene a trabajar. Cuando se termina se sale. Hasta que no se termina no se sale. Si te entran ganas de ir al servicio y no has acabado lo que te toca, te aguantas. Si es la hora de comer y tu parte no está completa, esperas. Si pasa la hora y aún no has terminado, te quedas sin comer. Si no has acabado al final del día, te quedas hasta que termines. Si te equivocas, no cobras. Si te pones enfermo, no cobras. Si no vienes, no cobras. Si eres lento y torpe, no cobras. Si además eres un gandul y me tomas el pelo, entonces sí cobras, pero cobras de verdad. Cuando los empleados no cumplen las normas, me enfado. Cuando me enfado hago cosas de las que luego a veces me arrepiento. Bueno, no a veces, siempre, siempre me arrepiento. Lo que pasa es que cuando empiezo me cuesta parar. En el taller todos lo saben, por eso tratan de que no me enfade. Todos menos uno: Iqbal Masih. Y mira que se lo enseñé veces. A pesar de ello pareció no entenderlo. Pues bien, la última vez, como vi que no bastaban mis manos, cogí algo más duro. Esa vez sí aprendió la lección. No volvió.

INYIAT BIBI

Si ya me costaba verlo irse, aún peor era verlo venir. Cierto día tuve que llevarme las manos a los ojos. Corrí a abrazarlo. No sé cómo pudo llegar hasta casa por su propio pie. Shaukat era de la serpiente el veneno. Fue patrón injusto y cruel. Lo que le hizo no tiene nombre. Iqbal tardó seis días en levantarse de la cama. Seis días durante los que no me despegué de él. Seis días durante los que no sabía qué hacer. Porque, como lo sabía, no quería hacerlo. Y como sabía lo que había que hacer pero no quería, ignoraba cómo hacerlo. Necesitábamos el dinero que ganaba Iqbal. Lo necesitábamos como el aire para respirar. Un aire que apenas entraba por la nariz rota e hinchada de mi Iqbal. Él no entendía que, para poder alimentarlo, tenía que alquilarlo. Si no era Shaukat, tendría que ser otro. Recé para no elegir entre lo malo lo peor. Pregunté por toda mi calle, llegué hasta las afueras, en el zoco, en el río de las lavanderas, en las cuadrillas de albañiles, en los talleres de tapices, y seguí hasta las fábricas de Lahore, sin saber ni siquiera lo que fabricaban. El nombre más repetido entre los respetados era el de Arshad. Hablé con él. Acordamos un precio.

ARSHAD

Iqfal, cómo lo *foy* a *olfidal*. Su *madle fino* a mí *ofleciéndomelo*. Dijo que *hafía* oído *haflal fien* de mí. Y *lazones* tenía. No tomo *dlogas* ni *afuso* del alcohol como *otlos patlones*. En mi *tallel* los chicos sólo *tlafajan* seis días a la semana. Cuentan con un día de descanso, *lifle pala* ellos. *Lifle pala hacel* lo que *quielan hacel*. Los *padles* pueden *confial* en mí. El sistema del *paishgee* es muy justo y *feneficioso pala* ellos. Sí, sí, muy justo *y feneficioso*. A *camfio* del *tlafajo* de sus hijos, yo les doy un *pléstamo*, muy *intelesante*, muy *intelesante*. Este *pléstamo* no lo da ningún *fanco*. Si, Dios no lo *quiela*, algo les pasa a sus hijos, yo me quedo sin nada. Y cuando el *pléstamo* ya se ha pagado, todo el *dínelo* que ganen es *pala* ellos y ya son *lifles* si *quieren malchalse*. *Pelo* la *mayolía* se queda. Además de *ayudal* a sus familias, los niños *aplenden* un oficio y una disciplina. Eso es muy *impoltante*, muy *impoltante*. La disciplina es *impoltante*. *Aplendel tlafajo* también es *impoltante*. *Mejol estal* aquí en la *fáflica tlafajando* que en calle *fagueando*. Conmigo *aplenden* a *hacel fonitas alfomflas*. Mis *alfomflas* son las más *fonitas* de Lahole. Y las *alfomflas* de Lahole son las más *fonitas* del mundo *entelo*. *Defelía sel* un *olgullo pala* ellos que mis *alfomflas* se *fendan* en tantos y tantos sitios. Sí, eso, eso, un *olgullo* muy, muy *glande, glandísimo*.

NUSRAT

Se sentaba justo a mi lado. Pasamos mucho tiempo cerca. Serán otros los que cuenten qué ocurría y qué ideas maduraron dentro de su cabeza. Pero nadie mejor que yo para que sepas qué pasaba por fuera. Otros contarán quién llegó a ser Iqbal Masih. Nadie mejor que yo para que sepas por lo que tuvo que pasar antes. Antes te he dicho que Iqbal y yo pasamos mucho tiempo sentados juntos. Pero no te equivoques. Estábamos sentados pero no cómodos. Todo lo contrario. Era imposible adoptar una postura en la que te sintieras a gusto más de cinco minutos. La mayor parte de las veces uno no sabía cómo poner las piernas, si cruzadas, estiradas, las dos colgando o una colgando y la otra cruzada (debajo del culo). Eso, el culo, por mucha carne que tuviera, no convertía en mullido cojín la tabla rompepiedras sobre la que se asentaba. El espacio donde teníamos que trabajar era diminuto. No por falta de sitio: el taller de tapices era enorme. Pero estaba más pensado para las máquinas que para los trabajadores. El día que se cumpla el sueño de Iqbal, y mi firme deseo, y no haya allí ningún niño, o los patrones vacían los circos de enanos o hacen los talleres más grandes. Mientras ese día no llegue, las hiladoras del taller siguen en marcha gracias a manos infantiles. Manos que se abren y cierran una y otra vez, una y otra vez. Como quien hace un agujero y vuelve a taparlo miles de veces. Operar las cuerdas de la hiladora es una tarea dura y nada sencilla. Hay que ser a la vez firme y suave. Aunque hasta que uno no lo intenta no puede saberlo, voy a intentar explicártelo. Imagina que estás agarrando una piedra con todas tus fuerzas y, sin que la piedra se caiga (la sostienes

con el pulgar), estiras los dedos para tocar el sitar o una guitarra. Sólo podrás hacerte una idea de lo que estoy hablando si pruebas a hacerlo y consigues no sólo sostener la piedra, sino que el sitar o la guitarra suenen bien. En nuestro caso cualquier error iba más allá de desafinar y dejar caer una piedra al suelo: podías cargarte una alfombra que costaba lo que ganabas en tres años. Aparte de lo que iba a pasarte una vez que Arshad se *entelase* de lo que había *oculido*. Lo triste es que el premio por hacerlo bien tampoco era mucho mejor. Los primeros días llegabas a casa con las manos hinchadas. Más tarde eran las muñecas, los antebrazos, los brazos y el cuello. Cuando no había nada más que pudiera hincharse, venían los calambres. De nuevo empezaban por la punta de los dedos, recorrían hasta la muñeca y, como una llama cabalgando un camino de pólvora, cruzaban los brazos, subían hasta el cuello por los hombros y se precipitaban por la espalda hasta la cadera. Lo peor de los calambres era que no paraban cuando dejabas de trabajar. Te venían incluso de noche. Las manos comenzaban a moverse solas operando una hilandera invisible en el aire. En otras ocasiones el pulso te temblaba tanto que eras incapaz de sostener una simple taza de té. Así no había forma de quitarte el sabor a arena que te llenaba la boca. No es que en el taller nos obligasen a morder tierra, pero el efecto habría sido el mismo. El traqueteo de las hilanderas levantaba tanto polvo que ya se te metía por la nariz y la boca sin necesidad de llevar la cabeza al suelo. Chu-cu-chun, chu-cu-chun, chu-cu-chun, niiiik, chu-cu-chun, chu-cu-chun, chu-cu-chun, niiikkk. Ése era el ruido que hacían. El que tenías que soportar mientras estabas allí. Con el tiempo te acostumbrabas y eras incluso capaz de distinguir, entre la bulla de las hilanderas, otros sonidos no tan fuertes pero no menos desagradables. El glup-glup-grrrsssssup cuando se estaba terminando un bote de pintura. El briiikiii-briiiikiii-briiikiii que emitía un telar con el eje mal engrasado. O el plof-pataplof que hacía Arshad cuando se tiraba uno de sus apestosos pedos. Buuufff, qué peste, sólo recordarlo me entran ganas de vomitar. No había sentido que se librara, pues la vista también salía perjudicada. Pendiente de los hilos del telar y los colores que iban con cada uno,

tu mirada nunca se posaba más allá de la distancia que alcanzaban tus brazos. Lo que antes de trabajar en el taller divisabas con claridad en la distancia, después lo veías borroso y difuminado. Lo que antes era claramente un árbol, después podía ser poste, sombra o un hombre alto, delgado, parado. Y sobre el dinero mejor ni hablar, pues nosotros nunca veíamos nada de lo que ganábamos. Todo se destinaba a pagar el préstamo, el *paishgee*, que nuestros padres tuvieron que pedir y parecía no terminar. Al menos ésa era la sensación que tenía cuando uno se marchaba del taller de vuelta a casa: que en lugar de un día menos se aproximaba siempre un día más. Eso hasta que Iqbal se convirtió en quien fue y nos permitió a los demás soñar. Entonces cada día parecía reducir nuestra cuenta atrás hacia la libertad. Pero hasta que llegase ese día, muchas otras cosas debían pasar. Cosas que otros te podrán contar.

FATEH

Soy el dueño de varios talleres de alfombras. Entre ellos, el que regenta mi estimado Arshad, el mismo donde estuvo trabajando y aprendiendo Iqbal Masih. Y digo trabajando y aprendiendo para salir al paso de todas las mentiras que se han contado. En mis talleres ofrecemos a esos niños pobres la oportunidad de ganar dinero para sus familias. Además aprenden una profesión, acorde a su nivel social y a sus capacidades. Eso les será mucho más útil que esas tonterías que les enseñan en la escuela. Aparte, la mayoría de los padres, por no decir todos, no tienen dinero para enviar a sus hijos a la escuela. Si no fuera por mis talleres, esos niños estarían en la calle, haciendo cualquier travesura. No aprenderían nada útil. Y mucho menos podrían ayudar a sus familias con algo de dinero. Por eso lo que hizo Iqbal fue tan egoísta. ¿Libertad?, ¿a qué se refiere con eso de libertad? Puso en peligro mi negocio, y al poner en peligro mi negocio, puso en peligro el sustento y trabajo de muchas familias. Y luego que no me vengan con que no tratamos bien a los niños. En toda fábrica es necesaria disciplina para que las cosas salgan bien, si no sería un caos. Ésta es otra de las cosas que les enseñamos, a ser responsables de sus actos. Y sí, nos aseguramos de que no lo olviden cuando hacen algo mal. Pero al fin y al cabo, todo es por su bien.

DARSHAN

Mucho había oído hablar de ese Iqbal. Los otros chicos decían que era incluso mejor que yo, así que estaba un poco picado. Tardamos bastante en poder conocernos: como los dos sólo teníamos un día libre a la semana, resultaba muy difícil coincidir. Pero por fin llegó la ocasión. El clásico partido de curtidores de cuero contra tejedores de alfombras contaría con sus dos estrellas. Nos encontramos en el descampado. Echamos una moneda al aire. Salió cara, así que nos tocó a nosotros defender el campo y al equipo de Iqbal batear. A mí me pareció genial, pues soy un magnífico pelotero. Por si no conoces el críquet, te cuento que el pelotero es quien lanza la bola. El bateador debe intentar golpearla. Además, tiene que proteger con la pala dos bolas de madera, los *bails*, que a su espalda se sostienen en equilibrio sobre tres palos. Bueno, lo de los palos y las bolas de madera es en la tele. Nosotros nos apañábamos con tres estacas y dos latas vacías. Si el pelotero consigue derribar los *bails* (las latas) con la bola, el bateador queda eliminado. Esto es muy difícil. Hay que lanzar la bola de tal forma que el bateador piense que es fácil de golpear, pero que en el último momento gire, cambie de dirección, se cuele por el hueco que ha dejado libre y derribe los *bails*. Y no digo que sea difícil por presumir. Tampoco digo por presumir que antes de que le tocase lanzar a Iqbal, ya había eliminado a cuatro de sus compañeros. Desde luego que eso a Iqbal no le impresionó mucho. Como no me impresionó a mí tampoco verlo. Era el más bajo de todos nosotros. Andaba con cierta dificultad y de una forma extraña. Estaba

acostumbrado a lo mal que caminan los tejedores por pasar tanto tiempo sentados, pero lo suyo era aún peor. Tampoco parecía muy fuerte. Vamos, que si no fuera por lo que decían de él, habría pensado que era un paquete. Pero te aseguro que no lo era. Atizó la bola a la primera y se hizo dos carreras. Nos costó mucho ir a por la bola que lanzó. Lo normal es que cuando el bateador logra golpear la bola, lo haga con todas sus fuerzas. La bola sale entonces muy aita. Mientras está en el aire es fácil saber dónde va a caer e ir a por ella. Pero Iqbal la golpeó de otra forma: ni muy fuerte ni muy rápido, pero justo al lugar que menos teníamos cubierto. Además, la tiró pegada al suelo. La bola fue botando y botando de un sitio para otro mareándonos. Y si a los tejedores les cuesta andar, a nosotros lo que nos cuesta es ver. El amoniaco que utilizamos para curtir el cuero nos escuece los ojos. Alguno de mis compañeros ya no ve una pasa flotando en un vaso de leche. Yo por suerte aún veo bien, pero también me costó encontrar la dichosa bola. En el críquet, hasta que no coges la bola que el bateador ha lanzado, éste puede recorrer tu campo. Así es como suma los puntos, que son los goles del críquet. El que más puntos suma, el que más campo recorre, es el que gana. Menos mal que Iqbal corría muy despacio, si no nos habrían dado una paliza. Me quedé tan alucinado que en seguida fui a preguntarle cómo lo había hecho. Quería saber su secreto. Me dijo que no había ningún secreto, que simplemente había aprendido a sacar partido de sus debilidades. Añadió que cuando aceptas tus debilidades y confías en ellas, eres capaz de romper una piedra con un huevo. No lo entendí muy bien. Le pedí que me aclarara lo que había dicho, pero no me pudo oír. Un estruendo atronador nos obligó a taparnos los oídos. Acto seguido lo que tuvimos que taparnos fueron las narices. Aguantamos la respiración hasta que no pudimos más. Por el amor de Dios, ¡qué pedo más espantoso! Sólo podía haber salido del pandero de Arshad. Esto ya había pasado antes, así que no nos cogió por sorpresa. A pesar de que era su día libre, los tejedores tuvieron que marcharse. Arshad el pedorretas les dijo que había un pedido urgente que terminar. Bueno, en realidad dijo: «*Famos, famos* hay un pedido *ulgente,* muy, muy *ulgente,* que *telminal*». Apenas

pude despedirme de Iqbal. Me quedé sin conocer el secreto de su golpe maestro. Aunque tuve suerte: volví a saber de él. Y lo que supe me ayudó a comprender lo que me había dicho. Sigo pensando que un huevo jamás romperá una piedra, pero algo he entendido. Si fuera yo quien tuviera que hacerlo, si tuviera que elegir entre romper una piedra o un huevo, sin duda, salvaría el huevo.

TARIQ

Toda la peña lo reconoce. Antes de que llegara Iqbal al taller, yo era el más *espabilao*. Nada más empezar, me dije: mira, Tariq, ya que estás aquí, trata de montártelo lo mejor posible. Y eso hice, en función de mis posibilidades y las ocasiones que se me brindaron. Aunque no parábamos de currar y Arshad estaba siempre encima de nosotros, de vez en cuando había alguna oportunidad para escaquearse. Por ejemplo, ir a plantar un pino. Me gané el apodo de el Diarreas a pulso. Claro que mis compañeros también iban más de lo que el cuerpo necesita. Ir al retrete era nuestra única oportunidad para hacer un descanso en mitad de la jornada. Aun así, al capullo de Arshad a veces le daba el punto y no te dejaba. Menudo *flipao*. Pero pronto descubrí la forma de que siempre dijera que sí. El momento ideal era cuando venía algún comprador, sobre todo si era extranjero. Arshad se olvidaba de nosotros, dejaba de sacarse cera de las orejas e incluso intentaba no tirarse pedos. Entonces yo aprovechaba y se lo pedía. Aunque sólo fuera para que lo dejara en paz, nunca se negaba. Tomaba el camino del retrete y, sin entrar en él, daba media vuelta tratando de que Arshad no se enterara. Me llegaba hasta mi sitio y ahí me quedaba mano sobre mano, sin hacer nada. En cuanto el vendedor se abría y Arshad le acompañaba a la salida, volvía a pedírselo. Pero esta vez a su espalda y desde cierta distancia. Incluso cambiaba un poco la voz. Arshad decía «sí, *sí, fete, fete*», rápido y sin mirar, pues seguía pendiente del comprador. Así que a paso de tortuga coja huyendo de un caracol, n-o h-a-b-í-a p-r-i-s-a, me iba al retrete por segunda vez consecutiva. ¡Toma ya! Ya

sabrás que esto no es nada comparado con lo que llegó a hacer Iqbal. Ésa sí que fue una forma de escaquearse.

HENRY WOOD

Soy intermediario entre los dueños de los talleres de alfombras y las tiendas que las venden en Occidente. Llevo tres años trabajando en este negocio. Puedo asegurarte que es el mejor para los que quieren ganar mucho dinero en poco tiempo. Cualquiera puede hacerlo. Sólo hacen falta dos requisitos. El primero es tener buenos contactos. Hay que conocer a la gente adecuada. En Lahore me reúno con los dueños de los telares. Acordamos el número de pedidos y los plazos de entrega. Cualquier incumplimiento supone la anulación del contrato. Mis clientes de Occidente son muy inflexibles. Cuando quieren algo, lo quieren ya. No les gusta esperar. En cambio, saben ser agradecidos. Pagan mucho y rápido. Aunque bien es cierto que pueden permitírselo. Venden las alfombras por un precio muy alejado del que abonan por ellas. Sobre el otro requisito, no voy a entrar en detalles. Simplemente diré que se trata de no hacer preguntas. Preguntas del estilo: ¿por qué salen tan baratas estas alfombras?

VAVAR

Que no te vendan la imagen de Iqbal como un chico formal. Era un travieso de cuidado y siempre me estaba liando. Aunque no le guardo ningún rencor: me lo pasaba de miedo con él. Lo peor eran las consecuencias, pero bueno, de eso no voy a hablar. Mejor te cuento el día que nos escapamos del taller y fuimos a bañarnos al lago. Imagínate. Mitad del verano. El sol calentando como si lo tuvieras arrimado a la nuca. Y nosotros de camino al trabajo, con las ropas pegadas al cuerpo sudado. Antes de entrar en el taller, Iqbal nos dijo que no podía más. Que aquello era demasiado. Que no se podía aguantar. Que si fuera era como una cazuela hirviendo, dentro era como un horno asando. Que se sentía como un tronco que alimenta un incendio. Y que no pensaba entrar. Faris y yo intentamos convencerlo de que cambiara de opinión. Mala idea. Fue él quien terminó por convencernos a nosotros. Echamos a correr dando la espalda al taller y la frente al camino del lago. Y qué placer cuando llegamos. Vaya chapuzón que nos pegamos. Nadábamos, chapoteábamos, buceábamos, tragábamos agua y la escupíamos, salíamos y nos tirábamos de nuevo. Había otros niños en el lago. Jugábamos a salpicarnos y a ver quién nadaba más rápido. Si eras hábil, y, por supuesto, ¡los tres lo éramos!, lo más divertido era subirse al árbol. De una de sus ramas colgaba un neumático atado con una cuerda. Escalabas el árbol, por la rama te deslizabas, por la cuerda te descolgabas y te metías en el neumático. Y a columpiarse de lado a lado. Hasta poner la cabeza donde están los pies y los pies donde le toca a la cabeza. Entonces te dejabas caer haciendo mucha

gracia y salpicando un montón. No recuerdo cuántas veces me tiré. El tiempo pasó volando. Cuando quisimos damos cuenta, todo estaba oscuro, era la lima la que hacía de faro. Qué pena nos dio dejarlo. ¿Por qué los buenos días duran tan poco y los malos tanto? ¿Por qué los buenos días son tan pocos y los malos tantos?

FARIS

Vavar ya te ha contado lo del lago, así que es justo que sepas lo que ocurrió después. Ir a trabajar al día siguiente ya era suficiente castigo por habernos escapado, pero los tres sabíamos que no iba a ser el único. Si no fuera porque faltar dos días era peor que uno, no habría ido, tal era el miedo que tenía. A diferencia de Iqbal, yo nunca había hecho enfadar a Shaukat. Nunca me había castigado. Sólo conocía lo que otros chicos explicaban, y los horribles sonidos que se oían cuando llevaba a alguien a su oficina. De forma que, en lugar de saber lo que me iba a pasar, tuve que figurármelo. El camino se hizo eterno. Tan sólo esperaba que Shaukat no tuviera tanta imaginación como yo, porque entonces sí que iba a pasarlo mal. Por eso quería llegar cuanto antes, recibir el castigo y que todo terminase. Por eso mismo no quería llegar jamás. Pero al final, de entre todos los monstruos que imaginé, ninguno como Shaukat. Nada más entrar en el taller, me encontré al pobre Vavar llorando en una esquina. Si eso me hizo temblar, y a ti también de haber estado en mi lugar, no puedo explicarte lo que sentí cuando, tras buscar, miré al techo y encontré a Iqbal. Justo el día anterior lo había visto en una posición similar. Con la cabeza de pies y los pies de cabeza. Sólo que en esta ocasión la postura no hacía ninguna gracia. Shaukat le había atado las piernas a una cuerda que colgaba de un ventilador. El pobre Iqbal no paraba de dar vueltas con toda la sangre bajándole a la cabeza. A pesar de todo, tuvo fuerzas, ganas y la oportunidad de guiñarme un ojo. No necesitó decir nada, pues justo el día anterior me había hecho el mismo gesto, cuando logró convencernos para

escaparnos. No estamos escapándonos, dijo, tan sólo vamos a irnos al lago. Porque hace mucho calor, argumentó, porque estamos muy cansados y porque no hacemos nada malo, ni a nadie daño. Y luego guiñó un ojo. Y lo volvió a guiñar al final del día, cuando temeroso le pregunté qué nos podía esperar. Iqbal fue sincero. Me explicó cuál era la mejor postura que debía adoptar antes de que se acercara Shaukat. Y tras decirlo volvió a guiñar un ojo. Con una mano en mis partes, la otra en la cara, la cabeza agachada y las rodillas dobladas, yo cerré los míos. Shaukat acababa de acercarse.

AUNAT

Nada más verlo me di cuenta de que estaba perdido, de que no era de por aquí. Era fácil reconocerlo por su manera de andar. Una vez que te acostumbras a la gran ciudad, a los letreros luminosos, las bocinas de los coches, a que la gente corra como si llegara tarde a una cita de un millón de rupias, dejas de mirar hacia arriba y diriges tu atención al suelo. Si eres un niño y vives en la calle, lo realmente importante ocurre bajo tus pies, no encima de tu cabeza. Sobre la acera, o incluso sobre la tierra encharcada, es donde encuentras lo que los mayores olvidan, pierden o simplemente desprecian. Puede ser algo de comida, una moneda pequeña o cualquier otra cosa que puedas vender o cambiar. Tu suerte en las calles depende de tu destreza para encontrar y hacer un tesoro de lo que los demás pisotean. O al menos tienes que sacar provecho de su despiste. Iqbal había aprendido pronto. Cuando me acerqué a él, lo pillé estirando el brazo en dirección contraria al giro de cabeza de un frutero, que al recuperar su posición original no llegó a ver ni la sombra del brazo de Iqbal volviendo al cuerpo, ni mucho menos reparó en que su puesto contaba con una granada menos. Pese a que se notaba que estaba hambriento, Iqbal no dudó en ofrecerme un trozo. Es muy importante tener amigos en Lahore, sobre todo si eres un niño y no cuentas con nadie más. Es bueno ayudar, pues si alguna vez lo necesitas podrás ser tú el ayudado. Aunque no le apetecía mucho hablar, al final Iqbal me contó qué hacía en Lahore. Se había escapado de un taller de alfombras, porque su jefe lo trataba muy mal y estaba muy cansado de trabajar. Le aseguré que en la calle

nadie iba a tratarle mal y que nunca tendría que trabajar. También le conté que en la calle nadie iba a pedirle cuentas, que podía levantarse y acostarse cuando quisiera. Iqbal dijo que eso era porque a nadie le importaba lo que hacíamos. No me gustó nada oír eso, aunque sabía que en el fondo tenía razón. Tras comemos la granada y rondar por el centro de Lahore, Iqbal me pidió que lo ayudara a encontrar a un policía. Ni loco, le dije, nada más ver uno salgo corriendo. Pero él insistía, tenía que hablar con un policía y contarle lo que le pasaba en el taller. Yo también insistía, decía: Iqbal, un mayor no va a ayudarte si otro mayor te trata mal, y mucho menos si lleva uniforme. Pero Iqbal era terco: trabajar en el taller está mal, vivir en las calles está mal, seguro que hay alguien a quien le importa. En cuanto vio sobresalir la gorra de uno de ellos entre la multitud, se dirigió hacia él. De nada sirvieron mis advertencias. Apenas pude despedirme. Ésa fue la primera, pero no la última vez que nos encontramos. Mucho más tarde oí hablar de él. Al final tuvo parte de razón: sí hay mayores en los que se puede confiar. Aunque yo sigo teniendo la otra parte de razón: hay otros muchos de los cuales es mejor escapar.

SATMIT

Me encontré a Iqbal Masih vagabundeando por las calles de Lahore. De hecho, lo pillé con un conocido truhán del barrio, que ha sido denunciado por robar en varios puestos del zoco y huyó nada más verme. Iqbal, en lugar de huir, tuvo las agallas de acercarse a mí. No sé qué historias me contó de su patrón, incluso llegó a decir que quería poner una denuncia. La verdad es que no le presté mucha atención. Le pregunté dónde estaba ese taller del que tanto hablaba. Por sus señas me di cuenta de que se encontraba en un pequeño pueblo cerca de Lahore. Imagínate: un niño de su edad acostumbrado a un pequeño pueblo, solo en medio de una gran ciudad como Lahore. Lo agarré de la mano y lo llevé hasta el taller. Durante el camino el renacuajo de Iqbal Masih no paró de acusar a su patrón de todos los delitos posibles. Insistía además con lo de la denuncia. Cuando llegamos al taller y pude hablar con Arshad, vi que era un hombre recto y justo. El único delito que parecía haber cometido era hablar un poco raro. Admito que tuve que reprimir la risa varias veces. Por lo demás, en su taller no se hacía nada ilegal, tan sólo alfombras, una de las cuales me regaló el bueno de Arshad por haber rescatado a Iqbal. Comprendo que, al cargo de tantos niños, Arshad pierda de vez en cuando la paciencia y tenga que hacerse respetar, pues de lo contrario no habría ningún orden en el taller y sería imposible trabajar. Encima nadie se lo agradece; Iqbal seguía con lo de la denuncia. Mira, renacuajo, le dije, como no entres ahí y hagas lo que tu patrón ordene, te meto en el calabozo: tú eliges. Hay que ver el poco respeto que tienen algunos por la

autoridad.

ASLAM

Desde los ocho años hago ladrillos. Con una pala, saco la arcilla de la tierra. Meto la arcilla en una carretilla y la llevo a la explanada. Doy forma de rectángulo a la masa con un molde de hierro. Giro los rectángulos en un torno a plena luz del sol. Cuando ya están cocidos, los apilo en el horno. Espero a que se apaguen las brasas. Retiro los rectángulos del horno ya convertidos en ladrillos. Y vuelvo a empezar. Llevo haciendo esto desde los ocho años, todos los días y parte de las noches. No sé hacer otra cosa y tampoco creo que pudiese aprenderla. Tampoco estoy seguro de que quisiera. El trabajo es muy duro y cansa mucho, pero yo no soy como Iqbal. Aguanto lo que me ha tocado y trato de no meterme en líos. No es culpa mía que tuviera que aumentar su deuda, su *paishgee*, para pagar mi boda. Es tradición que el hermano pequeño contribuya al enlace del hermano mayor. Yo habría hecho lo mismo de haber estado en su lugar. Pero Iqbal no supo reconocer su posición en esta sociedad. Nunca lo aceptó. Ése fue su problema y la razón de su dramático final. Si hubiera hecho como yo, quizá ahora estaría casado. Tendría su propio hogar. Cierto que no muy bonito: tres estrechas paredes de ladrillos y un tejado bajo de chapa metálica. Pero suficiente para su posición y sus necesidades en esta sociedad. Y cuando sus hijos tuvieran la edad necesaria, ya podría descansar. Entonces les tocaría a ellos.

ARSHAD

Fui muy *geneloso* con la familia de *Iqfal*. Muy *geneloso*, muy *geneloso*. Su *helmano* y su *madle* me *pidielon* un *pléstamo pala podé pagal la foda*. Como soy muy *geneloso* les di el *pléstamo*. Un *pléstamo muy fueno*, muy *fueno*. Sin mi *pléstamo* la *foda* no se *hufiela* podido *celeflal*. Con lo poco que *ganafa* Aslam y el poco *dínelo* que tenía *aholado, haflía* tenido que *espelal* diez años *pala casalse*. Eso es mucho tiempo, mucho tiempo. No *cleo* que la *nofia hufiela* tenido tanta paciencia. A *camfio* de todo el *dínelo* que les di, ellos sólo me *dielon* una cosa. Lo único que podían *dalme*, pues *dan* gente *pofle*. Muy *pofle*, muy *pofle. Iqfal tendlía* que *seguil tlafajando pala* mí, hasta que pagase el *pléstamo* más los *inteleses. Iqfal ifa* a *tenel* que *hacel* muchas *alfomflas*. Muchas, muchas *alfomflas. Pelo* eso en *lealidad* es una *suelte. Iqfal tendlía tlafajo asegulado pol* mucho tiempo. Mucho, mucho tiempo. Y, encima, los *tles* días de la *foda* se los *ifa* a *dal lifles. Pala* que *descánsala* y *pudiela disflutal* de la *foda*. Así luego *fendlía* más contento al *tlafajo*. Muy contento, muy contento. Al final todos salíamos ganando. En eso consiste el *paishgee*.

FAYRAD Y LYAKAT

Durante meses habíamos tenido que aguantar a los mayores hablar sin cesar de la boda. Que si la boda por aquí, que si la boda por allá. Menos mal que por fin llegó el día o, mejor dicho, los días. Empezamos un viernes y no terminamos hasta el domingo. El viernes nos reunimos toda la familia del novio en casa de sus padres. No al mismo tiempo, jamás habríamos cabido. Entrábamos por tumos para bendecir la ceremonia y ofrecer nuestros mejores deseos. Cuando ya lo habíamos hecho todos, salió la familia del novio cargando un montón de comida. Mientras los mayores comían y hablaban de la boda por aquí y la boda por allá, nos juntamos con nuestro primo Iqbal. Cada vez lo veíamos menos, así que nos alegramos mucho de poder encontrarnos. Aunque parecía muy cansado, estaba contento de que su hermano se casara y de que en el taller le hubieran dado tres días libres para la boda. Iqbal decía que no podía recordar la última vez que había disfrutado de tres días libres seguidos. La pena era que tampoco eran del todo libres. Como hermano del novio, tenía que ayudar a servir la comida y la bebida, y atender a todos los familiares que habían venido de lejos. Menudo rollo. Iqbal tenía que escuchar siempre las mismas palabras, «deseamos de corazón un largo y feliz matrimonio a tu hermano, bla, bla, bla», y contestar siempre lo mismo, «muchas gracias, nos sentimos muy honrados de que hayáis venido, bla, bla, bla». De vez en cuando le hacíamos burla imitando la sonrisa falsa que ponía. Entonces se echaba a reír, exagerando aún más la sonrisa y levantando tanto las cejas que casi se las tapaba el flequillo. El

sábado volvimos a reunirnos en casa de los padres del novio. En cuanto estuvimos todos, marchamos en comitiva hacia el hogar de la novia. No se encontraba muy lejos de allí. Por el camino fuimos cantando canciones que no conocíamos, pero que eran fáciles de aprender y seguir. Uno de nuestros tíos tocaba una pandereta, otro hacía sonar una botella de vidrio con una cuchara y otro soplaba una flauta de madera. El resto batía palmas. Era muy divertido ver cómo los vecinos de las calles por las que pasábamos salían de sus casas y nos saludaban. Algunos incluso se animaban y nos acompañaban cantando un trozo del camino. Cuando llegamos a casa de la novia, nos dimos unos abrazos con sus familiares y todos juntos marchamos hasta la iglesia. Todos menos la novia. Hasta el principio de la ceremonia, no podía ser vista por el novio. En la iglesia nos sentamos la familia del novio a la derecha, la de la novia a la izquierda. Tras esperar un poco en silencio apareció la novia. No se le veía la cara, pues la llevaba tapada con un sari amarillo dorado. Lo que sí se veían eran sus manos, adornadas con preciosas pinturas de henna. Cuando la novia llegó al altar, el cura se puso a leer. Iqbal nos susurró entonces que le encantaría saber leer. A nosotros nos sorprendió mucho, pues nos parecía muy aburrido lo que estaba contando el cura. Pero él dijo que los libros contaban muchas cosas interesantes. Que todas las personas que tenían cosas importantes que decir las habían contado en libros. Que si no tenías la suerte de encontrarte con esas personas, siempre podrías saber de ellas a través de sus libros. También dijo que los libros te ayudaban a conocer gente de otras partes del mundo y cosas que habían pasado hacía mucho tiempo. Como no sabemos leer ignoramos cómo son las bodas en otros lugares, pero aquí en Pakistán, si eres cristiano, cuando el cura les da los anillos al novio y a la novia, quiere decir que ya están casados. Y que por fin le puedes ver la cara a la novia. Nos pareció muy guapa, mucho más teniendo en cuenta lo feo y antipático que era Aslam. Las familias del novio y la novia, ya mezcladas, salimos de la iglesia siguiendo a la pareja. Fuera nos esperaban más comida y más bebida. De nuevo a Iqbal le tocó atender a los invitados y servir de mesa en mesa. Durante el

banquete, los padres de cada familia se acercaban a la novia y colgaban un billete de un collar que llevaba al cuello. Vaya adorno más caro, nos dijimos. Aunque no todo el mundo estaba impresionado. Uno de nuestros tíos dijo que, aunque eran muchos, esos billetes tenían poco valor. Añadió que era una lástima, pues aquello apenas iba a cubrir una décima parte de lo que costaba la boda. No tardamos mucho en saber quién iba a pagar el resto. Cuando estaba libre, Iqbal se acercaba a nosotros. Nos confesaba que aunque estaba feliz por su hermano y su familia, había algo que no entendía. Se hacía varias preguntas: ¿por qué pasar tantos años de ahorros y privaciones para sólo tres días de derroche? ¿Por qué no puede uno vestirse tan elegante siempre? ¿Por qué trabajar tanto para descansar sólo tres días? Qué podíamos contestar nosotros si nos formulábamos las mismas preguntas. Pero no por mucho tiempo; después de la pitanza, nos pusimos todos a bailar. Iqbal el primero. Agarrados de la mano, formamos un círculo. Comenzamos a girar juntos de izquierda a derecha. Caminábamos hacia adelante. Cerrábamos el círculo apretándonos bien unos contra otros. Caminábamos hacia atrás. Abríamos el círculo estirando los brazos todo lo posible sin soltarnos. La novia y el novio entraron al centro. El patoso de Aslam a punto estuvo de pisar a la novia un par de veces. Suerte que ella pudo esquivar sus zapatones sin dejar de danzar. Lo hacía muy bien. Subía y bajaba las caderas con los brazos en alto y las palmas girando, una hacia el cielo, la otra hacia el suelo. No paramos de cantar y bailar hasta que anocheció. El domingo fuimos a la nueva casa de los novios. Era aún más pequeña que la de sus padres. A pesar de ello, también nos dieron mucho de comer. Y mucho de beber. Demasiado. Uno de nuestros tíos se levantó tambaleándose. Con voz de borracho, propuso un brindis equivocado. Dijo: «Por Arshad y su generosidad». En cuanto pronunció esas palabras se hizo un silencio en la mesa. Iqbal, que todavía no lo sabía, preguntó en voz alta qué tenía que ver su patrón con esta boda. Pero al tiempo que preguntaba se contestó él mismo. Esta vez en silencio. Y tras mirarnos a todos, se echó a llorar. Fue imposible consolarlo.

SOBYAS

Hasta donde puedo recordar, mi hermano siempre trabajó en el taller. Nunca lo vi trasteando por las calles, remoloneando en casa o simplemente sentado en el quicio de alguna puerta sin hacer nada, hablando de tonterías. Apenas pasábamos tiempo juntos. Y eso que yo lo buscaba. Lo intenté en varias ocasiones, pero nunca llegué a verlo salir de casa. A veces trataba de quedarme despierta toda la noche. Pensaba en muchas cosas seguidas para no quedarme dormida, pero al final, sin darme cuenta, del pensamiento saltaba al sueño. Otras veces me proponía levantarme muy temprano. Me decía a mí misma: Sobyas, despierta cuando oigas a Iqbal caminar hacia la puerta. Pero cuando lo hacía, aunque todavía no hubiera salido el sol, su cama estaba vacía, y sus huellas, perdidas. Tenía que esperar entonces hasta la noche, cuando volvía a casa. Cenábamos siempre juntos. Mamá preparaba sarnosa y calentaba té. Yo preguntaba cómo le había ido el día, por lo que hacía, qué tipo de amigos tenía, pero él nunca contaba nada. A lo sumo esbozaba alguna sonrisa. En cambio, yo no paraba de hablar. Me encantaba contarle cosas a mi hermano Iqbal, pues sabía que escuchaba. Escuchaba con atención. No como mucha gente, que finge que te escucha, o como dice mamá: que te escucha sólo con un oído. Iqbal escuchaba con los dos oídos, tenía esa cualidad. Por muy agotado que estuviera, si le pedías que prestase atención, lo hacía. Iqbal sabía escuchar. Seguro que por haber escuchado tanto fue capaz de que tanta gente lo escuchara.

PERVEZ

Soy un miembro del BFLL, un movimiento que trata de erradicar el trabajo infantil y velar por los derechos de los más humildes. Pronto sabrás qué papel desempeñará esta organización en la vida de Iqbal, pero antes te voy a hablar de nosotros. El BFLL fue fundado por Eshan Khan, al que también conocerás, con el objetivo de concienciar tanto a obreros como a patronos. Estamos convencidos de que es tan necesario que los niños se rebelen contra su situación como que los dueños de las fábricas y talleres entiendan lo injusto de hacer trabajar a menores de edad. Hay otras alternativas. Es mucho mejor para todos que esos niños puedan ir a la escuela. Jamás toleraríamos la violencia o el uso de la fuerza. Nuestros métodos son exclusivamente pacíficos. Gracias a nuestra labor en Pakistán, se ha aprobado una ley que prohíbe la servidumbre. Aunque todavía queda mucho camino por recorrer, esta medida ha supuesto un paso decisivo. Ya contamos con un documento que avala la libertad de los menores y niega la relación de dependencia hacia sus patronos. Pero de ahí a que se cumpla todavía falta. Por eso nuestra actuación es doble. Nos entrevistamos con los patronos que emplean a niños y les informamos de la nueva ley. Al mismo tiempo, organizamos charlas a las que invitamos a los menores, para que conozcan sus derechos y puedan hacerlos valer. En eso estaba yo, pegando en la pared un pasquín sobre nuestra siguiente charla, cuando oí una voz a mi espalda. Era una voz tímida y apagada. Había oído muchas veces ese tono. Era la voz de un niño trabajador. ¿Qué es eso?, me preguntaba. Como la mayoría de ellos

no saben leer, diseñamos los pasquines con colores chillones y dibujos alegóricos sobre su situación, para atraer su atención. Esto es para ti, contesté. Le entregué uno de los pasquines animándolo a acudir. Lo dobló varias veces y se lo metió en un bolsillo. Me gustaría mucho ir, me dijo, pero no sé si podré. Haz todo lo que puedas, le dije yo, es muy importante. Y te aseguro que tenía razón. Esa charla fue muy importante. Pero no sólo para ese niño. También lo fue para nosotros.

MUDENA

Ya estarás tan cansado de historias tristes como lo estaba Iqbal de trabajar. Y eso que por mucho que repitas la palabras «sudor» no sudas nada. Por mucho que digas «duro», no puedes romper nada. Por mucho que digas «desesperado», no pierdes la esperanza. Pues mantenía. Mantén la esperanza. Es sólo una palabra, ya lo sé. Pero nadie te la podrá quitar. Tiene más poder del que puedas imaginar. Prueba a pronunciarla y verás. La cadena más dura se puede resquebrajar. El laberinto en que te encontrabas termina por enseñarte su salida. Estoy segura de que incluso en sus noches más oscuras, que quizá transcurrían de día, Iqbal nunca perdió la esperanza. Nunca dejó de pensar que podía tener una vida mejor. Que quizá alguno de sus sueños se haría realidad. Gracias a eso pudo salir del abismo en el que se encontraba. Gracias a eso y gracias a la ayuda de los demás. Si hasta este momento has visto mucho del lado malo del ser humano, ahora toca justo lo contrario. Ahora toca conocer la mano que agarró la mano estirada y desesperada de un Iqbal que estaba ahogándose. Aunque ha de constar, y ya lo verás, que fue Iqbal quien dio el empuje inicial. Que hablen esas voces y muchas más. Que conozcas cómo fue la liberación de Iqbal. Que conozcas las resistencias que tuvo que vencer. Que sepas también cómo nos conocimos. Tú que ya vas conociéndolo.

KABIR

Va… esto… sí…, llegué a conocer a Iqbal, sobre todo por un día. El día en que me sugirió escapamos juntos. Negué con la cabeza. Pero él insistía. Utilizaba palabras que no entendía: coraje, respeto, esperanza… no sé… ya no recuerdo nada más. Mientras él hablaba, a mí sólo me venían a la cabeza las manazas de Arshad, invisibles y sólo en el pensamiento, pero que atizaban como las reales. No sé qué decía Iqbal de una reunión, de una conferencia, de unos derechos, una organización, una posibilidad… no sé… Yo conozco pocas cosas. Aquí dentro aprendí lo que está bien y lo que está mal. Eso no da felicidad, pero sí seguridad. Da igual, «felicidad» es otra palabra que no entiendo. Si escribiera libros, entendería de palabras. Si pintase cuadros, reconocería la belleza. Si fuera un juez, buscaría la justicia. Pero qué voy a saber yo de palabras, belleza y justicia. El techo del taller es mi cielo; un telar, mi compañero; los castigos de Arshad, todo lo que temo; un día para descansar, mi único deseo. Así se lo hice saber a Iqbal. No me gusta caminar en la oscuridad. Él dijo que abriera los ojos, pues lo que yo llamaba luz, comparado con la verdadera, no era más que sombra al caer la aurora. Dijo que había que apostar, arriesgarse, llegó incluso a empujarme. Pero no funcionó. Si él quiso ser viento y llevarme más allá, yo me hice roca y mantuve mi lugar. El puente que quería hacerme cruzar no salvaba el precipicio hacia el que creía avanzar. Finalmente dijo algo así como: «Kabir, no es momento de ser tímido y prudente, es hora de actuar, ¿es que no quieres ser libre?». Pero, aunque quizá me habría gustado y, no te engaño, es algo con

lo que he soñado, no encontraba fuerzas, por más que buscase, ni ganas, por bien que sonase. Tampoco contaba con su ilusión, pues sólo ve espejismos quien ha visto antes una caravana de verdad. Yo sólo conocía el desierto. Iqbal se escapó. Fue a esa reunión. Yo acudí al taller como el resto de los días. Me quedé trabajando. Desde entonces para mí nada ha cambiado. Tampoco es que lo haya buscado. Otros sí que le siguieron. Desconozco si terminaron tan mal. Si me preguntas si de tener la oportunidad, de poder volver atrás, habría ido con él ese día, sé qué contestar: habría hecho lo mismo que hice entonces. ¿Y tú?, ¿qué harías de haber estado en mi lugar? ¿Puedes contestar ya o necesitas saber qué pasa al final?

ESHAN ULLAH KHAN

No te equivoques por el gris de mis bigotes. Yo también fui niño, joven y adulto antes de pasar los domingos tranquilo en mi mecedora tomando una taza de té. El tiempo presente es precioso, pero a veces merece la pena emplearlo en recordar lo que pasó hace muchos años. Fui un muchacho privilegiado. Mi padre trabajaba en la estafeta. Mi madre se encargaba de que en casa no faltara de nada. Cierto que si te cuento lo que a mí me parecía más que suficiente para tenerme contento, a ti quizá te parezca poco y hasta te provoque un bostezo. Es cuestión de comparaciones. Comparado con el mar, un río tiene poca agua. Pero si, en lugar de mar, a su lado pones una charca, el río te parece una pasada. Pues esto es lo mismo. Para ti una bicicleta puede que esté bien, pero tampoco es gran cosa. Para nosotros una rueda de bicicleta, sólo la rueda, era una pasada. Se podía hacer un montón de cosas con ella. Tirarla calle abajo, ver cómo rodaba y la gente trataba de esquivarla. Empujarla y ver quién hacía que durara más sin que se cayera al suelo. En fin, uno aprecia lo que tiene en la medida en que se compara con quienes tiene cerca. Y yo entonces, comparándome con los demás, me sentía un privilegiado, que no afortunado. Pues la fortuna de mis mejores amigos, los que participaban en mis juegos, travesuras y descubrimientos, era tan aciaga que, aunque vista desde fuera y libre de ella, la sentía tan inmerecida como propia y compartida. A medida que crecía iba perdiendo amigos. Primero aquellos del barrio que no podían ir a la escuela. Luego aquellos de la escuela que no llegaban a secundaria. Por último aquellos que no

podían permitirse ingresar en la universidad. Ahí, en la universidad, fue donde conocí a otros como yo: conscientes de nuestra enorme suerte y con las mismas ganas de cambiar esa situación. Cuando por fin me gradué, se abrieron dos caminos ante mí. Uno de ellos se me antojaba una línea recta: entrar de la mano de mi padre en la estafeta y asegurarme una vida apacible y segura. El otro camino se apreciaba como una estrecha y sinuosa senda oculta tras un telón: dedicar lo que había aprendido y todas mis energías a aquello en lo que siempre he creído. Tras sopesar pros y contras, me di cuenta de que no sería feliz hasta que aquellos que me importaban también lo fueran. Y como los que me importaban eran cada vez más, por muy alejados de mí que estuvieran, por muy diferentes a mí que fueran, no tuve otra opción que seguir los dictados de mi corazón y dar rienda suelta a mi pasión. Junto con varios amigos que conocí en la universidad fundé el BFLL, que traducido significa algo así como Frente de Liberación del Trabajo Forzado. Creo importante explicar el nombre. Frente: sólo utilizamos medios pacíficos y creemos que los fines nunca justifican los medios, pero eso no impide que actuemos con firmeza y vigor. Liberación: todos los hombres son libres al nacer y nadie tiene derecho a someter a sus semejantes. Trabajo: puede ser hermoso y terrible. El trabajo es hermoso cuando nos ayuda a expresar lo mejor de nosotros y mostrarlo a los demás. El trabajo es terrible cuando nos convierte en máquinas y destruye nuestra vitalidad. Forzado: sólo es válida la fuerza que sale de uno mismo para ir a más, no la que irnos emplean sobre otros para aprovechar su debilidad. Tener presentes estos principios nos ayudó a superar todas las dificultades iniciales, que fueron muchas: la presión y el desprecio de los que tenían mucho que perder, y la desconfianza y apatía de los que tenían mucho que ganar. Pero poco a poco nuestros miembros y medios fueron aumentando. Logramos incluso que el Parlamento de Pakistán aprobara una ley que prohibía la servidumbre infantil. Lo que no logramos fue hacerla cumplir. Por eso dedicábamos tantos esfuerzos a dar a conocer a los muchachos sus derechos para que reivindicaran su dignidad. Repartíamos copias de la ley del Parlamento, asegurándoles que era

su carta de libertad. Pero claro, al fin y al cabo era sólo un papel que nada podía hacer por cambiar la realidad. Para acabar con la esclavitud infantil era tan necesario concienciar a los niños como a los patronos. Aunque hablábamos mucho y dábamos grandes discursos, sobre el terreno no se producían grandes avances. Necesitábamos una voz que todavía no alcanzábamos a articular. Una voz capaz de susurrar para remover lo más íntimo y digno de los niños. Una voz capaz también de tronar para remover el remordimiento y vergüenza de quienes los esclavizaban. Jamás imaginé que iba a encontrar esa voz en el cuerpo de un niño de diez años de un pequeño pueblo en las afueras de Lahore. Más vale león pequeño que un saco de ratones.

EL PAYASO MUSTAFÁ

Mustafá el Payaso o el Payaso Mustafá, se puede decir de las dos formas, igual que ala, solos y erre, que se pueden leer en dos sentidos. Y silencio, que también se puede decir de las dos formas: hablando o callando, ja, ja, ja:—):—(me parto… Si no te lo he dicho ya, te lo repito, soy un payaso, uno muy bueno, de los mejores que hay. Si hubiera una olimpiada de payasos, quedaría el último en el maratón de carcajadas, pues no terminaría nunca, ja, ja, ja :—):—(;—). Otra más no, por favor. Bien, ahora en serio, todo lo serio que puede hablar un payaso. Junto con varios colegas trabajo para el BFLL, la organización que se dedica a la lucha contra la esclavitud infantil. Nuestra función es muy importante. Cuando comenzaron las primeras reuniones del BFLL, los discursos se hacían directamente. Un orador subía al estrado y se ponía a hablar. Sus palabras eran bellas, justas y muy inteligentes, pero no hacían mella en quienes las escuchaban. No funcionaban. El orador veía a los chicos muy abajo y éstos a él muy arriba, apenas entendían lo que oían. Pronto los responsables de BFLL se dieron cuenta de que antes de los discursos había que crear un vínculo con los muchachos. Tenían que acortar distancias. ¿Y cómo acortamos distancias entre los seres humanos? Ya te lo digo yo: riéndonos juntos. Si consigues hacer reír a una persona, aunque sea con irnos chistes tan malos como los míos… —¿qué?, ¿qué dices?, ¿estoy oyendo bien?, ¿que no son malos?, ¿que son muy buenos?, ¿más que buenos, buenísimos, más que buenísimos, geniales?, aún más, ¿estás tratando de decir que no has oído nada mejor en tu vida y dudas de que sea humana y

divinamente posible repetir algo tan excepcional, extraordinario, exuberante, exorbitante y examen (ya no se me ocurría otra con «ex»); bien, si es eso lo que estás diciendo, amiga o amigo, tengo que decirte que, aunque no es la primera vez que lo oigo, pienso que no es del todo cierto… siempre puedo mejorar…—, bueno, que nos perdemos, esto, ¿por dónde iba?, ah, sí, atención, eso, atención. Decía que si provocas la risa de una persona, ganas su atención, obtienes su confianza y abres su corazón. Mejillas hinchadas por carcajadas pueden más que ojeras regadas con lágrimas. No nos tocaba a nosotros lanzar ningún mensaje, soltar la gran frase. Tan sólo nos encargábamos de recordarles que ante todo eran niños, que a pesar de lo que habían vivido, y de lo que les esperaba, mantenían intacta su capacidad de reír, emocionarse y disfrutar. Tendrías que haber visto a Iqbal. Primero, antes de que empezara, y después, al terminar. Era como si otro chico hubiera ocupado su lugar. Pero no fue eso lo que ocurrió. Más bien Iqbal se encontró con un Iqbal que había estado oculto durante mucho tiempo. Y que, cuando por fin pudo reír de nuevo, iba a ponerse serio, pero serio de verdad…

… Bien, eso es todo lo que quería decirte… ¿qué?, perdón, ¿has dicho algo?, ¿estoy oyendo bien?, ¿me estás pidiendo, no, rogando, es más, suplicando que, por favor de los favores, te ofrezca otra muestra de mi talento?… No sé, ya sabes, no estoy en horario de trabajo, me duele un poco la cabeza, el perro se ha comido los deberes… Vale, vale, valeeeeeeeeeee, está bien. Lo haré sólo si eres capaz de besarte el codo. Sí, sólo un besito en el codo. Eso, un besito en el codo, muaaaaaac. Ahí, ahí, muy bien, ya estás llegando, vamos, continúa, estiiiiiiiiiiira un poco más, un poquito más, estiiiiiiiiiiiiiiiiiirraaa, sólo te falta otro poquito, un poquitíííínnnn, vamos, vamooooooooooos, venga ya… déjalo, vamos, que no se puede, no seas *pringao*… mejor intenta pegar un salto por encima de tus rodillas :—):—(;—).

… Vamos, público… esas palmas…

AVISHAI

Era mi día libre, me tocaba uno de cada nueve, así que pude asistir a la conferencia del BFLL. Llevaba mucho tiempo queriendo ir, pero hasta entonces nunca había tenido la oportunidad. Los conocía a través de los carteles que pegaban en mi fábrica, pues yo era uno de los encargados por mi patrón de quitarlos nada más los ponían. El resultado era que mis compañeros no podían verlos, pero yo me hartaba y claro, luego lo contaba. No entendía las palabras, aún no sabía leer, pero con los dibujos bastaba. El BFLL se atrevía a denunciar lo que todo el mundo sabía: no podían hacernos lo que nos estaban haciendo. Te pongo mi ejemplo: trabajaba en una fábrica de instrumentos quirúrgicos. Hacía moldes de yeso y calentaba acero hirviendo. También manipulaba máquinas pesadas que cortaban y despedazaban. No podías permitirte ni un despiste. El primero, te hacía miembro del club de los cuatro dedos; el segundo, del club de los tres. Así hasta hacer compañía al pobre Hasan, que ya sólo servía para traernos agua y limpiar las máquinas cuando estaban apagadas. Yo tuve mucha suerte. Seguía comiendo el cuscús haciendo pinza con los dedos. Aunque no querían decírnoslo, todos los niños sabíamos que las cosas que fabricábamos ahí dentro eran para ser usadas por médicos, sobre todo extranjeros. Lo que a nosotros nos ponía malos y estaba haciendo tanto daño iba a ser utilizado para curar enfermedades y mantener sanos a otros. No había que ir a la escuela para saber que eso no tenía ningún sentido. ¿Acaso no somos iguales que ellos? Sus labios podrían damos un beso. Su pelo crece en las mismas partes que el nuestro.

Su risa y su llanto no se diferencian del nuestro. Lo que nos separa son sólo cifras, ceros y un lugar de nacimiento. Antes de asistir a la reunión del BFLL, antes incluso de ver alguno de sus carteles, intuía lo que proclamaban. Pero no encontraba la forma de expresarlo, de, por decirlo de alguna manera, echarlo *pa* fuera. Necesitaba compartir mis penas, gritar a los cuatro vientos mi tristeza, que olvidé por un poco de tiempo gracias al Payaso Mustafá. Gracias también al bello discurso de Eshan comprendí el porqué de mi situación e incluso vislumbré una posible solución. Pero el momento llegó cuando le tocó a Iqbal. Tras pronunciar su discurso, Eshan pidió un voluntario de entre el público para que narrara su situación. Nadie parecía dispuesto hasta que uno de nosotros se incorporó. Con paso lento pero decidido se dirigió al micrófono. Entre murmullos me enteré de que se trataba de un tejedor de alfombras. Iqbal no dio grandes esperanzas. No empleó hermosas parábolas. Tan sólo expuso con sus propias palabras, sin acusar a nadie, sin buscar culpables, sus sueños frustrados, sus dolores guardados y todos los sabores amargos. Lo escuchaba y sentía que era mi propia voz. Aunque algo torpe y entrecortado, el improvisado discurso de Iqbal supuso un alivio que no puedes ni imaginar. Antes incluso que un remedio, lo que necesitaba era hablar de lo que me pasaba. Ese día, a través de la boca de Iqbal, me libré de una buena carga.

FÁTIMA

Conocí a Iqbal en la conferencia del BFLL. Cuando terminó su breve intervención, corrí a saludarlo y a agradecer sus palabras. Yo trabajaba cosiendo pantalones y camisetas, sabía bien de lo que hablaba. Resultó que vivíamos cerca. Hicimos juntos el camino de vuelta. Iqbal me confesó que al principio estaba muy nervioso y tuvo mucha vergüenza. Que nunca jamás había sentido tanta gente mirándolo, esperando escuchar lo que decía. Así que para tranquilizarse un poco utilizó un truco. Se imaginó que, en lugar de hablar para ellos, lo hacía sólo para su hermana. A ella le contaba todo con paciencia y confianza. Sabía que ella no esperaba nada, que se contentaría con oír su voz y sentir su presencia. Puedo decirte que esa tarde todos nos sentimos tan cercanos a Iqbal como su hermana. Más aún, pues compartíamos sus padecimientos, eran iguales a los nuestros. Quizá porque ya estaba anocheciendo noté un brillo especial en la mirada de Iqbal. Me atreví a preguntarle en qué pensaba. Pienso en el día en que seré libre, contestó. Yo no quise decepcionarlo, pero recordé lo que admitía Eshan: es cierto que se ha aprobado una ley que prohíbe el trabajo infantil, pero es igual de cierto que ni se cumple ni nadie está en condiciones de hacérsela cumplir a los patronos. Tienes razón, me dijo, los dueños de las fábricas y los talleres siguen empleando a niños, ninguno de ellos está cumpliendo la ley. Pero, añadió mientras me miraba fijamente, eso no quiere decir que nosotros no podamos hacerlo. Si ellos no la cumplen, sentenció, lo haremos nosotros.

MUNNAWAR VIRK

«Hola, mi nombre es Iqbal Masih y vengo a por mi carta de libertad». Recuerdo la primera vez que oí su voz y la fuerte impresión que me causó. Estaba sentado en mi oficina revisando unos papeles, apenas advertí su presencia cuando llegó. Tras oírlo, levanté la mirada intrigado. Al verle, numerosas preguntas surgieron en mi cabeza: ¿quién es este niño?, ¿de dónde ha salido?, ¿cómo es posible que hable con ese desparpajo a su edad? Pero en lugar de interrogarle para encontrar mis respuestas, recordé la frase con la que se había anunciado. Allí lo decía todo. «Hola, mi nombre es Iqbal Masih y vengo a por mi carta de libertad». Iqbal Masih era un niño esclavo, como tantos otros, que de algún modo había oído hablar de nosotros. Ya podía adivinar que el trayecto que yo recorría todos los días de casa a la sede del BFLL había supuesto una auténtica odisea para él. Quizá tuvo que escapar de su puesto de trabajo. Quizá tuvo que recorrer grandes distancias. Quizá tuvo que callejear y buscarnos por una ciudad hostil y desconocida. Quizá las tres cosas juntas y alguna más, como luego pude saber. También debía de conocer el pequeño Iqbal la ley que acababa de aprobar el Parlamento de Pakistán. Y, por descabellado que parezca, había depositado sus esperanzas en ella. Quién era yo para defraudarle, me pregunté. Quién era yo para decirle que esa carta no era un encantamiento que por arte de magia hacía libre a quien la leyera, sino más bien un papel mojado que se arrojaba a la papelera. Quién era yo para poner más barreras a aquel que ha rebasado todas las internas, y guarda y desprende energía para todas las que vengan.

—Hola, mi nombre es Iqbal Masih y vengo a por mi carta de libertad.

—Hola, Iqbal, aquí tienes lo que has venido a buscar.

MUNGAL

Estuve allí presente. Fui el único aparte de Iqbal y Arshad. Nadie mejor que yo podrá contártelo, pues cuando dentro del taller oímos los gritos a la entrada, sólo yo me aventuré a mirar. A un lado estaba Arshad, al otro, Iqbal. Arshad, pese a ser mucho mayor, era el que más se movía, el que más nervioso parecía. Iqbal, por el contrario, se limitaba a sostener un papel delante de él. El vozarrón de Arshad y su fea pronunciación hacían eco en toda la barriada. Iqbal callaba la mayor parte de las veces. Hasta que aprovechaba una pausa de Arshad y, como filo de navaja, pronunciaba palabras que cortaban. Arshad amenazaba, pero Iqbal ni se inmutaba. Arshad hablaba de obligaciones y viejas tradiciones. Iqbal respondía señalando derechos y dignas condiciones. Si Arshad parecía un huracán descontrolado dispuesto a arrasar, Iqbal era la flecha precisa que acertaría a llegar. Por un momento pensé que el duelo de palabras había acabado. Arshad cogió el papel que sostenía Iqbal, lo rompió y lo tiró al suelo. Agarró a Iqbal de la camisa e intentó llevarlo adentro. Pero Iqbal se escabulló con agilidad. Y en lugar de salir corriendo, se cruzó de brazos y permaneció con los pies sobre el mismo suelo. Arshad se mostraba más enfurecido por la valentía de Iqbal que por su afrenta. Dobló la espalda y acercó la cabeza a la de Iqbal. Era como si se la fuera a tragar de un bocado. Entonces dio lo que parecía el último aviso, la última oportunidad, la orden definitiva, antes de que Iqbal lo fuera a pagar muy caro. Pero Iqbal, frente a frente con su patrón, con la punta de la nariz casi tocando la de Arshad, seguro que oliendo su pésimo aliento, contestó que él

nunca iba a volver allí adentro. Afirmó que era libre y que no le pertenecía a nadie. Y se dio la vuelta. Comenzó a andar dejando el taller atrás. Arshad, paralizado y colorado, gritaba y maldecía, pero a nada más se atrevía. Decidí volver rápido al taller, no fuera yo a pagar la rabia de Arshad. Pero recogí los trozos del papel que había sostenido Iqbal. Estoy esperando a que alguien me ayude a recomponer la carta y me la lea. Quizá al oír lo que dice encuentre yo la misma fuerza y tenga la misma fortuna. Así que tú que sabes leer, ¿me haces ese favor?, ¿podrías leerme la carta que liberó a Iqbal?

PARLAMENTO DE PAKISTÁN

El Parlamento de Pakistán, reunido el día 12 de abril de 1987, reconoce la libertad de todos los hombres al nacer, independientemente de su raza, sexo, condición o credo. Todos los seres humanos nacen libres y en igualdad de derechos y obligaciones respecto a sus semejantes. Su libertad y dignidad jamás podrán ser compradas ni vendidas. Nadie puede renunciar a su libertad como tampoco puede quitársela a los demás. Un ser humano sólo es un ser humano cuando es libre y responsable de sus decisiones, y cuando respeta la libertad y responsabilidad de sus semejantes. Los menores de edad requieren de una especial protección. Es responsabilidad de los padres y del resto de la sociedad asegurar que se mantiene el derecho fundamental a disfrutar de su niñez libre de cargas y obligaciones laborales. Queda prohibido todo préstamo o intercambio de dinero a cambio del trabajo forzado infantil. Queda prohibido comprometer el futuro de un niño a cambio de dinero. Queda prohibida la esclavitud infantil. Niños y niñas, jóvenes, adultos, ancianos y ancianas han nacido libres y libres han de participar en la sociedad para la consecución de su felicidad y la de los demás. Sólo podemos ser felices si lo somos todos. Sólo seremos libres si todos lo somos.

INYIAT BIBI

Debería haber adivinado que esto iba a pasar. Mi hijo volvió a casa mucho más pronto de lo habitual. Pregunté qué había pasado y él contestó: El *paishgee* ha acabado. No fue necesario hablar más. Aun así, por si no lo había dejado claro, Iqbal sentenció: No quiero oír hablar más de Arshad. Pero esconder el nombre no iba a hacer desaparecer al hombre. Le debíamos demasiado dinero. Dinero que yo no tenía y jamás conseguiría. Noté a Iqbal más que cansado, exhausto. Se derrumbó sobre la cama y en tres segundos se quedó dormido. No quise despertarlo. Deseé que descansase. Deseé que ninguna pesadilla perturbara su sueño. Al menos ninguna parecida a los miedos que como sombras de peligros inminentes me acorralaban. No había forma de espantarlas, pues no estaba durmiendo, las veía muy bien con los ojos abiertos. Y por más que miraba, más urgente se hacía nuestra necesidad, más desesperada nuestra posición, más alejada cualquier esperanza. Es cierto, no albergaba ninguna esperanza. ¿Cómo iba a saber yo que podía haber alguien más que dispuesto a suministrarla?

ESHAN ULLAH KHAN

Reconocí en la descripción que Munnawar hizo del chico que se había presentado en las oficinas del BFLL al mismo que había ofrecido su testimonio en mi última conferencia. Si entonces me había impresionado por la sencillez y profundidad de sus palabras, ahora lo hacía el arrojo de su carácter. Lástima que no bastara con un hermoso discurso, que no dependiera de un valeroso coraje (contenido en un cuerpo de unos diez años). De la misma forma que su libertad había sido vendida, sólo podía recuperarse comprándola. Y eso era algo en lo que nosotros podíamos ayudar. Aparte de protestar y denunciar, nuestra organización ofrece alternativas y soluciones. Contamos con un programa propio de becas y escuelas. Abonamos el *paishgee* de los muchachos y les ofrecemos la oportunidad de que aprendan en nuestras aulas. En el momento de aparecer Iqbal, nos encontrábamos al límite de nuestra capacidad. Los números no cuadraban. Pero, como se suele decir, donde comen cinco, comen seis, donde comen seis, comen siete y donde comen siete terminan comiendo 224. Y donde comen 224, comen 225. Abandoné la sede del BFLL para iniciar el viaje contrario al que había hecho Iqbal. Del gran Lahore a un pequeño pueblo en las afueras. Al igual que él había tenido que buscarnos a nosotros, tendría que buscarlo a él. Y luego a su patrón.

ARSHAD

Lo mismo me *dafa* que me *dafa* lo mismo. Fue la *madle* de *Iqfal* quien me *fusco* a mí, no yo a ella. Fue ella quien me pidió el *préstamo*, no yo a ella. Fue su hijo quien *ifa* a *pagal-lo*, no el mío. A mí lo único que me *pleocupafa ela lecupelal* mi *dínelo*. No tengo nada en *contla* de *Iqfal*. Cuando ese *homfle*… esto… ¿cómo *ela* su *nomfle*?… ah, sí, ya *lecueldo*, Eshan, Eshan Ullah Khan. Sí, ese *homfle fino* a mi *tallel* y dijo que *quelía haflal* conmigo *sofle Iqfal*. Pues *hafla* lo que tengas que *haflal*, dije yo. *Haflemos* del *paishgee*, dijo él. El *paishgee* no es nada de lo que *haflal*, es algo que hay que *pagal*, dije yo. Pues *haflemos* de cómo *pagal-lo*, dijo él. Así que empezamos a *haflal* de la cantidad. *Tufe* que *calculal de plisa. Sumal* todo lo que *hafía* dado. *Añadil* los *inteleses. Testal* todo lo que *Iqfal* me *hafía defuelto* con su *tlafajo*. En total se *juntalon* muchas *lupias*. En total se *juntalon* muchos años *pala ganal-las. Pelo* ese *lalgo* tiempo y esa *glan* cantidad de *dínelo* se *efapolalon* como sueño. En un solo momento, en el mismo *mofimiento*. Eshan Ullah Khan puso el *dínelo* que le pedí encima de la mesa. Me quedé *solplendido*. Me *llefé* la mano a la *cafeza*. Lo conté y *complofé* que la cantidad *alcanzafa*. Llegamos a un *acueldo*. Eshan se *llefó* a *Iqfal*. Yo me quedé con el *dínelo*. El *paishgee* se *hafía acafado*.

SOBYAS

Lágrimas, lágrimas de felicidad. Abrió nuestra puerta después de llamar. Acompañaba de la mano a Iqbal. Sonreía con confianza. Su mirada era limpia y clara. Vestía muy elegante. Preguntó por mi madre. Mamá salió de la cocina: «¿Qué has hecho esta vez, Iqbal?». Ya le iba a regañar. Él no tardó en explicarlo. Fuimos nosotras las que tardamos en poder asimilarlo. Pero ¿es eso que dices cierto? Pero ¿cómo puede serlo? Lágrimas, lágrimas de felicidad. Sólo había que mirar la cara de Iqbal para creerlo. No era un sueño. El rescate se pagó. La condena se cumplió. La cadena se rompió. El prisionero se fugó. El esclavo se liberó. Lágrimas, lágrimas de felicidad. Nos fundimos en un abrazo. Fue emocionante, tierno, inolvidable. Aunque con este momento ya había soñado, ni me había acercado. La realidad lo había superado. Incluso ahora, que sólo estoy recordándolo, casi estoy temblando. Lágrimas, lágrimas de felicidad. Qué gran paradoja. Iqbal había recuperado su libertad. Pero nosotras no íbamos a disfrutarlo. Podía disponer de sus horas y gastarlas. Pero venía a recoger sus cosas. Ya no tenía que trabajar. Pero debía abandonarnos. Tenía una oportunidad. Y quería aprovecharla. Iqbal se iba a la escuela. Mi hermano iba a aprender y a estudiar. Lágrimas, lágrimas de felicidad. Ya no le forzaba una obligación. Le movía una convicción. Iqbal acercó la boca a mi oreja. «Te cuento un secreto. Volveré a por los demás. Algún día todo esto se va a acabar». Lágrimas, lágrimas de felicidad. Ya se marchaba, pero yo no le soltaba. «Vamos, Sobyas, ¿qué te pasa?, te encuentro extraña. Estás muy callada». «No me pasa nada, Iqbal —

dije—, sólo son lágrimas. Son lágrimas, lágrimas de felicidad».

AZAHARA

Soy profesora del colegio del BFLL. Déjame que te explique brevemente lo que hacemos aquí. Tenemos una escuela muy peculiar. No sólo enseñamos números, letras, ríos y montañas: nuestra prioridad es recuperar la infancia perdida de unos niños que durante mucho tiempo no pudieron disfrutarla. El aula es también el patio de recreo. La lección a menudo hace las veces de juego. Una excusa para que se muevan, se sorprendan, rían, bailen, canten… En resumen, para que se relacionen con los demás y con ellos mismos. La mayoría de ellos tarda un tiempo en adaptarse. Lo han pasado tan mal, tan verdaderamente mal, que llegan como un topo viejo y herido al umbral de su madriguera. Se niegan a asomarse hacia afuera y no dejan que nadie entre. Les cuesta mucho no sólo coger confianza, incluso simplemente hablar. Hablar de lo que les pasa, de lo que sienten, de lo que piensan, de lo que les gusta, de lo que no les gusta, de lo que temen, de lo que quieren. Tratamos de hacerles saber que con nosotros pueden y deben soltarse. Que siempre habrá alguien con ganas e interés por escuchar. Más pronto o más tarde todos acaban por participar. Es entonces cuando podemos formarlos. Les damos los conocimientos necesarios para que puedan valerse por ellos mismos en la sociedad. Al mismo tiempo nos interesa que sean capaces de preocuparse de los demás, y no sólo busquen su interés personal. Creemos y enseñamos que no se puede separar la prosperidad de uno de la de los demás, ni la de los demás de la de uno, claro está. El trabajo es complicado. Cada vez son más. Cada vez llegan peor. Uno nunca termina de empezar. A pesar de

ello, merece la pena. No puedo describir la emoción que me produce observar el cambio que se da en ellos. Verlos crecer, madurar, convertirse en buenas personas, aprovechar la oportunidad que jamás pensaron que iba a llegar. Ya he dicho que son muchos, pero recuerdo el nombre de cada uno de mis alumnos. Y eso que los he tenido a cientos. De entre todos, si ha habido alguno al que no podría olvidar, es a Iqbal. Nada más llegar, se hizo notar.

SHAFIQ

Anda que no era *espabilao* ni *na. Na* más apareció en nuestra clase, nos propusimos gastarle la clásica novatada. Por favor, no me entiendas mal. Que no es *pa'* tanto. No se trataba de hacerle rabiar. Mucho menos de burlarnos del recién llegado. Todos lo hemos sido algún día. Nuestras novatadas no eran para ridiculizar. Sólo pretendíamos quitarle la vergüenza, ayudarlo a vencer su timidez. Pues eso, que se sintiera como en casa. Ya está. Pero menudo era el tapicero. Nosotros, que pensábamos pillarle por detrás, descubrimos que nos daba mil vueltas. Y eso que la idea era buena. Y que siempre había funcionado. Aunque, hay que admitirlo, original no era. Se trataba del típico truco de la cuerda. Te lo explico. Se ata un extremo de la cuerda a la pata de la mesa del profesor. El otro extremo lo atas al tobillo (sin que se dé cuenta) del novato. A la hora del recreo, cuando el novato se levanta para marcharse, se lleva la cuerda y termina arrastrando la mesa con él. La mesa del profesor, claro está. El profesor, que ya se lo sabe, no lo regaña, pero suelta un comentario cómplice del estilo: «¿Sería usted tan amable de no llevarse mi mesa?, me temo que voy a necesitarla para la próxima clase». Podrás imaginarte que todo el mundo se parte de risa. Bueno, todos menos la pobre víctima. Se pone rojo de vergüenza. Ni su madre reconocería su cara en un puesto de tomates. Pero se le pasa pronto. Incluso termina participando de la gracia. Comprende que no hay mala fe. Que no es para tomarle el pelo. Pues bien, ésa era la idea. Atamos la cuerda al tobillo de Iqbal, pensando, ilusos, que no se había dado cuenta. Pero ¡ay!, sí que se enteró. Así que

decidió adelantarse. El profesor pidió un voluntario. Iqbal se levantó como un rayo. Raudo y veloz, fue hacia el encerado. No por mucho tiempo. Estaba haciendo el paripé. No tenía ni idea de la pregunta que había hecho el profe. Aún menos sabía la respuesta. Su intención era otra. Así que, tras escuchar la reprimenda, volvió a su sitio. Pero siguiendo un peculiar camino. De un modo furtivo. En zigzag y, al contrario de nosotros, con disimulo y astucia. Y ya estábamos liados. A la hora del recreo, Iqbal se levantó y al andar tiró de la cuerda. Vaya bochorno pasamos. Iqbal había ido atando la cuerda al dobladillo de los pantalones de algunos veteranos, que, al levantarnos, dejamos algo en el suelo que antes llevábamos. Menos mal que anduvimos rápido y nos tapamos con las manos. Créeme, no se está nada cómodo con los pantalones bajados…

FAIZ

Apenas reparé en él cuando lo vi. Eshan dijo que era un chico muy especial. Lo había llevado a vivir a su propia casa en lugar de a la residencia que albergaba a los niños que no eran de Lahore. También es cierto que allí ya no había mucho sitio. Y que a cambio del *paishgee* que abonó Eshan, Iqbal ayudaba en las tareas del hogar. Mi primera imagen de él es la de un niño tímido sirviéndonos el té. Cada noche los máximos responsables del BFLL y algún simpatizante nos reuníamos de tertulia en casa de Eshan. Empezábamos tarde, al menos para el horario de Iqbal. Las reuniones solían prolongarse hasta altas horas de la madrugada. Hablábamos de todos los retos a los que se enfrentaba nuestra organización. Lo que más nos preocupaba era el trabajo infantil. Pasó mucho tiempo hasta que una maceta rota al otro lado de la puerta reveló que Iqbal pasaba las noches escuchándonos. Por supuesto, no se nos ocurrió reñirlo. Viendo que sería imposible evitar que nos espiase, decidimos permitir que se quedara con nosotros dentro del salón. Pero sólo si se estaba quieto y callado. Afortunadamente no nos hizo caso. Aunque tardó en desobedecernos. Al principio se sentaba solo y apartado, en el sofá de la esquina. Los únicos músculos que movía eran los párpados. Poco a poco, noche a noche, se fue acercando. Hasta que se atrevió a sentarse alrededor de la mesa. Fue entonces cuando comencé a prestarle más atención. Había algo especial en su forma de escuchar. No era la de un niño que no entiende de qué hablan los mayores. Más bien transmitía la sensación de que penetraba en todas nuestras

conversaciones, con la conciencia del que no sólo la sigue y entiende, sino que la vive por dentro. Pues ha vivido y pasado por todo lo que se está contando. Por fin un día se animó a intervenir. A su modo —no dejaba de tener apenas diez años—, con su forma de expresarse acertó en el comentario, preciso y necesario para lo que estábamos tratando. Nos sorprendió, pero no debería habernos sorprendido. Nuestros estudios eran avanzados. Nuestras intenciones, buenas y compasivas. Nuestras parrafadas, coloridas y argumentadas. Pero ninguno de nosotros había sido niño esclavo. Antes de cruzar un río, mejor preguntar a quien se ha mojado. La voz de Iqbal, breve y puntual, fue cada vez más demandada. Su juicio, más apreciado y consultado. Y su forma de escuchar, imitada por nosotros ahora que él también contaba.

BRITTMARIE KLANG

Aunque venía del norte de mi Suecia natal, no fue el calor lo que más me impactó cuando llegué al sur de Pakistán. Fueron sus gentes. Por un lado, me encontré con que había pocos que tenían mucho y muchos que tenían poco. Por otro, descubrí que los que más tenían eran los que más temían perderlo, y los que tenían menos o nada eran los que más apreciaban cualquier ganancia, por pequeña que fuera. Entender esto me ayudó mucho para poder luego ayudar, que era para lo que había ido a Pakistán. Soy cooperante internacional, además de madre de tres hijos. No hace falta que te diga nada más para que adivines en qué campo decidí trabajar. Tras conocer a Eshan y su organización, me uní a ellos para tratar de erradicar el trabajo infantil, a la vez que dábamos alternativas tanto a los niños como a los patronos. Aprendí su lengua, sus costumbres, y llegué a conocer muy bien cómo funcionaba el *paishgee*. Más que un sistema en el que había buenos y malos, se trataba de una red extendida que dependía y se beneficiaba del abuso de irnos menores. Había muchas personas que participaban y se beneficiaban más o menos conscientemente del trabajo de los niños, no sólo los patronos o los dueños de los talleres, también los intermediarios, los propietarios de las tiendas y, en último lugar, los propios consumidores. De la misma forma que uno no compraría una lata de comida sin saber sus ingredientes, tampoco deberíamos comprar una alfombra (o cualquier otra cosa) sin saber cómo se ha hecho. Ya sé que eso es muy difícil. Pero yo me propuse que al menos sí se supiera por qué muchas elegantes y lujosas

alfombras salían tan baratas. Hablé con un viejo amigo que era director de cine. Estuvo encantado con la idea de rodar un documental. Se lo comenté a Eshan y también quedó fascinado por la idea. Incluso llegó a proponerme un protagonista, un tal Iqbal…

MAGNUS BERMAR

Por mucho que me hubiera contado Brittmarie, no había palabras suficientes para describir el impacto que me produjo visitar los talleres que empleaban a niños y todo el mercadeo que se traían con su trabajo. Yo al menos no las encuentro. Afortunadamente, ésa no es mi labor. Yo me dedico a capturar imágenes en movimiento y a dejar que sean ellas las que hablen por sí solas. Así que al leer el texto, trata de visualizarlo.

Manos grasientas y sudadas que durante unos segundos se restriegan la cara, tapándosela toda, menos un hueco por el que se cuela un resoplido, y que en seguida vuelven a ocupar su lugar en el telar. Seguimos el recorrido de un brazo que se estira y al subirse la manga de la americana se descubre un caro reloj que rodea la muñeca de la mano aseada, con las uñas bien cortadas, que se estrecha a otra muy parecida tras acordar el precio de la alfombra. Pies frenéticos brincando por el suelo para no llegar tarde al taller, y pies cansados arrastrándose a la salida. Un tazón de sopa a cuyos lados se asoman las orejas del que lo está apurando. Mirada forzada y rígida de un muchacho para no perder detalle del movimiento de los hilos. Mirada relajada y complaciente del comerciante que aprecia la calidad de los colores. Ejércitos de niños marchando en silencio hacia polígonos industriales semidesiertos. Camarillas y corrillos de vendedores saboreando un cóctel. Millones de motas de polvo flotando en un rayo de luz que se proyecta desde la rendija de una ventana tapada, cruza todo el taller hasta derramarse en una coronilla de

pelo sucio y enredado coronado por un quiquiriquí. Lámparas de araña que proyectan sombras alargadas de los asistentes a la Feria Internacional de Alfombras de Lahore.

He de confesar que muchas de las tomas no fueron idea mía. Conté con ayuda. Cuando me presentaron a Iqbal Masih, pensé que podía aparecer en algunas escenas contando su experiencia personal. Pero tras conocerlo y escuchar sus sugerencias, llegué a la conclusión de que tenía mucho más que aportar al documental. Cuando uno mira por primera vez algo, es bueno contar con el consejo de quien ya lo ha visto —y vivido— para fijarse en lo esencial y más característico. Entregué una cámara a Iqbal y le di total libertad. Sólo le pedí que filmara aquellas escenas que estimara que podrían aproximar al espectador a su experiencia. A juzgar por el revuelo que se montó, creo que acertó.

SALMA

Si me fijé al principio en Iqbal fue porque estaba siempre en el meollo de todos los líos, juegos y travesuras. Lo mejor era que en clase se comportaba más o menos bien, incluso parecía que se enteraba de lo que decía el profe. Yo era muy tímida y apenas tenía amigos. Jamás hablaba en clase. Me pasaba los recreos en una esquina, mirando a los demás. No es que fuera una aburrida, sino que no me salía participar. Prefería quedarme en la distancia, observando. Por eso me atrajo tanto Iqbal. Corría, saltaba, bajaba, subía, se enfadaba y reía. No se estaba quieto ni un momento. Justo lo contrario que yo. Me daba mucha vergüenza hablar con él, pues siempre lo veía ocupado o rodeado de mucha gente, preparando alguna travesura. Pero un día me lancé. Le pregunté cómo se llamaba, aunque ya lo sabía. Y como él sabía que lo sabía, me dijo: para qué lo preguntas si ya lo sabes. Entonces tuve que confesar que sí, que lo sabía, pero lo reté a ver si él sabía mi nombre. Aseguró que lo sabía, pero que no me lo decía. Eso es porque no lo sabes, repuse yo. Claro que lo sé, Mudena, de mudita, soltó él. Pues sí que estás equivocado, dije yo, ése es un nombre muy raro y yo no soy mudita. Más rara eres tú, dijo él. Ni me llamo Mudena ni soy rara, ni soy mudita, enano, le solté. Tú también te has equivocado, enano no es mi nombre, contestó. Claro que lo es, enano, Enano Masih, insistía yo. Es Iqbal, Iqbal Masih, amiga Salma, dulce y tímida Salma, dijo él. ¡Hala, pero si sí que sabías mi nombre!, me ruboricé. Por supuesto, Mudena, me soltó. Vete por ahí, enano, dije yo. Y ya nos enzarzamos en una riña.

—Enano —dije yo.
—Mudena —dijo él.
—Enano —dije yo.
—Mudena —dijo él.
—Enano —dije yo.
—Enano —dijo él.
—Mudena —dije yo.
—No, ¿ves?, ya lo decía, yo, te llamas Mudena… —dijo él.

Estaba tan, tan enfadada que cuando Iqbal terminó pillándome, y vi cómo se le iluminaron los ojos al conseguirlo, no pude hacer otra cosa que echarme a reír. A carcajada limpia. Menudo espectáculo. Se formó un corro a mi alrededor en el patio. Y aunque no sabían de qué me reía, ellos también lo hacían. Y todo el que se acercaba, aunque no sabía de qué iba, al oír tantas risas, se contagiaba y se unía. Creo que ese día no hubo nadie en toda la escuela que no se riera. A partir de entonces fui superpopular. Todo el mundo quería estar conmigo, que interviniera en sus juegos, que escuchara sus cotilleos. A mí también empezó a gustarme estar con gente. Y al tiempo que yo me volvía más echada para adelante, Iqbal se fue retirando con pequeños pasos atrás. Casisin que nadie lo notara, el enano, como todavía lo llamaba cariñosamente, empezó a juntarse más con los mayores. Y cuando estaba con nosotros, aunque por fuera parecía el de antes, yo veía que por dentro Iqbal no estaba. Un día me atreví a preguntarle qué era lo que lo había cambiado. Y él me contestó: sigo siendo el de siempre, Mudena, tan sólo he crecido lo suficiente como para que dejes de llamarme enano… Pues nada, ya te has enterado.

MILES

En el edificio viejo muy abrigados en otoño. En el edificio viejo un poco más abrigados y la estufa encendida en invierno. Al aire libre bajo la sombra de un árbol en primavera. Al aire libre bajo la sombra de un árbol, con mi sombrero de paja, al principio del verano. El curso terminaba y los alumnos apenas se parecían a los que habían empezado. Calcularon con los números. Juntaron letras y sílabas. Supieron de lo que pasó mucho antes de que ellos nacieran. Se interesaron por lo que existía más allá de nuestras fronteras. Preguntaron, a veces incluso contestaron, sonrieron, protestaron, se disculparon, cuchichearon, se asombraron, se aburrieron, se ilusionaron, se les olvidó, lo repitieron, lo recordaron… Y, sobre todo, maduraron. No ha habido año o promoción de la que no me haya sentido orgulloso. Los había más o menos listos, más o menos traviesos, más o menos responsables, pero todos, sin ninguna excepción, aprendían a ser compasivos y honestos con los demás. Transformando lo malo que habían conocido en lo bueno que siempre habían anhelado. Cambiando desdicha y brazos cruzados por sonrisa y mano tendida. Aunque ellos apenas lo percibían, yo notaba cómo crecían. Casi podía verlos como adultos llevando su vida. Luego podía equivocarme. Una cosa era cómo yo me los imaginaba y otra cómo terminaban. Pero había algo seguro: llegarían a tener más o menos éxito, más o menos dinero, más o menos cosas. Llegarían a ser más o menos trabajadores, más o menos afortunados, más o menos importantes. Llegarían a ser y tener lo que fuera, pero jamás de los jamases harían

lo que habían hecho con ellos. Aunque algunos, como Iqbal Masih, quisieron incluso llegar más lejos.

SOR DANIELA BARONCHELLI

Tenía a la entrada unas pequeñas campanas colgando del techo. Anunciaban que alguien había abierto la puerta y estaba entrando en la tienda. También sonaban cuando alguien se marchaba. Un día que recuerdo bien las oí varias veces seguidas. Alguien abrió la puerta y, tras el tintineo de las campanas, volvió a cerrarla. Y volvió a abrirla y, cuando las campanas dejaron de sonar, volvió a cerrarla. Para abrirla de nuevo y ponerse a escuchar. No me sorprendió que fuera un chaval el cliente que no se animaba a pasar, pues parecía que en la entrada se encontraba lo que buscaba. Además, ahí al lado tenía la escuela del BFLL. Lo siento, me dijo, es que me gusta mucho cómo suenan. No tienes que sentir nada, estás en tu casa, a mí también me gusta mucho cómo suenan, le confesé. Me dijo su nombre y yo a él el mío. Con cierto desparpajo, me preguntó por qué llevaba esas ropas. Le expliqué que era una monja y ése era mi uniforme. Y esa respuesta dio pie a otras preguntas, y sus preguntas despertaban cada vez más mi curiosidad hasta que fui yo la que no paraba de preguntar. Iqbal se convirtió en un cliente habitual. Ya no venía sólo por el sonido de las campanas, de las que seguía abusando, sino para charlar. Disfrutaba hablando conmigo casi tanto como yo haciéndolo con él. Soy misionera y no puedes imaginarte las historias que tengo para contar. He estado en el África negra, en poblados donde no había ni luz ni agua, ni para la gente que vivía allí urgencia por que las hubiera. Pasé una temporada en la China. Para llegar a mi iglesia cruzaba en bicicleta una ciudad con rascacielos que no paraba de crecer, hasta llegar a

unos campos de arrozales que seguían igual que siglos antes. En América estuve en una barriada de chabolas donde los niños y los adultos tenían que buscar comida en inmensos campos de basura. También contaba cosas de mi hogar, Italia, donde, aunque es próspera y rica, hay otros tipos de necesidades. Iqbal escuchaba siempre con atención, desenfocaba la mirada y, pienso yo, se situaba en las historias que le contaba. De vez en cuando me pedía que sacara el atlas de la estantería y le enseñara las fotos. Me decía que le encantaría viajar —y a quién no, por otra parte—. También decía que, más que un lujo, debería ser una obligación. Añadía que si todas las personas viajasen por todo el mundo entenderían mejor a sus vecinos, y a ellos mismos, y que copiarían lo mejor que encontrasen y lo cambiarían por lo peor que tenían. Ojalá alguien te escuchase, le decía yo. No podía decir otra cosa pues aunque el chico, me parecía, llevaba razón, tenía edad suficiente como para adivinar que eso no iba a pasar. Así ocupamos muchas tardes Iqbal y yo, tantas que cuando las recuerdo parecen muchas, pero cuando las tenía presentes, siempre eran pocas. Así hasta que cumplió parte de su sueño. Iqbal viajó al extranjero. Cuando volvió, no hubo mucho tiempo para más. Me he retirado a mi Italia natal. Todavía conservo las campanitas. De vez en cuando las toco. Y recuerdo que, pase lo que pase, su sonido provocará una sonrisa en el rostro de un niño.

JENNIFER MARGULIS

Todo empezó entre las cuatro paredes de mi oficina. Mi empresa, una gran multinacional norteamericana, acababa de nombrarme responsable de labores humanitarias. Y entre las labores de mi trabajo destacaba la de buscar candidatos para un recién creado premio en defensa de los Derechos Humanos de los niños. Por entonces me encontraba en Pakistán. Ya puedes imaginarte cuál fue mi aspirante ideal. Iqbal Masih reunía todos los requisitos y alguno más. Había padecido los abusos que denunciaba. Fue gracias a su voluntad y a la ayuda de los demás como consiguió liberarse. Tras un período de formación durante el cual aprendió a leer y escribir con una rapidez sorprendente, empezó a participar activamente en el movimiento contra el trabajo forzado de los niños. Devolvió con creces el favor a la ONG que había comprado su libertad. Iqbal intervino en un documental sueco que dio la vuelta al mundo denunciando la explotación infantil en la industria de las alfombras. Su testimonio y las escenas que grabó cámara en mano fueron fundamentales para aportar la credibilidad y el dramatismo necesarios. Pese a que los responsables del BFLL seguían viéndolo como un niño, que es lo que era, por otra parte, Iqbal se las arregló poco a poco para desempeñar un papel más relevante. Comenzó a participar en sus reuniones. Sus aportaciones eran cada vez más apreciadas y demandadas. Así que no tardaron en pedirle que las compartiera con mucha más gente. Por ejemplo, con los asistentes a los mítines o manifestaciones que celebraban. También cuando había que hablar con la prensa, ya fuera nacional o extranjera. Su

ejemplo inspiraba a otros niños, si no para imitar sus pasos, al menos para afrontar su futuro con mayor esperanza. Además, era muy, muy simpático, como pude comprobar cuando lo conocí. Aunque esto no se lo dije al comité encargado de otorgar el premio. Tampoco hizo falta, no tardaron mucho en decidir que Iqbal era el mejor candidato. Sólo hay un problema, me dijeron, Iqbal tendrá que viajar a Estados Unidos para recogerlo. ¿Sabes si costará mucho convencerlo?, me preguntó un miembro del comité. Lo mismo que enseñar a un cangrejo a andar hacia atrás, respondí yo.

BRITTMARIE KLANG

No voy a ocultarte la verdad. Era mi oportunidad y tenía que aprovecharla. No sólo estaba pensando en Iqbal cuando lo invité a conocer Suecia antes de viajar a Estados Unidos. Estaba pensando en la cantidad de gente, y sobre todo en la cantidad de niños, que se beneficiarían de su testimonio. Las cosas que podía contar no eran algo usual. Escuchar a alguien que ha escalado una montaña con los pies descalzos nos ayuda a subir la cuesta, que tan alta se nos antojaba, con muchas más ganas. Iqbal había hecho frente a una serie de necesidades y urgencias a una edad en la que los niños de mi país sólo saben de comodidades, diversiones y el berrinche porque se terminen. Algo parecido sucede con los mayores. Olvidamos que un problema es no tener qué llevarse a la boca, no que en ese restaurante no admitan más reservas. Al mismo tiempo, muchos organismos oficiales e individuos particulares estaban colaborando en la liberación y educación de niños como Iqbal. Merecían conocer cuál era el resultado de su solidaridad. Pero no creas que sólo pensé en los demás. Ni que olvidé que Iqbal venía sobre todo a disfrutar. Además del programa de conferencias y reuniones, organicé una serie de actividades que sabía que le iban a sorprender y gustar. Para empezar, ¿qué otro sitio mejor que Suecia para ver nevar?

ESHAN ULLAH KHAN

Tenía la sensación de que todo iba muy de prisa. Iqbal había sido un niño esclavo. Iqbal había sido liberado. Iqbal había ido a la escuela. Iqbal aprendió a leer, escribir y hacer cuentas. Iqbal comenzó a participar en nuestras reuniones. Iqbal empezó a intervenir en los mítines. Iqbal concedía entrevistas. ¡Eshan hacía cola en la agencia de viajes para comprar los billetes de avión de Iqbal a Suecia y Estados Unidos! Gracias a la ayuda de muchos. Gracias al sacrificio de unos cuantos. Gracias al coraje de unos pocos. Gracias a la gracia de uno solo. Entonces llegué a pensar que lo que ocurrió con Iqbal se iba a multiplicar. Saqué los billetes y en seguida los metí en la cartera. Me daba cierto vértigo mirarlos. Tenía la sensación de que todo iba muy de prisa. Tenía la sensación de que volábamos muy alto. Aunque entonces, cuando lo que uno siempre ha soñado parece asomarse en un horizonte no muy lejano, ¿quién habría pisado el freno?, ¿quién se habría molestado en mirar hacia abajo?

Habrás encontrado esta nota rascándote el culo por el bolsillo de atrás, seguro. Y seguro que te preguntarás quién se ha tomado esta libertad. ¿Quién va a ser? Tu admiradora más incondicional. Que aprovechó un despiste y te la coló por detrás. Anda que no vas a estar lejos cuando la leas ni na. Pero aunque la leas en el cielo o en un suelo extranjero, recuerda esto: ya te echamos de menos. Pásatelo muy bien y aprende mucho, que luego

vamos a preguntarte. Así que será mejor que tengas algo que contar, enano.

MUDENA

La nota que acabas de leer se la escribí a Iqbal antes de que se marchase al extranjero. Supongo que ya lo habías adivinado. Además de como guía en esta historia narrada por tantos, yo participo con mi propia voz. Como la de los demás, suena tal como sonaba cuando nos encontramos. Tal como Iqbal la habría escuchado. Supongo que también habrás adivinado que ahora que escribo esto ya han pasado varios años desde que conocí a Iqbal. Lo que va a costarte más adivinar son las cosas que vivirá Iqbal. Suecia y Estados Unidos no tienen nada que ver con Pakistán. Eso no los hace mejores ni peores, los hace diferentes. No sé si se parecen o no al lugar donde vives. Si se parecen, podrás comprender a Iqbal y entenderás en parte la reacción de los personajes que conoció. Quizá tú en su lugar habrías tenido la misma reacción, o quizá no. Si no se parecen en nada podrás entender mejor las sorpresas que Iqbal se llevó. Quizá tú en su lugar te habrías comportado de la misma manera, o no. En ambos casos notarás cómo Iqbal está creciendo, si entendemos por crecer no sólo el acumular años. Si entendemos por crecer ir descubriendo poco a poco lo que de verdad importa. Si entendemos que parte de ese descubrimiento consiste en tener el coraje suficiente para defenderlo. Y divertirse un rato mientras tanto. Así que prepara el equipaje, que nos vamos de viaje. Y no me digas que tienes miedo al avión. Hasta para eso Iqbal va a darte una solución.

SATMIT

Quizá me recordarás. Yo fui el policía que arrestó a Iqbal. El mismo que lo devolvió al taller. El mismo que fue recompensado por Arshad. El mismo que no le prestó ayuda cuando llorando se la suplicó. Quién me lo iba a decir. Me lo volví a encontrar. Yo había sido trasladado de puesto y ciudad. Trabajaba en la aduana del aeropuerto. Me encargaba de comprobar que los pasaportes estuvieran en regla antes de dejar embarcar al viajero. Iqbal, por decirlo de alguna manera, volvía a llamar a mi puerta. De nuevo al otro lado se asomaba un futuro más esperanzados De nuevo me encontraba yo de por medio. De nuevo era yo el encargado de dejarlo pasar o no. Ya conocía su historia. Había leído alguna de sus entrevistas. Iqbal había cambiado. No era el mismo niño que se dirigió a mí entre asustado y despistado. Él también me reconoció. Anduvo hacia mí con gracia y coraje. Yo tampoco era el mismo. Un poco más tripón. Un poco más calvo. Me había casado. Había tenido un par de críos. Ni me fijé en su pasaporte. Como antes, la ley lo respaldaba, tenía derecho a pasar, todo estaba en regla. Pero si entonces, cuando se escapó del taller, pese a sus ruegos y a que una ley, recién aprobada, lo protegía, hice lo que me dio la gana, en esta ocasión la habría quebrantado mil veces por ayudarlo. Las personas cambian. Quizá a fuerza de arrepentimientos, como en mi caso, pero siempre es posible que entre un poco de luz en esa habitación que ha pasado tanto tiempo oscura dentro de nosotros. Mil veces, te digo, y no exagero, habría quebrantado la ley por ayudarlo. Pasa, chaval, le dije con voz entrecortada, que tengas un buen viaje. No

logré disimularlo. Si hubieras estado allí, te habrías sorprendido al ver llorar a un policía.

ZULIMA

Cerré los ojos nada más despegar. Me aferré a los reposabrazos. Necesitaba tener algo bien agarrado. Aunque bien sabía que, si nos caíamos, no habría nada a lo que agarrarse. Como tampoco iba a frenar el golpe el cojín que apretaba entre las piernas si nos estrellábamos contra una montaña. También encontraba poco útil el chaleco salvavidas de debajo de mi butaca. ¿No tendría más sentido damos un paracaídas? No me atreví a abrir los ojos hasta que el avión se colocó en horizontal. Seguía teniendo mucho miedo, pero prefería distraerme viendo las caras del resto de los pasajeros. Mucho mejor que ponerse a pensar: ¿cómo puede volar este armatoste de hierro en el que me he metido? Y contemplando las caras y gestos de mis compañeros de vuelo, fue como reparé en Iqbal. No sabría decirte su edad. Muy joven para la seguridad que mostraba. Muy mayor para el pequeño cuerpo en el que se alojaba. No tengo muy claro qué fue antes: si me fijé en él porque me miraba o él me miró porque yo lo estaba mirando. El caso es que así nos quedamos un rato. En otras circunstancias nunca me habría acercado a él, pero durante una buena parte del viaje no paramos de charlar. Yo iba en primera clase, él viajaba en turista. Es fácil adivinar quién de los dos recorrió el pasillo que nos distanciaba. Quién corrió la cortina que nos separaba. «Pareces asustada», fue lo primero que me dijo. Suficiente para reconocer por sus modos y acento de dónde venía. En Pakistán, supongo que como en muchos otros países, es fácil deducir la posición social por el acento, el tono de voz y la sinceridad al hablar. Mientras más arriba estás, más

estirada y nasal suenas, y más rodeos das para decir lo que piensas. De haber sido yo la encargada de expresar su observación, habría dicho algo así como: «Percibo cierta incertidumbre en tu semblante»… Pero ¡qué chorrada! Me siento inmensamente afortunada por darme cuenta de eso. Inmensamente agradecida al responsable de ello. Nací en el seno de una familia con muchas tierras. Enormes extensiones en las que trabajan intensamente muchas personas, familias enteras. Criados con hijos criados desde la cuna para servirme, al igual que desde otra cuna me acostumbraba yo a ser servida. Mandar, ordenar y, lo peor de todo, ignorar que aquellos que obedecían mis deseos, quienes pacientes soportaban mis caprichos eran personas como yo. Como yo y como ellos se presentó Iqbal, sin inclinar la cabeza, sin llamarme señora, sin humildad, pero con respeto y calor. Como un ser humano hablando con un hermano. Iqbal me inspiró serenidad con su simple presencia. Él me contó su vida. Yo a él la mía. No podían ser más distintas. Él había crecido en la escasez. Yo, saturada de abundancia. Él iba a recoger un premio por su lucha en favor de los derechos humanos. Yo iba a estudiar en una cara universidad para sacar el mayor provecho de los «recursos humanos». Él miraba confiado el futuro tras haber superado su pasado. Yo lo miraba asustada, pues carecía de esa confianza que él tenía. Nadie pudo regalármela, ni el dinero comprármela ni mis prestigiosos profesores enseñármela. Ahí estábamos, entre el cielo y la tierra, el niño y la joven, la rica y el pobre, el activista y la estudiante, la desconfiada y el que rebosaba confianza. Dime, Iqbal, la pregunta me intrigaba, con lo mal que lo has pasado, ¿cómo puedes tener tanta confianza? Tardé en entender su respuesta. Aún más en ponerla en práctica. Pero ahora puedo asegurar que en la mayor parte de las ocasiones es cierta. «La confianza se adquiere cuando uno trata a los demás como le gustaría que lo trataran a él. Y entonces descubres que ellos empiezan a hacer lo mismo. Entonces ya puedes confiar. Es así, confía en mí».

AZAFATA

Mira, no me vengas con mandangas. Ese Iqbal era un trasto, un gracietas y un pesado. Lo sacaron del pueblo por primera vez y no se les ocurrió otra cosa que meterlo en un avión. Pues claro, pasó lo que tenía que pasar. Se lo tomó todo a chufla. En cuanto descubrió que tenía un botón en el asiento y cada vez que lo apretaba acudía una azafata a su llamada, exprimió su cerebro del tamaño de un guisante y se lució con su catálogo de chistes malos. Tú le preguntabas qué quería y él decía tonterías como:

«¡Oye, que os habéis saltado mi parada!».

«¿Puede decirle al conductor que pare? Necesito bajar a mear».

«Pero ¿no toca ya parar para echar gasolina?».

«¿Puedo abrir la ventanilla y sacar la mano?».

«Sólo quería felicitar al conductor, está esquivando todos los baches».

«No, nada, era para decirte que se te ha olvidado traerme las cáscaras». (Menudo paleto, nunca había visto un aperitivo de cacahuetes salados).

«No he visto ningún pájaro, ¿seguro que estamos volando?».

«Lo siento, vengo del servicio y he tirado de la cadena… Espero que no le caiga encima a nadie».

«La cuenta, por favor». (El muy tonto, después de terminar de comer).

Ja, ja, ja. Qué risa, tía Felisa. Eso, que la próxima vez lo aguante su tía. Porque una cosa te digo: como vuelva a verlo en un avión…

BRITTMARIE KLANG

No me costó nada reconocerlo entre la multitud. Era la cosa más morenita y linda que jamás había aparecido en el aeropuerto de Estocolmo. Y seguro que el que más animadamente mostró su alegría al ver quién estaba esperándolo. Iqbal empezó a dar saltos y a estirar los brazos. Mis tres hijos y yo habíamos dibujado una pancarta con los colores del arco iris, «Bienvenido a Suecia, Iqbal», decía. En cuanto cruzó la aduana fue corriendo a abrazarnos. Ni mis hijos hablaban urdu, ni Iqbal sueco, pero no hizo falta traducir nada. Porque los cuatro decían lo mismo: ¡qué alegría habernos conocido! Nos montamos en el coche mientras mis hijos e Iqbal seguían cada cual contando sus cosas, aunque no se entendieran. Eshan y yo, los mayores, delante; detrás, los enanos. Iqbal, que se había quedado en medio, pidió cambiarse de sitio para poder mirar por la ventana. Eso me dio la idea de que, antes de pasar por casa, podía recorrer el centro de Estocolmo. Así lo hicimos. Cuando no era Iqbal el que señalaba algo que le impresionaba, eran mis hijos los que apuntaban. «Mira eso, mira eso, es la catedral», «Ahí, ahí, ahí el edificio del Ayuntamiento». «En esa calle hacia abajo está la mejor pastelería de Suecia». Pensé que ya me tocaba traducir. Iqbal hacía muchas preguntas y quería saber qué decían mis hijos, quienes a su vez también querían saber qué decía Iqbal. Pero es que no paraban de hablar, así que, cuando había terminado de traducir una frase, ellos habían dicho cuatro más. Así que lo di por imposible, pues al final ellos solos se entendían mucho mejor. Es mucho más divertido poner cara de lo rico que está un pastel que decirlo. Aunque no

tanto como comérselo. Vi la emoción de Iqbal por el espejo retrovisor. No pude resistir la tentación. Paramos frente a la tienda y, en tropel y a la carrera, salieron los niños a la acera. Los dejé elegir. Iqbal, como siempre, el más gracioso, dijo que si le daba a elegir, se quedaba con todos. No, listillo, contesté, puedes elegir uno y sólo uno entre todos los que hay. Al final los cuatro se pusieron de acuerdo en escoger uno diferente y partirlo en cuatro trozos. De este modo fue como comprar un pastel entero, pero con cuatro sabores. No creas que los pasteles los mantuvieron mucho tiempo callados. Todo lo contrario, no pararon de hablar hasta llegar a casa. Allí, de nuevo en tropel y a la carrera, «eh, que os olvidáis de las maletas», salieron hacia la escalera. Y escaleras abajo los mandé inmediatamente, pues no se habían quitado los zapatos. Aunque con calcetines no fueron más despacio. Mis hijos se peleaban por llevar a Iqbal a su habitación, e Iqbal, listo él, se quedó con el más mayor, que tenía televisión. Cosas de niños, no me preguntes por qué, pero los otros dos insistieron en mudarse allí también. Y tú qué crees que podía hacer. Pues vale, dije yo. Pero vais a tener que poner la mesa y fregar los platos. Créeme que no te estoy exagerando. Los cuatro obedecieron, se lo pasaron de miedo y sólo rompieron un plato. Mientras lo estaban utilizando a modo de *frisbee*…

ESHAN ULLAH KHAN

Fueron cinco semanas en Suecia. No sé si es mucho o poco tiempo. Lo que sí sé es que Iqbal lo aprovechó al máximo. Tuvo tiempo para recordar de dónde venía. Tuvo tiempo para olvidarlo. Tuvo tiempo para enseñar. Tuvo tiempo para aprender. Tuvo tiempo para hacer grandes amigos. Tuvo tiempo para despedirse de ellos. Tuvo tiempo para protestar. Tuvo tiempo para apreciar su suerte. Tuvo tiempo para reclamar la misma fortuna para los demás. Tuvo tiempo para luchar. Fue también tiempo de paz. Tuvo tiempo para darse cuenta de que crecía. Tuvo tiempo de darse cuenta de que crecer podía dar grandes alegrías. Tuvo tiempo de darse cuenta de que también podía dar grandes penas. Tuvo tiempo de lanzar bolas de nieve. Tuvo tiempo de recibir unas cuantas. Tuvo tiempo de escribir con vaho su nombre en una ventana. Tuvo tiempo de descubrir que también quería dibujar otro nombre junto al suyo. Tuvo tiempo para que se le pusiera la nariz colorada. Tuvo tiempo para sentarse frente a la chimenea y taparse con una manta. Fueron cinco semanas en Suecia. Ha caído mucha nieve desde entonces. La misma que ya se ha derretido.

BIRIT

Soy una simple ama de casa. Pero no te equivoques con lo de simple. Lo utilizo como contrario a complicado. No entiendo de política o economía, no conozco otro país que Suecia ni otra lengua que la mía. Podrás pensar también que sólo sé limpiar, cocinar y planchar. Pues si es así, te digo que has metido la ropa limpia en la canasta de la ropa para lavar. El trabajo de ama de casa con hijos incluye el de profesora, enfermera y contable de las cuentas domésticas. Podrás pensar que a mí lo de Iqbal no me afecta. Pues si es así, te digo que has llenado la bañera de agua y se te ha olvidado coger la toalla. Acudí a una de sus charlas. Y, por supuesto, tuve que seguirla a través de la traducción simultánea. Ésa fue la única distancia. A pesar de la diferencia de género, país, cultura, edad y religión, su testimonio caló hondo en mi corazón. Por encima de todas esas diferencias, está nuestra esencia. Más allá de las apariencias, las sonrisas de todos nosotros son dulces, las lágrimas de todos nosotros son saladas. Podrás pensar que todo eso da igual, porque poco puede cambiar una ama de casa sueca. Pues si es así, te anuncio que has metido el pie derecho en la bota izquierda. Puedo fijarme en lo que compro y seleccionar sólo lo que esté libre de cualquier sospecha. Puedo escribir en la mesa de mi cocina una carta al presidente de Pakistán pidiendo la liberación de todos los niños esclavos. Aunque nadie la lea, te aseguro que llegará. Puedo educar a mis hijos en el respeto y la compasión hacia los demás. Podrás pensar que, aun así, una ama de casa sueca no cambia gran cosa. Pues si es así, fíjate bien, porque te has abrochado el último botón

en el penúltimo agujero. Una a una sumamos muchas amas de casa en Suecia. Y muchas más en todos los países, ¿te imaginas cuántas cartas son ésas?

PIA

Los hermanos Klang nos habían prometido una sorpresa. Y la sorpresa vino empaquetada. No podría describir de otra forma la manera en que se presentó Iqbal: abrigado de pies a cabeza. Una capucha y una bufanda ocultaban su cara. Sólo se le veía la nariz. Tenía el color de los semáforos cuando no puedes pasar. Pero no creas que Iqbal era un parado. Ni mucho menos un cortado. Y tampoco creas que la bufanda duró en su sitio mucho rato. Como ni él ni nosotros hablábamos la misma lengua, usábamos gestos y el cuerpo. Fue muy divertido ver a Iqbal contestar cuando le preguntamos si era la primera vez que veía nevar. Su cara de sorpresa y sus brazos extendidos con las manos abiertas confirmaron que así era. Aunque a mí lo que más me gustó fue cuando nos reveló que no le gustaba nada el bacalao. Claro que el resto dijo que fue mucho más gracioso verme a mí haciendo de bacalao cocinado. En seguida entramos todos en calor. Lo suficiente como para dejarnos de monsergas y hacer lo que habíamos ido a hacer allí: declararnos la guerra. Una guerra de bolas de nieve, claro está. Formamos dos equipos, Iqbal, los hermanos Klang y yo contra el resto. Como éramos menos, a nosotros nos tocó defender el fuerte. Bueno, el fuerte consistía en un montículo rodeado por una valla. Sólo había que ponerle un poquito de imaginación. Así que no te rías de nuestra fantasía. De hacerlo te aseguro que el bolazo que recibirías no sería de mentira. Aparte de que irnos defendían el fuerte y los otros lo atacaban, no había muchas más reglas. Se trataba de lanzar y esquivar. Aunque más bien lo que pasaba era que lanzabas, te

daban y lanzabas al que te había dado. Al final acabamos por haber dado a todos y haber recibido de ellos. Y siempre había alguien con el que te picabas más. No era porque no te gustase, lo más frecuente era lo contrario. No pude remediarlo, la nuca de Iqbal era muy tentadora. Él fingió no haberse dado cuenta y me la devolvió cuando me volví. ¡Traición! ¡Guerra de todos contra todos! ¡La más divertida! Pero Iqbal y yo seguíamos a lo nuestro. Ninguno cedía en el duelo. Hasta que yo fingí que me rendía. Iqbal se quitó la capucha y fue a darme la mano. Yo también estiré un brazo, pero escondí el otro a mi espalda. El bolazo le dio de lleno. ¡Ay!, pensé, me he pasado, casi se cae al suelo. Yo salí huyendo. Iqbal fue a por mí corriendo. Atravesamos todo el parque. Cruzamos la plaza del Ayuntamiento. Hasta que ya no pude más. Tuve que parar en la avenida comercial. Iqbal me había seguido a poca distancia, todavía sostenía la bola de nieve de su venganza. Ya me sentía condenada. Me tapé la cara con los brazos y oí el bolazo… contra el suelo. Me había perdonado. Iqbal sonreía. Gracias, le dije, aunque no me entendiera, muchas gracias por perdonarme, Iqbal. Él también dijo algo, que no entendí. Pero lo repitió. Y a fuerza de repetir y gesticular, lo entendí. ¡Estaba preguntando cómo me llamaba! El muy despistado lo había olvidado. ¡Pia!, exclamé, me llamo Pia. Y para reforzarlo, con el vaho de mi aliento y un dedo escribí mi nombre en el escaparate de una tienda. Pia, dijo él, y escribió al lado unos signos bonitos a la vez que extraños. Los señaló y dijo Iqbal. Nos quedamos un rato en silencio. Volví a empañar el escaparate. Escribí Iqbal con nuestro alfabeto. Y él me replicó, con las letras tan bonitas y extrañas que dibujaba, escribiendo no de izquierda a derecha sino de derecha a izquierda. Pero, mira por dónde, no fue Pia el nombre que pronunció cuando terminó.

No me pidas que lo recuerde, pues se me ha olvidado y era muy raro. No sé qué de «Abudena». Y que no, que no me he puesto colorada. Es que en Suecia hace mucho frío, y ésta es la cara que se me pone en invierno…

MAGNUS BERMAR

Iqbal no había ido a Suecia sólo de vacaciones. Jamás olvidó quién era ni de dónde venía. Ni a cuántos como él dejó atrás. A pesar de todos los favores, todos los regalos, no se convirtió en un niño mimado. Seguía muy enfadado con el sistema que lo había condenado. Seguía muy esperanzado por que otros alcanzaran también su sueño. Iqbal no había abandonado su trabajo. No había calmado su rabia. Mantenía la esperanza. Hablamos de lo que nos preocupaba en casa de Brittmarie. Inmensa paradoja, charlábamos sobre esclavitud infantil, y aunque Brittmarie era muy cuidadosa con lo que compraba, estábamos rodeados de productos que ellos podrían haber fabricado. Desde camisetas hechas en Indonesia, pasando por café y cacao recolectado en Centroamérica y terminando por muebles de Ikea fabricados en Filipinas. Uno nunca podía estar seguro. Esos países y esos productos estaban en la lista de los denunciados por explotación de niños. Eshan dijo que sólo podrían confirmárnoslo los niños de donde se encontraban las tierras, fábricas o talleres. Pero, claro, dije yo, no podemos ir allí a preguntar cada vez que vayamos a comprar. Entonces intervino Iqbal: «Mis amigos musulmanes tienen un dicho: si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma». ¿No querrás decir…?, empezó Brittmarie. Sí, interrumpió Iqbal, ya es hora de que la gente sepa lo que compra. Pues si lo vas a denunciar, añadí yo, mejor grabarlo y llamar a la prensa, así te ahorrarás ir de tienda en tienda…

Un niño pakistaní lanza una campaña contra la esclavitud infantil en unos grandes almacenes de Estocolmo

Birthe Lingred. Estocolmo

En el activista contra la esclavitud infantil Iqbal Masih, el pakistaní que, a los cuatro años, fue vendido por su padre para pagar una deuda de 600 rupias (unas 150 pesetas) y obligado a trabajar hasta doce horas diarias en una fábrica de alfombras, descrito como «el Martin Luther King de los niños esclavos», fue asesinado a tiros el pasado domingo en su pueblo natal, Muridke, a unos 40 kilómetros de Lahore, la segunda ciudad más importante de Pakistán. Iqbal había acudido a Suecia para participar en una campaña contra el trabajo infantil organizada por la Confederación Sindical Internacional (CSI) y por Unicef, el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. Una de las actividades de la campaña consistía en visitar grandes almacenes de Estocolmo y denunciar ante los medios de comunicación a los responsables de la explotación infantil en la producción de algunos artículos que se venden en esos establecimientos. Iqbal Masih había cumplido ya una parte importante de su cometido cuando, el pasado viernes, fue asesinado a tiros por dos desconocidos mientras montaba en bicicleta en las afueras de su pueblo natal. Según la policía, los asesinos huyeron en un coche.

EMBAJADOR DE PAKISTÁN

La calumnia ya ha llegado a un límite insoportable. Sin preguntar a nadie más, sin consultar otros datos, se deja que un niño malcriado denigre públicamente a nuestro país y a nuestros empresarios. Primera página en los periódicos, titular en los informativos, entrada en los boletines de radio. Si tan mal los tratamos, deberíamos ser noticia todos los días. Pero no, la noticia es Iqbal y su estilo espectacular. Si a los periodistas les preocupa tanto la situación de los niños de Pakistán, que cada día hablen con uno. Y de paso que también entrevisten a niños de Sri Lanka, Guatemala o Sudán. Ya verán como el mundo está lleno de sitios donde se sufre. Eso es muy fácil de señalar: lo difícil es encontrar soluciones. ¡Ah!, pero nuestro amigo Iqbal ha encontrado la solución a todos los problemas. Pide el boicot a los productos de Pakistán. Me parece una idea genial. Ya sé que no te preocupa nada lo que les pase a los dueños de los talleres y las fábricas. Pero sé sincero y acepta este razonamiento: si la gente deja de comprar alfombras, los empresarios se arruinarán. Si los empresarios se arruinan, cerrarán las fábricas. Si las fábricas cierran, dime tú cómo van aganarse la vida miles de humildes familias que trabajan en ellas. ¿Acaso vas a ir tú a su casa y darles el dinero que te cuesta una alfombra a cambio de que no la hagan? ¿Tiene eso algún sentido?

ESHAN ULLAH KHAN

Tan sólo una breve puntualización. Las palabras del embajador tuvieron mucho eco. Mucha gente pensó que nuestra campaña de boicot era contraproducente. Que estábamos serrando las estacas que sostenían nuestra jaima. Se nos acusaba de que al pedir que la gente no comprara alfombras de nuestro país, íbamos a condenar a la pobreza más absoluta a miles de familias. Éramos sospechosos de inundar el barco para cambiar de rumbo. Bueno, vamos a ver: primero hay que aclarar que esas familias ya están muy cerca de la pobreza más absoluta. Que les caiga una calderilla de rupias por jornadas de trabajo interminables e inhumanas no supone un gran alivio. El boicot sólo es contra los desalmados que explotan a los niños, no contra toda la industria de las alfombras. Por supuesto que hay muchos empresarios honrados, que crean riqueza no sólo para ellos sino para muchos más. Está claro que a ellos la campaña no les va a perjudicar, todo lo contrario. La gente seguirá comprando las hermosas alfombras de Pakistán, siempre y cuando esté garantizado que no han sido confeccionadas por niños esclavos. A la larga, los dueños de las fábricas y los talleres se darán cuenta de que si quieren seguir en el negocio, tendrán que respetar los derechos humanos. Admito que la campaña supone un riesgo, sí. Pero es que cuando uno no tiene nada, ni siquiera su libertad, hay poco que perder y mucho que ganar. Así que repasa los argumentos de cada uno de los dos y decide tú quién lleva razón.

MUDENA

«¿Tú debes de ser Salma, verdad? Pues dale recuerdos a Mudena de parte de Iqbal».

Me quedé boquiabierta. Sobyas, la hermana de Iqbal, había ido con su madre hasta Lahore para llamarlo. Y habían tenido tiempo de acercarse a la residencia del BFLL, donde todavía vivía yo. ¿Qué más te ha dicho, qué más ha contado? Sólo eso, dijo Sobyas, que le dieras saludos a la Mudena esa. Pero algo más habrá contado, insistí yo. Ah, sí, dijo ella, que hace mucho frío, que ha visto la nieve y que es muy bonita, que se lo está pasando muy bien, que ha conocido a mucha gente, que ha hecho muchos amigos y le va a dar mucha pena despedirse de ellos, que toda la comida está muy rica, que ha engordado un poco, que ha salido en la tele, que no entiende lo que hablan los suecos pero que se entera de lo que quieren decir, que está durmiendo en una cama muy grande y muy cómoda, que se baña todos los días en una bañera con el agua muy caliente y mucha espuma, que se lleva muy bien con los hijos de Brittmarie, la mujer de la casa donde está viviendo, y que no podía contar nada más porque se iba corriendo a un partido de *hockey*, que según dijo es como el críquet pero patinando sobre hielo, así que ya nos llamaría otro día. ¿Y qué más, y qué más? Pues nada, contestó ella, terminó con eso que te he dicho, que saludaras de su parte a Mudena. Vale, repuse yo, pues cuando hables con él, dile que un abrazo para el enano de parte de Mudena.

LARS

Me parece genial, les dije a los hermanos Klang. Pero también les advertí: si quiere jugar contra nosotros, que se atenga a las reglas, no vamos a hacer ningún favoritismo por muy lejos de donde venga. Sólo íbamos a admitir una excepción: si no sabía patinar, que jugara con zapatillas. Peor para él, al fin y al cabo iría mucho más despacio. Mejor que se quede en la portería, aconsejé, al menos hará bulto. Así fue: Iqbal, el pequeñajo de Pakistán, ocupó la portería. Echamos suertes y nos tocó sacar a nosotros. Sacamos, tres pases, un regate y un tiro limpio que no pudo parar el patoso de Iqbal. Ya estábamos por delante. Pero por poco tiempo: Pia aprovechó un error de nuestra defensa y marcó. Pero de tanto celebrarlo se relajó. Ataqué por su flanco, nada pudo hacer el pakistaní. Nos pusimos 2 a 1. El mayor de los Klang volvió a empatar con un tiro cruzado y muy alejado. Yo respondí con una penetración por el centro, que nadie pudo impedir, y me colé hasta el área donde, sin apenas oposición de Iqbal, sólo tuve que empujarla. En una pared con el mediano de los Klang, Pia sorprendió a nuestra guardameta con un tiro a la izquierda. El ritmo del partido ya era enloquecido. Apenas nos adelantábamos nosotros, respondían ellos sin dejamos aumentar nuestra ventaja. A pesar de que nosotros éramos mejores jugadores, tengo que admitir que ellos formaban mejor equipo. Todos colaboraban y sus jugadas eran mucho más elaboradas. Incluso Iqbal empezaba a intervenir más, daba algún que otro pase y protagonizó varias paradas. Menos mal que nosotros teníamos mejor pegada, de lo contrario lo habríamos pasado mal. La distancia se mantuvo hasta

el final. Quedaban dos minutos y acabábamos de marcar. Un gol de distancia, a ellos ya sólo les quedaba empatar. Y únicamente había tiempo para un ataque. Nosotros estábamos agotados, pero queríamos ganar. Nos propusimos que cada uno marcara a un rival, de esa forma les costaría mucho mover el disco. Además, con el poco tiempo que quedaba, apenas podrían avanzar más allá del medio campo. Pasaban los segundos, y ellos seguían atascados. Tenían miedo a perder la pastilla, por eso no se arriesgaban. Sabían que tenían que marcar, pero no encontraban ningún hueco o posición para atacar. Nosotros ya nos veíamos con la victoria en la mano, nuestra estrategia había funcionado. En esto que Pia hizo lo que pareció un error fatal. Lanzó la pastilla hasta donde aparentemente no había nadie. Pero ahí estaba Iqbal, que había salido como de la nada. A duras penas, caminando por el hielo, había cruzado medio campo. Nos sorprendimos, pero no nos preocupamos. Quedaban sólo cinco segundos. Ya veíamos el partido decidido. Iqbal recibió la pastilla cuando el marcador había cambiado el cinco por un cuatro. Cuatro segundos para el final. Como si lo tuviera planeado, se puso de lado. Tres segundos para el final. Apretó el disco entre el *stick* y su zapatilla. Subiendo un poco un brazo y una pierna, levantó la pastilla hasta un poco por encima de la cadera. Dos segundos para el final. Con el disco en el aire, Iqbal giró el cuerpo hacia atrás y agarrando el *stick* a modo de bate de béisbol, lo golpeó antes de que cayera al suelo. No a lo bestia, podría haber dañado a alguien. Disparó contra el suelo, de tal forma que la pastilla fue dando pequeños y alternativos botes, que despistaron totalmente a nuestro portero y, colándose entre sus piernas, se alojó en la red. ¡Vaya! Un segundo para el final y final. Empatados. Nosotros estábamos alucinados, y ellos, dando saltos y celebrándolo. Qué quieres que te diga. Dudo mucho que eso lo permita el reglamento. Pero es el gol más chulo que jamás he visto en un partido de *hockey*. A ver quién se atrevía a decir que no valía. Buen chaval, ese Iqbal, aprendí mucho de él. Aceptó sus propias limitaciones y fue capaz de superarlas. Y, aunque suene muy tópico, lo hizo porque, en lugar de la obsesión por ganar, su única

preocupación durante el partido fue cómo ayudar a su equipo, cómo encontrar su lugar, ser útil y poder participar.

ULF

Brittmarie era una vieja amiga, así que me presté encantado a hacerle el favor que me pedía. El pequeño que tenía acogido en su casa llevaba varios días quejándose de dolores de espalda. Le dije que no lo dudara, que lo llevara a mi consulta a primera hora de la mañana. Aparte de que venía de Pakistán, poco más sabía yo de Iqbal. Y aunque Brittmarie me relató toda su historia, algo podría haber adivinado yo. No voy a entrar en detalles técnicos. Tampoco utilizaré palabras extrañas. No hacen falta, como tampoco fueron necesarias las palabras de Brittmarie. El cuerpo de Iqbal bastaba. Para empezar, su tamaño era mucho menor del que correspondía a un niño de su edad. Sus dedos estaban hinchados, y a duras penas podía estirarlos del todo y cerrar la mano. La cantidad de movimientos que podía hacer su cuello era muy limitada, así como la cantidad de posturas en las que Iqbal se sentía cómodo de verdad. Las rodillas estaban muy dañadas, se notaba que habían pasado mucho tiempo dobladas. Mientras se las examinaba, Iqbal se incorporó y adoptó la postura en la que había pasado tanto tiempo. Eso también explicaba por qué tenía los hombros caídos y las caderas rígidas. Si le llamabas por detrás, Iqbal, en lugar de girar la espalda, debía dar un par de pasitos para volverse. La exploración interior indicó que su dieta había sido por mucho tiempo escasa y poco variada. Que el agua que había bebido y el aire que había respirado no eran de la mínima calidad deseada. Que sus horas de sueño no habían sido las necesarias. En resumen, Iqbal era un niño, pero muchas partes de su cuerpo eran como las de un anciano. En

pocos años había padecido y sufrido lo mismo que la mayoría en una vida entera. Pero lo que más me llamó la atención, aparte de que apenas se quejase, fue su actitud. Iqbal no veía fronteras en sus limitaciones. No se preocupaba por lo que no podía hacer. Se interesaba por lo que podía mejorar o recuperar. Sin lugar a dudas ése era el secreto de la energía que desprendía. Así que el diagnóstico fue claro: explotación infantil de forma continuada. Y el tratamiento también fue muy claro: Iqbal, sigue así.

LOS HERMANOS KLANG

«Lo que más recuerdo de Iqbal es que siempre estaba de broma, riendo o haciendo reír a los demás. Cuando estabas con él, nunca te aburrías».

«A mí me llamó la atención que era muy curioso. Lo preguntaba todo, no había nada que no le interesara, nada que no le importara».

«Estoy de acuerdo con mis hermanos, pero, al mismo tiempo, Iqbal tenía otros momentos. No era fácil notarlo, pero estaba ahí, como una sombra: por mucho que corras te alcanzará, por mucho que esperes no perderá la paciencia. Iqbal arrastraba un poso de tristeza y melancolía. A veces se adivinaba en sus miradas, a veces se leía en sus silencios. Creo no equivocarme si te digo que no se trataba de un reproche a su duro pasado, sino de un padecimiento por lo mal que lo estaban pasando otros como él».

«Al principio lo veíamos mucho; luego, entre conferencia y conferencia, sólo por las noches. Aunque, como nos acostábamos tarde, siempre teníamos tiempo de jugar y trastear».

«¿Sólo cinco semanas? A mí me parecieron cinco años.

Al segundo día, parecía que conocía a Iqbal de toda la vida».

«Tú al segundo día, pues yo a la segunda hora».

«Pues yo al segundo segundo».

«Sí, hombre, y yo antes de que bajara del avión, no te fastidia…».

«Vale, vale, dejémoslo estar. Una vez le pedí, no sé cómo lo hice ni cómo pudo entenderme, que me dibujara el taller donde había trabajado. Quedé espeluznado. Y yo que me quejaba porque mi

habitación era la más pequeña…».

«Lo recuerdo, también nos dibujó su casa. No es que no hubiera una tele por ningún lado, es que no había grifos, cuarto de baño, estanterías, lámparas, radio… La cocina era una especie de hoyo en el suelo y una cazuela».

«Pero Iqbal no parecía triste mientras dibujaba su casa, al contrario de cuando nos dibujó el taller. Incluso se le veía ilusionado, y, en su lengua, nos señalaba las diferentes partes de la casa. Logramos enterarnos de que su hermana Sobyas dormía al lado de la ventana».

«Al final sabíamos que Iqbal algún día tendría que marcharse, su vida debía continuar».

«Sí, no veas la pena que nos dio. Iqbal había sido como un hermano más».

«Iqbal recogió sus cosas una madrugada y se marchó con Eshan. No volvió jamás».

«Es cierto que no volvimos a verlo, pero, no me preguntes cómo, porque no sabría explicártelo, de algún modo sigue aquí, entre nosotros. Por mucho que queramos, Iqbal nova a cruzar más esa puerta. Pero sí puede hacerlo su forma de encarar la vida, su ánimo para disfrutarla, su ilusión por mejorar la suya y la de los demás. Eso fue lo que nos dejó Iqbal, y por eso Iqbal sigue en parte entre nosotros. Y cualquiera de nosotros puede cruzar esa puerta».

MOE

Sí, tío, claro que me acuerdo. Moe lo recuerda todo, ¿no, tío? Allí estaba yo, en la sala de espera del aeropuerto, como tantas veces, sosteniendo el letrero. Mi uniforme, recién planchado. Mis zapatos, brillantes, relucientes, parecían espejos. Mi gorra, calada. Mi bigote, recién arreglado. Y mientras aguardaba tarareaba mi canción de *jazz* favorita, *duruddudu dudu dudu daru dududu*.

«Bienvenidos a Estados Unidos de América, señor Eshan Ullah Khan y señor Iqbal Masih, soy Moe, su chófer. Estoy a su entera disposición. Permítanme que los ayude a llevar su equipaje».

Y va el enano y me dice que si puede subirse al carrito. Súbase, señor, contesté. Mira, tío, yo lo que conduzco son limusinas, llevo haciéndolo veinte años. Pero si un cliente me pide que tire de su carro, pues yo tiro, ¿no, tío? Y si un tío que resulta que es mi cliente se sube al carro de un carrusel, eh, tío —gracias a Dios nunca se ha dado el caso—, y me pide que haga cabalgar sus caballos, pues yo…, ejem…, pues mira, tío, lo mando a un psiquiátrico. Tío, uno tiene sus límites, ¿no, tío? A Iqbal a donde lo habría mandado yo es a una escuela, tío. Que por cierto, tío, contó que era uno de sus destinos. Iqbal hizo muchas preguntas, tío. Le gustaba preguntar, tío. El intérprete no paraba de trabajar, tío. Me preguntó hasta el punto de que, tío, pues me entraron a mí también ganas de preguntar. La curiosidad no siempre está de más, ¿no, tío? Le pregunté qué había hecho, por qué era importante, si era una estrella de cine de su país

o el hijo de algún ricachón, yo qué sé, tío, no había oído hablar de Iqbal Masih en mi vida. Y, tío, si me pides que señale Pakistán en el mapa, igual te lo pongo al lado de Alaska. Pero tío, cuando me enteré de su historia, me quité la gorra y me la llevé al pecho, tío. Quedé conmocionado, tío. De alguna forma sentí la llamada de mis antepasados, que también, hace mucho tiempo, pero no tanto, tanto, tanto, tío, fueron esclavos. Muy fuerte, tío. Parece que no aprendemos. ¿Por qué olvidamos tan pronto que somos hermanos, tío?, ¿por qué no celebramos nuestras diferencias como una riqueza de todo lo que compartimos, tío? Quizá porque, si lo hiciéramos, no habría gente tan importante como Iqbal Masih. Créeme, tío, hace mucho tiempo que conduzco limusinas, alrededor de veinte años. He llevado a mucha gente, tío, políticos, empresarios, artistas, deportistas… Tú dime una profesión de prestigio, tío, y te aseguro que he llevado a alguien de esa profesión a algún sitio, tío. Pero a nadie de la talla de Iqbal Masih. Mis más sinceros respetos a aquel capaz de conquistar su propia dignidad y buscar la de los demás, tío. Si quieren buscarle un compañero a la gloriosa, majestuosa y divina Estatua de la Libertad, ya tienen mi candidato, tío. Pero, con todos los respetos, tío, que no le hagan sostener una antorcha para toda la eternidad, el pobre ya tuvo que aguantar lo suyo, ¿no, tío? *Duruddudu dudu dudu daru dududu…*

ESHAN ULLAH KHAN

Si en Suecia todo había sido muy familiar, en Estados Unidos todo fue muy profesional. Se notaba que estábamos en el país donde se cosechan los dólares. Todas las visitas y conferencias estaban programadas. Desde el desayuno hasta la cena, Iqbal tenía la agenda repleta. Admito que era lo que pretendíamos: dar a conocer al máximo de gente posible la explotación infantil en nuestro país y en otras partes. Entrar en contacto con aquellos que por su posición o profesión podían ejercer alguna influencia. Así que, al igual que su vestuario, que se volvió más oficial, Iqbal se adaptó a la situación. No digo que dejase de ser él mismo, pero sí que controlaba más sus palabras, contenía más sus reacciones. También en ocasiones lo noté un poco desbordado. No lo olvidemos, unos años antes Iqbal cosía alfombras con sus propias manos. En cambio allí se paseaba por salones cubiertos de mullidos tapices en los que se hundían sus pies casi hasta los tobillos. Iqbal seguía siendo un niño, pero jamás en su vida pasó tanto tiempo con adultos. Jamás había sido durante tanto tiempo el centro de atención. Irremediablemente terminó por adoptar las formas y maneras de sus interlocutores. Elegantes y estudiadas, pero en ocasiones artificiales y redundantes. Yo callaba, pero a veces pensaba que la gente no se interesaba tanto por Iqbal y la esclavitud infantil como por estar en ese acto de sociedad en el que uno ha de estar, pues así verá quién ha ido y será visto. El interés por Iqbal se quedaba en una superficie que cubría un fondo de cierta hipocresía y doble moral. Sólo recuerdo dos ocasiones en las que Iqbal fue natural: la visita al colegio del barrio obrero de

Queens y la recogida del premio a su labor por los derechos humanos. Aunque éste fue el principio de su viaje a Estados Unidos, ya te cuento el final. Antes de marcharnos le pregunté a Iqbal qué tal. Me contestó en tres frases: me alegro de haber venido (teníamos que estar aquí), me alegro de poder marcharme, me alegro de tener la oportunidad de volver.

BRENDA HUTTON

Horrriiiiiiible y espantooooooooooooso. El testimonio de ese pobre niño analfabeto del Tercer Mundo que leyó ese discurso tan emotivo me puso los pelos como escarpias, me llegó a lo más profundo del corazón, y me partió el alma. Te confieso que para la mitad del discurso ya se me había corrido el rímel, eché a perder la crema hidratante y tuve que pedirle a Sarah Hampshire su pañuelo de seda, pues había dejado el bolso en la consigna del hotel, aunque si llego a saberlo me lo llevo a la conferencia: yo es que pensaba que no había que aparentar, pero tanto Sarah, que había traído el que se compró en París de piel vuelta y cachemir, como Tifanny Wodford, que lucía el que le regaló su segundo marido, William Wodford Junior, uno muy informal y sencillo, si no fuera por las cremalleras doradas con ribetes de color fucsia, los manguitos forrados de piel de astracán y las plumas de pavo real (ay, hija, un poco cargante para mí, te confieso, parecía que el bolso podía echar a volar en cualquier momento, pero, bueno, mira, oye, quién soy yo, allá cada uno), todas habían traído sus bolsos, y claro, imagínate cómo quedé yo, snif, snif, snif… Es una gran lástima que haya niños huérfanos con padres pobres sin trabajo en el mundo, y en especial en el Tercer Mundo, y en los países en vías de desarrollo, y en especial en los que se están desarrollando. Tan morenito y tan bajito, Iqmal Masih era muy cuco. Lástima que no hablara inglés o francés, sí hija sí, también hablo francés, *c'est moi*. Me habría encantado decirle lo muy apenada que me había dejado su penosa historia. Lo mucho que me había emocionado su emotivo discurso. También me habría gustado

enseñarle el cheque —me advirtió mi abogado que no iban a dejarme desgravarlo en la declaración de hacienda, oye que esto te lo digo para que lo sepas, no para presumir— que doné a la organización benéfica que montó el cóctel, que, por cierto, me pareció divino (un acierto los canapés de salmón ahumado bañados en caviar caramelizado sobre un *foundant* suizo). A lo que iba: lo de Iqbal y los niños que tienen que trabajar todo el día y no pueden lavarse ni dormir, ni ver la televisión, pues no tienen dinero para adquirir una y si lo tuvieran tampoco podrían comprarla, porque allí debe de haber muy pocos televisores y muy pocos coches para traerlos, supongo que todo el mundo irá en tren o, no sé, quizá peor, ay, es que no quiero ni imaginármelo, en un carro tirado por dos burros malolientes con moscas revoloteando…, ay, que me pierdo, decía que es una calamidad que haya niños, mujeres y viejos que carezcan de tantas cosas y vivan en la más absoluta de las miserias. Sí, señor, alguien con poder, dinero e influencia debería hacer algo…

JOHN CLARK

Cuando me enteré de que habían seleccionado nuestra escuela para ser visitada por Iqbal Masih, me sentí el profesor más afortunado del mundo. Tampoco tuve que hacer ningún esfuerzo por entusiasmar a mis alumnos, bueno, a todos menos a George. Así que dedicamos los días antes de su llegada a repasar la historia de la esclavitud. Les conté que desde tiempos muy antiguos los hombres esclavizan a otros hombres. Quedaron muy sorprendidos cuando descubrieron que muchos de los grandes monumentos de la humanidad, como las pirámides de Egipto, los templos aztecas y el Coliseo de Roma, habían sido construidos por esclavos. También les hablé de cómo, aparte de traer consigo cosas positivas, la Revolución industrial también provocó la explotación de muchos niños. Debido a su pequeño tamaño, eran obligados a trabajar en minas de carbón y todo tipo de fábricas. El progreso técnico y el avance de las ciencias también acarrearon paradójicamente que muchos niños fueran explotados en pos de esos logros. También recordamos un poco nuestra historia nacional. Miles de africanos fueron sacados de su continente para trabajar en las grandes extensiones del sur. Tratados un poco mejor que el ganado, pertenecían al terrateniente que los había comprado, el cual podía disponer de sus vidas como se le antojara. Aunque al término de la guerra de Secesión se abolieron todas las leyes esclavistas, tuvimos que esperar hasta los años sesenta del siglo pasado para que la igualdad entre blancos y negros, al menos sobre el papel, fuera efectiva. Aún hoy es muy importante educar en las escuelas, y no sólo en las de este país, sobre la

importancia de que todos tenemos los mismos derechos y la irrelevancia de nuestro color de piel o la forma de nuestros ojos. El día antes de la visita de Iqbal, dibujamos un mapa en el encerado. Pintamos con tiza azul los países ricos y en negro los pobres. Gastamos dos tizas negras y una azul. Tras explicarles todas las carencias que sufren en esas partes del planeta, les di el borrador. Uno a uno, salieron al estrado y propusieron una solución, y después borraban un poco del negro del mapa. Al final no quedó nada que borrar. No preguntes qué soluciones dieron. No tiene mucha importancia. Lo importante es que algún día serán ellos los encargados de buscarlas.

LAURA

El profesor me encargó escribirle a Iqbal una redacción de bienvenida en nombre de toda la clase. Ésa es la ventaja de ser la delegada. O la desventaja. Estaba muy nerviosa y no sabía qué decir. Habíamos pasado toda la semana hablando de él, de lo dura que había sido su vida, del valor que había tenido. Todas las palabras en que pensaba me sonaban a nada. Un esquimal puede aprender la palabra «desierto», pero nunca la entenderá del todo. Así que al final escribí un texto simple. Admití que no podía concentrar en medio folio sus penalidades y su coraje, pero sí podía hablar de mi admiración y respetó, y de la alegría que suponía tenerlo entre nosotros. De esa forma conseguí también que mi discurso fuera el discurso de todos, excepto de George. Pues todos estábamos un poco nerviosos a la vez que expectantes antes de conocerlo. Pero eso duró poco rato. Iqbal llegó, nos saludó y se soltó. Con dos sonrisas toda la tensión se liberó, y tanto Iqbal como nosotros disfrutamos de lo lindo de habernos conocido. Aunque no lo entendíamos y tenían que traducirnos todo lo que decía, era un placer escucharlo. Más bien, mirarlo. Iqbal hablaba con las manos, con los gestos de la cara, escogiendo una entre mil miradas. Nunca he conocido a nadie que se exprese así y no resulte forzado. No estoy segura, pero quizá aquí estamos demasiado acostumbrados a pensar que hablamos lo que dice la cabeza y olvidamos que también se habla con el cuerpo y, muchas veces, con el corazón. Y si así lo haces, si hablas con el corazón, abres el corazón de quien te escucha. Iqbal abrió nuestro corazón, y en lugar de hacerse el ídolo, se hizo nuestro amigo. Ya

nos lo dijo muy claro: «El camino que he recorrido es sólo el mío, pero la dirección en la que voy para que los demás y yo seamos libres también puede ser la que sigas tú». Ésa fue mi favorita entre todas sus respuestas, y no porque yo hubiera hecho la pregunta. Menos George y la tímida Mary, todos le preguntamos de todo. Hasta cuál era su plato favorito. Ésta fue una pregunta de lo más oportuna, pues Iqbal miró el reloj de la pared y con una sonrisa dio a entender lo que ya habíamos adivinado: ¡era hora de comer! Y de irse. Se hizo un breve silencio. Iqbal se levantó y con un gesto de la mano se despidió. Le acompañamos hasta la salida. La puerta del coche de Iqbal estaba abierta. Eshan y el traductor ya habían subido. Pero él seguía allí. Parecía que no iba a entrar nunca, o sólo si nos metíamos todos con él. Lástima que el coche no fuera tan grande. Lo habríamos hecho sin dudarlo. Iqbal terminó por subir. El coche arrancó. Lo despedimos con las manos. Y el coche, tras recorrer una corta distancia, se detuvo. Iqbal se bajó y corrió hacia nosotros. Se fue despidiendo de todos, dándonos la mano y mirándonos a los ojos uno a uno. Y ya por fin se fue. Eso creo. Porque desde entonces, siempre que veo un coche como el suyo, me imagino que en cualquier momento va a parar, se va a abrir una puerta y…

MARY

No preguntes, no voy a contestar. Sujeta si quieres este papel y lee la poesía que le escribí a Iqbal. Pero léela en silencio. Soy muy tímida. Como digas algo en voz alta, salgo huyendo.

Las islas son para los naufragios,
las alas para las caídas,
el agua para los incendios,
los amuletos para las pesadillas.
Te quemaste y naufragaste.
Caíste pero despertaste.
Despertaste en medio de tu isla.
La hoguera daba calor.
El agua era cristalina.
El amuleto era tu compañía.
Descubriste que tenías alas.
Y volaste,
volaste por encima del naufragio y la caída,
más allá del incendio y la pesadilla.

GEORGE

Buffff…, menudo rollo que nos metió el profe toda la semana. Vaya tostón. Que si Iqbal por aquí, que si Iqbal por allá, que si la esclavitud, que si hace muchos años, que si hace no tantos años, que si… Zzzzzzzzz… Me duermo. El colé es un aburrimiento terrible y no sirve para nada. No sé, tío, a mí lo que me mola es jugar a la *Play* y andar con los colegas por ahí, que no me digan lo que tengo que decir ni lo que tengo que hacer. Cuando sea mayor ya pillaré un buen curro. Prefiero mil veces trabajar que estar delante de un libro. Es que no lo aguanto. A los dos minutos ya no puedo más, tengo que levantarme de la silla. ¿Y a mí qué me importa lo que hagan en otros países? Y pongamos que me importase: ¿qué le iba a hacer? Que no, tío, que en la escuela sólo nos enseñan chorradas. Y al final, claro, pues de tanto hablar de él, no podía menos que aparecer por clase. El Iqbal ese, un retaco que apenas me llegaba al codo, se presentó un día acompañado de un tipo con un bigote que daba risa, parecía que se lo habían pintado. Bueno, cómo se pusieron todos. Como si acabara de llegar una estrella de cine, y eso que el Iqbal ese como mucho lo podrían sacar en una película que se titulara *El hermano pequeño y moreno de los siete enanitos de Blancanieves*. Pero nada, desde Tony hasta Mary, pasando por Laura, todos preguntándole, riéndole las gracias, escuchando muy concentrados. Tampoco era para tanto. Una clase de matemáticas con la profesora Jean Haseltine, eso sí que es una tortura. Y ya te digo, yo prefiero mil veces trabajar en una fábrica de alfombras que tener que ir a clase y levantarme pronto. Ya sé que el Iqbal ese dijo que también se

levantaba muy temprano, pero yo creo que exageraba mazo. Como el resto de las cosas que decía. Si tan mal lo ha pasado, ¿por qué se reía tanto? No me lo trago. Todo lo del Iqbal ese es un montaje de los mayores para obligarnos a estudiar sus tonterías y que sigamos haciéndoles caso. Pero a mí no me engañan. Ya se lo dije al profe el día que me sacó al encerado y me obligó a hacer ese estúpido ejercicio del mapa y la tiza negra. ¿Qué se te ocurre para borrar las zonas negras del mapa, George? Pues qué se me va a ocurrir, contesté, borrar antes que nada a los que lo pintaron de ese color. Y esos que tanto dolor e injusticias causan, según dice el profesor, ¿no son acaso los mismos mayores que nos ponen los deberes y los que nos educan para ser como ellos?

TONY

Iqbal se marchó y no va a volver. Así que nada de lamentarse. Me quedo con la energía que nos dejó. No me interesan ni el recuerdo ni la nostalgia. No sirven para nada. La mejor forma de rememorarle es imitarle. A los pocos días de su partida, convencí a la mayoría de la clase, ya que pensaba que teníamos que hacer algo por los niños esclavos de Pakistán. Y entre todos surgieron muchas ideas. Aprovechamos las clases de Internet y diseño web para hacer una página que contara la visita de Iqbal a nuestra escuela. Lo que yo propuse no fue tan tecnológico y sofisticado, pero creo que sí mucho más práctico. Los vecinos del barrio no paraban de quejarse de lo sucio que estaba un descampado de detrás del supermercado. Pues bien, les propusimos una solución. A cambio de limpiarlo, les pedimos dinero. No, no era para nosotros, teníamos que decirles para que no fueran tacaños. Era para construir una escuela en Pakistán. Así se volvían mucho más generosos. Cuando reunimos el dinero suficiente para nuestro proyecto, nos pusimos los monos, cogimos las bolsas de plástico y nos arremangamos. Le dedicamos un día entero. Dios mío, allí había de todo, desde neumáticos pinchados, pasando por botas viejas, hasta el rabo de una lagartija. Terminamos destrozados. Pero mereció la pena. El descampado es ahora un parque adonde los padres pueden llevar a sus niños sin temor a que se hagan daño y pasear a los perros. El dinero que conseguimos sirvió para financiar una escuela en Pakistán. En cuanto a la basura, separada y puesta a reciclar. ¿Lo ves?, no es tan difícil colaborar. ¿Qué se te ocurre a ti?

MUDENA

Sobyas, anda, cuéntame otra vez que Iqbal llamó desde América y me mandó recuerdos. Cuéntame de nuevo todo lo que te dijo. Sobyas, anda, cuéntame otra vez que Iqbal llamó desde América y me mandó recuerdos. Cuéntame que está viendo rascacielos enormes. Viajando en un coche tan grande como un autobús. Cuéntame que ha conocido a mucha gente influyente y con dinero. Cuéntame que mientras más importante piensan que es, menos importancia se da. Sobyas, anda, cuéntame otra vez que Iqbal llamó desde América y dijo que me echaba de menos.

STEVE WILBER

Por aquel entonces trabajaba en la redacción del noticiario más popular de Estados Unidos. Más de cien millones de personas nos seguían todos los días. Éramos su primera elección para estar informados, la ventana desde la cual se asomaban esperando enterarse de lo que pasaba tanto en el mundo como en su patio trasero. Una de las cuestiones de las que me encargaba era de buscar una figura relevante para una sección semanal. No era tarea fácil. No todos los días encontrabas a alguien que hubiera batido un récord deportivo, al protagonista de una película de éxito, al ganador de unas elecciones o a un científico que hubiera hecho un gran descubrimiento. Además, ese tipo de personajes eran demasiado obvios y demasiado inaccesibles. Los espectadores los admiraban, pero no los tomaban como un ejemplo a seguir. Su gesta se antojaba muy lejana, pues era siempre fruto de un sacrificio inmenso o del azar. Mis personajes de la semana preferidos eran aquellos que aparentaban ser como tú y como yo pero por circunstancias de la vida se habían enfrentado a una situación terrible de la que sólo podían salir si sacaban lo mejor de sí mismos. Hay casas en llamas de las cuales sólo puedes escapar si corres como nunca en tu vida. Ése era el caso de Iqbal Masih. Cuando me lo presentaron no vi más que a un niño. Porque era sobre todo eso, un niño, como mi hijo o el del vecino. Pero Iqbal no se crió en un suburbio de Nevada; nació en el seno de una familia pobre de Pakistán. Y fue vendido a un taller de alfombras. Una historia triste y ya contada que se convirtió en una hazaña cuando Iqbal decidió decir ¡basta! Así que el niño se

convirtió en un hombre con la fuerza y determinación de cien más para hacer valer su dignidad. Como un superhéroe que durante el día tiene una vida normal pero que cuando el peligro acecha despierta sus superpoderes. Así era Iqbal: jugueteaba con el micro inalámbrico pero a la hora de contestar, era capaz de dar respuestas que cortaban la respiración. Afortunadamente, luego era capaz de evitar la asfixia con una amplia sonrisa. Días antes de recibir el premio por su labor en defensa de los derechos humanos, Iqbal Masih apareció en la pantalla de millones de televisores estadounidenses. Era el personaje de la semana. Un personaje como nuestros hijos o el hijo del vecino, que no había filmado una película de éxito, logrado un triunfo deportivo o cerrado un gran acuerdo político, pero había sido capaz de cambiar su destino. Y que trataba de despertar en los otros la misma fuerza que lo ayudó a él para cambiar los destinos de muchos más.

ABDULLAH RAMADAN

Soy un comerciante de alfombras, viajo por todo el mundo, y donde mejor saben hacer negocios es en Estados Unidos. Desde luego, si este país es famoso por algo es por haber inventado el *marketing* y la publicidad. Dicen que los americanos pueden venderte arena en el desierto o agua salada en medio del mar. Yo diría aún más: pueden hacerte pensar que el puñado de granos de arena es todo el desierto, el vaso de agua salada todo el mar. Eso es lo que ha ocurrido con Iqbal. Todo *marketing*, todo fachada, un anuncio de hamburguesas que nada tiene que ver con la que luego te sirven en la mesa. No digo que Iqbal Masih no lo pasara mal, que no fuera pobre y tuviera que trabajar para alimentar a su familia. Yo también colaboré con mi abuelo en la tienda, desde muy pequeño. Nunca se me ocurrió criticar por eso a mis padres, todo lo contrario. Les agradezco que no me dejaran perder el tiempo. Es cierto, mi familia no era pobre. Pero no ser pobre no significa tener la culpa de que haya gente pobre. Sé sincero y confiesa, por muy rico que sea tu país, seguro que hay algún pobre en tu barrio. Seguro que ves uno todos los días, al menos uno a la semana. ¿Te sientes entonces culpable de su destino? Y si así es, ¿qué haces para remediarlo? Iqbal Masih no es más que un producto que habéis creado en Occidente para limpiar vuestra conciencia. He oído que una universidad le ha ofrecido una beca para que estudie gratis en ella. Éste es un claro ejemplo de lo que digo. A esa universidad sólo le interesa que se la asocie con el nombre de Iqbal y las buenas causas. Pero no está realmente interesada en la raíz de esa causa. Si así fuera, construiría

y casi por el mismo dinero, si no una universidad, una escuela en uno de los miles de pueblos humildes de Pakistán. Pero claro, así te quedas sin la estrella, sin la publicidad. Y no sales en los medios. Los periodistas de la prensa escrita, la radio, la tele, e incluyo a algún escritor con mucha imaginación, son los verdaderos responsables de que un niño corriente pasara por héroe. Lo repito, era un niño con voz de pito, cuerpo pequeño y quizá, puedo admitirlo, una mente algo avanzada para su edad, pero sin ningún poder o influencia. Y sin poder o influencia no se puede cambiar nada o a nadie. Como mucho se puede engañar. Algo en lo que se hizo experto Iqbal. Él mismo era tan sólo un grano de arena, un vaso de agua salada. Pero mucha gente pensó que acababan de toparse con la duna entera, que estaban en la cresta de la ola. Cuando quisieron darse cuenta, ya era tarde, los pilló la tormenta del desierto, los arrastró la marea.

JENNIFER MARGULIS

No voy a negarte que estaba preocupada. La entrega del premio se había convertido en un circo de dimensiones desproporcionadas. El lugar elegido habría podido albergar un partido de baloncesto. Había tantos globos que, si los hubiéramos atado al techo del estadio, éste habría salido volando. Desde cada esquina, potentes focos apuntaban a un inmenso escenario. Kilos de confeti estaban preparados para salir disparados en cualquier momento. Una pantalla gigantesca multiplicaba por diez la cara del que en ella se asomara. El micrófono del estrado estaba conectado a un circuito cerrado, en el que cada suspiro era recogido por la grabadora de decenas de periodistas. Días antes tuve una pesadilla en la que un famoso actor subía a recoger el premio. Tras darse cuenta de que no era la ceremonia de los Oscar, ni él el premiado, pedía disculpas. No habríamos necesitado a un actor demasiado despistado para que la pesadilla pudiera convertirse en realidad. Apenas unos carteles y el vídeo que proyectaba la pantalla gigante recordaban que el premio se entregaba al mérito en la defensa de los derechos humanos de los niños. Y precisamente era un niño quien debía hacer brillar una vela de esperanza con mayor intensidad que los fuegos artificiales que lo rodeaban. Integrar la dignidad y alegría por el premio recibido, con la necesidad de mencionar que durante su discurso millones de niños estaban siendo explotados y maltratados en cinco continentes. Ser capaz de celebrar la comedia en la que estaba inmerso. Ser capaz de recordar el drama de los que se lo estaban perdiendo. Y ser capaz de contarlo. Y cómo no iba a ser capaz de hacerlo, si su vida, desde

que nació hasta ese momento, había sido una sucesión de lágrimas, coraje y sorpresas. Pese a que el trabajo forzado ya no le provocaba más heridas, las cicatrices de las anteriores seguían ahí, tan feas y profundas como hermoso y prometedor era el futuro que encaraba. Si hubo alguien capaz de bostezar defraudado ante la escasa potencia de los efectos especiales, te aseguro que durante el discurso de Iqbal tuvo que reprimirse para poder pestañear. Iqbal se ganó al público con su sencillez y naturalidad. Precisamente lo único que en este país, el más rico del mundo, no podemos comprar. Pero sí apreciar, por eso le concedimos el premio a Iqbal.

EL CAZADOR DE AUTÓGRAFOS

Mira que tuve mala pata. Nuestra escuela estuvo a puntito de ser seleccionada para que la visitara Iqbal. El estadio donde le dieron el premio está en mi ciudad, pero ese día tuve que viajar a otro estado a ver a mi tía. El día que lo entrevistaron en la tele estuve tres horas esperando en la puerta. Hasta que me enteré de que no era la puerta correcta, al mismo tiempo que sacaron la basura por ella, y de que Iqbal ya se había marchado. Pero aún tenía un as en la manga. Tarde o temprano, Iqbal debería abandonar suelo americano. Sólo tenía que enterarme desde qué aeropuerto. Y no confundir la terminal internacional con el hangar de avituallamiento. Quizá estarás preguntándote para qué tanto esfuerzo, por qué tanto interés. Te lo cuento, aunque probablemente te costará entenderlo. Soy un cazador de autógrafos. Los tengo de todas las clases, de todo tipo de personajes. Pero en mi colección faltaba el de alguien como Iqbal. Incapaz de encajar en ninguna categoría. Cercano por su sencillez y por su edad. Lejano por su hazaña y haber salido en la tele. Vale, lo confieso, si Iqbal no hubiera salido en la tele, jamás me habría interesado por él. Pero eso no significa que fuera lo único que me importaba. He conocido, aunque muy brevemente, a gente famosa. Sólo me acercaré a ellos para tener su firma en mi libreta. La verdad, esa gente en persona no son nada especial. Iqbal fue el primero del que me interesaba más que su nombre. Sentía curiosidad por saber cómo era en persona, oír su voz, averiguar qué tenía de particular. Supongo que a estas alturas de la lectura te pasará lo mismo. En esta ocasión tuve suerte. Lo pillé justo antes de ir a embarcar. Era mucho

más pequeño y delgado de lo que pensaba. No había tiempo que perder, corrí hacia él. Le pedí el autógrafo enseñándole la libreta y ofreciéndole el boli. Me miró con cara de sorpresa. Como vi que no me entendía hice un gesto con la mano dibujando mi propio autógrafo en el aire. Él me respondió con el mismo gesto sonriendo. Dibujó su firma en el aire de derecha a izquierda, me dio la mano y se marchó. Qué iba a hacer yo. Aunque no lo tengo en ningún papel, es el mejor autógrafo que me han firmado.

MUDENA

Volvemos al lugar de donde nos marchamos. Algunos nos han echado de menos. Otros nos habrían echado para siempre. Hemos vuelto en cualquier caso. A gusto de algunos. Para disgusto de otros tantos. Iqbal Masih ya no es sólo el nombre de un niño de doce años. Iqbal Masih es el nombre con el que se rebelan los desheredados. Iqbal Masih es el nombre que espantan algunos en exceso heredados. Quizá a estas alturas Iqbal Masih no sólo sea un nombre que no te suena extraño, sino además un nombre con el que te sientes identificado. Quizá Iqbal Masih es un nombre que habrías llevado con gusto. Incluso sabiendo que entonces necesitarías mucho coraje, derramarías muchas lágrimas y en cualquier momento podrían sorprenderte. Quizá no te merece la pena. Incluso sabiendo la clase de niño en que terminó convirtiéndose. Quizá, sólo quizá. No quiero que te sientas forzado. Ya ves que en esta historia todos te están hablando. A nadie se le ha callado. Hasta el final, todos tendrán su oportunidad de hablar. Hasta un final que está acercándose. La lucha continúa. Las sorpresas pueden aparecer en cualquier momento. Sabes bien que habrá muchas, muchas, muchas lágrimas. Pero no te queda otro remedio. Tienes que seguir leyendo.

AUNAT

Eran como relámpagos que anunciaran tormenta. Explosiones de luz blanca que te pierdes si parpadeas. Aunque el ruido no era tan atronador, me molestaba un poco. ¡Clic-flash!, ¡clic-flash!, ¡clic-flash!… Me daba grima. Menos mal que con el bullicio del aeropuerto de Lahore apenas se notaba. Y con todo el trabajo que tenía que hacer, tampoco me quedaba mucho tiempo para quejarme. Aun así me picaba mucho la curiosidad. Quería saber a quién estaban haciendo tantas fotos. Quién estaba tan rodeado de fotógrafos y periodistas que apenas se le veía. Merecía la pena perderse unas propinas por enterarse. No siempre tenía la oportunidad de ver a un famoso. No, no te equivoques. A mí la gente famosa me da igual. Además, no conozco a ninguno. Ni veo la tele, ni leo los periódicos ni sigo la liga de críquet. Así que cuando algún compañero me comenta que ha visto a tal o cual actor, a tal o cual político o a tal o cual jugador, yo me encojo de hombros. Me rasco la cabeza. Y saco aire por la boca, sin abrir los labios, pufffff… A mí como si ven a Hasan el de los Palotes. No tengo ni idea. Pero al mismo tiempo sí me interesa ir a verlos. No me interesa su nombre, pero sí su persona. Qué tendrán de especial, me pregunto, para que todo el mundo hable de ellos, los admire y quiera imitarlos. Sea lo que sea ese don, para mí resulta invisible. No he encontrado nada extraordinario en ningún famoso. Ni en su forma de hablar, ni en su forma de andar ni en su forma de rascarse el culo. Ellos también tienen uno. Aproveché que mi jefe me lo enseñó, el culo, para escabullirme e ir a ver al famoso ese. Había mucha gente y no

me dejaban cruzar. Ya estaba preparándome para dar saltitos, por si de esa forma lo veía, pero no hizo falta. Tenía delante de mí a un hombre con las piernas muy largas. Y las tenía abiertas. Lo suficiente para reconocer a quien captaba toda la atención. Y recordar a alguien a quien conocí. Apenas había cambiado. Tenía la misma estatura, la misma mirada. A medio camino entre las lágrimas y la esperanza. Quizá estaba un poco más gordo. Sus ropas sin duda eran mucho mejores. También era nueva su guirnalda de flores. Me dieron ganas de gritar su nombre y luego el mío, de contarle que yo también había mejorado, aunque no tanto. Ya no vivía en la calle. Había encontrado un trabajo como maletero en el aeropuerto. Pero no lo hice. Mejor dejarlo estar. Me contenté con mirar desde fuera. Observar cómo seguía siendo el mismo niño que encontré cuando se escapó del taller. Pero que al mismo tiempo, antes y entonces, tenía algo especial. No sabría decirte muy bien qué. Lo cierto es que si tuviera que elegir a alguien a quien imitar y admirar, sin duda sería Iqbal.

ESHAN ULLAH KHAN

El recibimiento que le dieron a Iqbal fue sencillamente espectacular. Confieso que no me lo esperaba. Le entregaron la misma guirnalda de flores que a los jefes de Estado. Fue portada de todos los periódicos. Abrió todos los informativos. Iqbal ya era una figura, un símbolo para los más desposeídos. Y él actuaba como tal. Aprendió mucho de su experiencia norteamericana. Admito que yo también empecé a verlo de ese modo. Olvidé que era sólo un niño. Estaba demasiado entusiasmado con las cosas que pensaba que podía hacer. Entusiasmado pensando que podía cumplir los sueños y anhelos de muchos. Confieso que jamás le pregunté cuáles eran los suyos, sus sueños, Presumía que eran iguales a los míos. Ahora ya es tarde para preguntarle. Lo cierto es que cuando regresamos a Pakistán, él, el resto de la organización y yo sentimos que el final de nuestra lucha estaba cerca. Que el mismo Iqbal era la pieza clave, la llave maestra, nuestra arma secreta para ese fin. Lástima que fuera todo menos secreta. Iqbal se convirtió en el protagonista de nuestro movimiento. Ocupó el puesto central del escenario. El que concentra toda la atención. El que es más fácil de señalar con el dedo. Con el dedo acusador.

SOBYAS

Llegó mi hermano Iqbal, el extranjero. Nos trajo una bolsa llena de regalos. Llena de cosas que no habíamos visto nunca, y con las que tampoco sabíamos qué hacer. Llegó contando muchas anécdotas, usando palabras nuevas. Al usarlas se emocionaba. Y al oírlas te trasladaban al sitio donde las había aprendido. Y visualizabas las caras de los nombres que mencionaba. Te ponías en sus sandalias, que se transformaban en zapatos, y seguías a la inversa las huellas que había dejado. Y seguías caminando, pues Iqbal no callaba. Ya había terminado con lo que había visto y seguía con lo que quería ver. Iqbal ya había escalado su montaña. Disfrutaba de la vista que se divisaba desde la cumbre. Y aunque los demás viéramos que su montaña era un valle al lado de otra mayor, quién iba a detenerlo. Iqbal, hermano, has cambiado. Hermano, ya has llegado. ¡Te hemos echado tanto de menos! Bien venido seas.

FATEH

Sí, ya llegó, ya llegó. Llegó la nueva estrella de Pakistán. Un mocoso capaz de contar cualquier mentira con tal de dar un titular a los periodistas. Iqbal Masih, un niño mimado que ha visto demasiadas películas norteamericanas. De día se pasea por los barrios bajos incitando a los pobres aprendices a rebelarse contra sus patronos. De noche duerme tranquilo y caliente en su confortable cama del centro de Lahore. Parece que ese Masih olvidó hace mucho que gracias al *paishgee* su madre y su hermana no se murieron de hambre. Pero, claro, ahora a él sólo le importa convertirse en un héroe. Pretende sacar de la miseria a todos los niños de Pakistán. Olvida que su genial idea para hacerlo supondrá condenarlos aún más. «Dejen ustedes de trabajar para mejorar sus condiciones» equivale a decir «Dejen ustedes de remar para ir más rápido, dejen ustedes de cavar para llegar más hondo, dejen ustedes de serrar para talar más árboles». Es completamente absurdo. Como todos los héroes, Iqbal necesita un villano al que enfrentarse. Resulta que ese villano somos nosotros, los fabricantes de alfombras. Los mismos que damos trabajo a miles de familias. Los mismos que honramos el nombre de Pakistán en el mundo entero por la calidad de nuestros tapices. Pues bien, que tenga cuidado Iqbal Masih. Ya no le va a valer decir que es sólo un niño. Esto no es un juego. Se ha metido en algo muy serio. Se ha metido donde nadie le llama. Se ha metido en el mundo de los adultos. Un mundo en el que no hay héroes, pero ciertamente hay villanos. Villanos que terminan pagando cara su osadía. Esto no es una película. No habrá final feliz.

TARIQ

Bueno, bueno, no es *pa* tanto. Todo el mundo decía que Iqbal había madurado a velocidad de camello desbocado. Que hablaba y se comportaba como los mayores que son respetados. Sí, sí, sí, te digo frunciendo mucho los labios, mientras me acaricio la barbilla. Chuminadas. Cuando volví a encontrármelo, después de tanto tiempo, vi al mismo Iqbal de siempre. Pícaro como el cuervo que roba la carga del camello. Iqbal había regresado al pueblo después de su gira extranjera. Y aprovechó para encontrarse con viejos amigos. Los viejos amigos teníamos ganas de cachondeo. Resulta que no sé quién llegó tarde, porque había tenido que acompañar a su madre al descampado del camino del río. Tras peguntarle qué diablos iba a hacer su madre allí, nos confesó que ése era el lugar que las mujeres habían tenido a bien elegir para, una vez lavadas las ropas en el río y si la naturaleza, en su camino a casa, hacía con fuerza su llamada, plantar en la tierra esa semilla que sólo disfruta el paladar de las moscas. Que es ahí donde hacen sus necesidades, por si eres tan corto que no te has enterado. Al ser un momento tan privado, una maniobra tan ceremoniosa, se nos ocurrió animarlo y festejarlo. Que conste que fue Iqbal quien fue a comprar los petardos. Y que conste también —me cuesta contarlo, me tapo la boca, ya estoy desternillándome— que al principio no hacíamos nada de ruido y nos acercábamos en silencio. Pero cuando llegaba el momento apropiado, tirábamos el petardo y aplaudíamos:

—¡Bravo, bravo, lo has hecho muy bien!

—¡Adelante, ya casi está!

Que conste también que no todas se asustaban. Algunas sólo se enfadaban y nos tiraban piedras. Eran piedras grandes, y podrían habernos hecho daño. Claro que en esa posición tampoco es que uno tenga mucha puntería. Además, la fuerza se te va *toa p'abajo*… ¡Ja, ja, ja! Vale, vale, vale. Ya sé que eso no está muy bien. No nos sentimos orgullosos. Eso no está bien. Pero te confieso una cosa: nos partimos de risa, ja, ja, ja, ¡qué bueno!

MUDENA

Si hubiera estado en el Polo Norte me habría puesto a sudar. Estaría temblando de frío en el desierto. Si hubiera sostenido una vasija grande como mi cabeza con una lágrima de agua en el fondo, la habría derramado. Si me hubieras pedido que escribiera mi nombre en un papel, habría puesto el tuyo. Jamás había estado tan nerviosa. Sabía que Iqbal ya había regresado. Sabía que nada más llegado aquí había preguntado por mí. Bueno, tampoco sabía si realmente había sido lo primero que había hecho, pero me imaginaba que así era. Y me imaginaba muchas cosas más. ¡Ay, qué vergüenza me da decirte todo esto!, ¡lo hago porque en el fondo pienso que a ti te ha ocurrido algún día lo mismo!, y si no, no te preocupes, ya te pasará. Y para cuando te pase, acepta un consejo: no te quedes callada, sin tragar aire, cuando aparezca. Ni paralizada cuando te dé un abrazo. Y cuando te diga que tiene que marcharse, al menos, aunque esté ya de espaldas, dile, si no lo que estás pensando, algo parecido. Algo como el grito que le pegué desde la ventana, cuando vi que ya se iba hacia abajo:

—¡Te he echado mucho de menos!

—¡Ya lo sabía!

—¿Cómo que ya lo sabías?, ¿y tú qué?

—¡Pues eso, que yo ya lo sabía, Mudenita!

—¡Eres un enano y en lugar de crecer vas *pa'* abajo!

El muy cenutrio se rió y dobló la esquina. Y cuando ya me había metido dentro, pegó un grito que incluso traspasó el cristal de la ventana, que entonces estaba cerrada.

—¡Yo también te he echado muchísimo de menos!

SORAYA Y YOUSUF

Iqbal se presentó en nuestra humilde morada y pidió hablar con nosotros. ¿Qué querrá este niño?, nos preguntamos. Pero le hicimos caso, pues, a pesar de su corta edad, mostraba decisión y desprendía candor. Lo invitamos a una taza de té. No había tomado el primer sorbo y ya sacó en la conversación el motivo de su visita. Iqbal nos pidió que no entregásemos a nuestro pequeño hijo en *paishgee*. Nos sentimos un poco avergonzados. ¿Cómo lo has averiguado?, le preguntamos. Eso da igual, contestó él, lo importante es que comprendáis que hay otras soluciones, que vuestro hijo se merece una oportunidad. Nosotros tratamos de justificarnos. Con mi sueldo de estibador apenas nos llegaba para alimentarnos. Además, había otro hijo en camino. Necesitábamos el préstamo. Iqbal rebatió nuestros argumentos. Nos ofreció otras soluciones. Nos habló de los microcréditos: pequeñas cantidades de dinero que un banco indio prestaba sin pedir otra cosa que la palabra dada. No era mucho, pero suficiente para ir tirando. Nos ofreció las direcciones y algunos nombres de ONG internacionales y locales que podían ayudarnos. Tampoco era seguro que lo hicieran, aunque seguro que, si podían hacerlo, lo harían. Pero sobre todo nos convenció de que no podíamos hacerle eso a nuestro hijo. No teníamos derecho a arruinar su vida por unas rupias. Es más, tal como lo planteó Iqbal, lo más inteligente a largo plazo era rechazar el *paishgee*. En su lugar, nuestro hijo podría ir a la escuela. Y una vez supiera leer y escribir, sumar, restar y multiplicar, seguro que encontraría un trabajo mucho mejor. Y seguro que estaría tan agradecido que compartiría su

sueldo con nosotros y su hermano pequeño. Con la fuerza de sus argumentos, con la calidez de sus palabras, con la proximidad de su presencia, Iqbal cambió nuestra decisión. Y acertó de pleno.

MUNNAWAR VIRK

—¿Puedo ir contigo?

—Si quieres, sí, pero te vas a aburrir un montón.

Ya me había fijado en que Iqbal no me quitaba ojo cuando recogía el maletín y me iba a los juzgados de Lahore. También Azahara me había confesado que Iqbal había repetido varias veces en clase que quería ser abogado. Que su sueño era conocer las leyes para que los poderosos no pudieran abusar de los que tienen menos. Yo hasta entonces no había querido decirle nada. Ocurre como con todo: una cosa es cómo lo pintan y otra muy diferente el cuadro, cómo es en realidad. Lo de abogado defensor de los débiles suena muy bien, pero la realidad es menos excitante. Hay que estudiar mucho, preparar aburridos papeles y consultar un montón de libros, qué digo libros, auténticos tochos, de miles y miles de páginas con letra diminuta aun leyendo con lupa. Admito que una vez llegas al juicio, se pone un poco más divertido. Claro que uno se ve algo acomplejado con su maletín de cuero gastado, su escaso pelo despeinado y su toga raída y agujereada. Sobre todo cuando enfrente se sienta un equipo de abogados engominados, con relojes y alhajas de oro y perfumadas togas de seda. Y frente a un juez, en la mayor parte de las ocasiones, comprado. Aun así no iba a ser yo quien le quitara la ilusión a Iqbal. Aunque sólo fuera para ver la sede del Tribunal Supremo de Lahore. Se trataba de un hermoso edificio de estilo árabe, con cúpulas abovedadas y mampostería de madera de cedro en el techo. En el patio había una preciosa fuente de azulejos azules en forma de estrella de ocho puntas. Iqbal se quedó

impresionado. Pero no pudimos entretenernos. Llegábamos tarde. Subimos la escalera y entramos en la sala del juzgado. Puedes sentarte conmigo, le dije, pero sólo si estás callado. Vale, vale, tú y yo lo sabemos. Ya sabía que no se iba a quedar callado. Me engañé a mí mismo. Además, aquél era un caso perdido. Nos enfrentábamos a un poderoso industrial del ladrillo. Tenía uno de los mejores bufetes de todo Pakistán, aunque no la razón. Pero su abogado defensor se expresaba de tal manera, tan astutas eran sus palabras, tan medidos eran sus silencios, tan teatrales sus gestos, tanta energía ponía, tanta complicidad mostraba con el juez que, la verdad, casi me estaba convenciendo. Cuando me tocó a mí, me puse un poco nervioso. Traté de presentar mis argumentos con la mayor claridad posible, sin ningún aspaviento, sin aumentar el tono, sin pronunciar una palabra más aita que otra, y al mismo tiempo seguro de mi posición, con intensidad, con la firmeza del que no cambia de dirección, sin renunciar a la suavidad del que acepta un acuerdo. A pesar de mis intentos, daba la impresión de que el juez se estaba durmiendo. En eso que Iqbal se incorporó y, para que todo el mundo lo oyese, se subió a la mesa y exclamó apuntando al juez:

—¡Señoría, usted no está escuchando al abogado, despierte, quítese las legañas, límpiese los oídos y preste más atención!

Alá bendito, ¡vaya revuelo se originó en el juzgado! Todo el mundo se partió de risa. Menos el juez, que mandó desalojar la sala y a punto estuvo de arrestar a Iqbal. No lo hizo porque fui rápido. Hice con un dedo un gesto universalmente conocido para describir a aquellos a los que les falta un tomillo. Iqbal cubrió mi coartada poniendo la cara tonta que uno pone si lleva rato tirando de una puerta con todas sus fuerzas y se da cuenta de que en el letrero pone empujar (más tarde bromeé con él y le dije que así estaba más guapo y que seguro que le gustaba más a la Mudena esa; no le hizo ni pizca de gracia y se puso colorado). Cuando retomamos el caso, ya solos, el juez me pidió que continuase. Continúe usted, Mohamed, me indicó. Con todos los respetos, señoría, se ha equivocado, repliqué, Mohamed es el abogado de la defensa, yo soy Munnawar, el de la acusación, ¿seguro que estaba escuchándome?

NADIA Y KHALED

Somos unos veteranos militantes del BFLL del norte de Pakistán, al lado de la frontera con China, en la otra punta del país. En nuestra ciudad se iba a celebrar una gran marcha en contra de la esclavitud infantil. Nos íbamos a juntar gente de todos los rincones de Pakistán. Como en otras ocasiones, ofrecimos nuestra casa para alojar a los que no tenían dónde quedarse la noche anterior. La sorpresa dio paso al honor y al orgullo cuando Eshan nos pidió si, por favor, podíamos dejar un hueco a Iqbal Masih. Le dejamos toda la casa, respondimos. Muchas horas antes de que viniera ya estábamos nerviosos y excitados por conocerlo. ¡Habíamos oído tantas historias sobre él! En su mayor parte seguro que eran exageraciones. Como la que decía que aprendió a leer y escribir en tres días. O la que aseguraba que los patronos de los talleres de alfombras prohibían hasta pronunciar su nombre, pues él podía sentirse llamado, acudir al taller y animar a los trabajadores a rebelarse. O la que afirmaba, vaya pasada, que lo expulsaron del Tribunal Supremo de Lahore por acusar al juez de quedarse dormido. Hay que ver la imaginación que tienen algunos. A pesar de ello, se trataba de un niño corriente con un inmenso corazón. Inmenso como un océano que, gracias al genial talento que tenía para hablar y expresarse, podía causar un maremoto o hacerte disfrutar de una plácida travesía. A buen seguro que la travesía de Iqbal a lo largo de todo Pakistán fue cualquier cosa menos plácida. No estuvimos seguros de que habían llamado a la puerta hasta que la abrimos, tan suave y débil había sido el toc-toc. Ahí estaba el célebre

Iqbal Masih, bajito, moreno, con el pelo lacio y unos mofletes regordetes irresistibles para pellizcar. Y unas ojeras que le llegaban al suelo. Iqbal estaba reventado del viaje. Aunque decía que tenía hambre, apenas probó bocado. Le habíamos preparado un montón de platos, pero él sólo pudo tomar algo de sopa y beberse el té de azahar. Queríamos haberle hecho miles de preguntas, pero no fuimos egoístas y respetamos su silencio. Parecía que el simple hecho de incorporarse para ir a la cama, le suponía una tarea titánica. ¿Te ayudamos?, preguntamos. Gracias, respondió él, y se apoyó en nuestros brazos. Antes de dejarlo en la cama, le sugerimos, ¿no sería mejor quedarte todo el día descansando y no ir mañana a la manifestación? Iqbal volvió a darnos las gracias, pero negó con la cabeza. Creedme, afirmó, no hay mejor descanso ni mejor medicina que ayudar a los demás haciendo lo que uno cree, sin perjudicar a nadie. Podemos aseguraros que al día siguiente, como ya te contarán, Iqbal estaba como una rosa. Claro que durmió como un lirón, hasta los vecinos se quejaron de sus ronquidos. Algo malo debía tener, ¿no?

SUAMI VIRENDER AGNIVESH

Anda que, para una vez que el BFLL me invita a una de sus marchas, podría haberla celebrado un poco más cerca, digo yo. Vamos que si apuran un poco más, me veo con una pancarta en la plaza Roja de Pekín. En fin, me sentí muy honrado por la invitación. Mi organización en la India hace un trabajo parecido al de Eshan Ullah Khan. Tratamos de abolir el trabajo infantil y ofrecemos alternativas tanto a los niños como a sus familias. Los derechos de los niños y de los no tan niños no son diferentes a uno u otro lado de la frontera. En el fondo todos necesitamos lo mismo, seamos indios, pakistaníes o chinos con pancartas en la plaza Roja de Pekín. En fin, que a pesar de la distancia, allí me fui. Y no me arrepentí. Si hubieras visto la marcha desde lo alto de una colina habrías contado miles de participantes, el doble de manos alzadas, cientos de globos, decenas de pancartas. Habrías oído, por muy lejos que estuvieras, consignas de protesta, chirigotas festivas, canciones de esperanza y algún que otro petardo. Y algún que otro gallo y a alguien desafinando, ése era yo. Quizá te habría llegado el olor del polvo levantado por pisadas de pies descalzos, del sudor de cuerpos marchando hombro con hombro, del incienso ofrendado en cada esquina para bendecir el día. Íbamos en tres grupos: los que iban detrás de la bandera del arado, los que trabajaban haciendo ladrillos; los que iban detrás de la bandera del puño alzado, los tapiceros; los que seguían la bandera del cuaderno, estudiantes que se solidarizaban con nuestra causa. Y todos juntos llegamos al final de la marcha, una antigua plaza donde el BFLL había levantado un

gran escenario. Bueno, grande… en fin… tampoco es que fuera la plaza Roja de Pekín, pero cuando le tocó el tumo de intervenir a Iqbal Masih, en comparación guisante solitario en plato blanco de porcelana, daba la impresión de que era gigantesco. Hasta que empezó a hablar. Entonces, lo que sobraba era guisante y lo que faltaba era plato para contener tanta emoción, para no verse desbordado por tanta pasión. El discurso fue breve y sencillo. Pero «breve y sencillo» tiene las mismas letras que «largo y complejo» con la ventaja de que terminas antes y se te entiende mejor. Se te entiende mejor cuando en lugar de hablar con la cabeza hablas con el corazón. Si hablas así, el que escucha también escucha con el corazón. Así era el discurso de Iqbal Masih, breve y sencillo, con las mismas letras que «largo y complejo», hablando desde su corazón hasta el de los que escuchaban. Recuerdo muy bien su última frase, exclamó: «¡Estamos hoy aquí porque somos libres!». «Lo somos —dije en voz alta—, por eso estoy aquí».

ZAFAR

No se hablaba de otra cosa en Pakistán. La primera industria nacional estaba bajo sospecha. Algunos rumores incluso apuntaban que en riesgo de quiebra. No a causa de un terremoto. El responsable no era un desastre natural. Tampoco un feroz competidor. Ni siquiera un cambio de tendencias, a la gente en Occidente le seguían gustando nuestras alfombras. Las palabras de un niño eran las que habían provocado el seísmo, su sola presencia era la más dura competencia; su opinión tenía cada vez mayor importancia en Occidente. Yo, como periodista, no podía emitir un juicio de lo que estaba ocurriendo. Tan sólo podía contar lo que estaba viendo, dar los datos más objetivos y dejar que el lector opinara por sí mismo, y permitir a cada parte defender sus argumentos. Por eso se me ocurrió proponerle al director del periódico un doble encuentro: por un lado representantes de la industria de los tapices, por el otro, Iqbal Masih y su tutor, Eshan Ullah Khan, el presidente del BFLL. Al director del periódico le encantó la idea. A las partes enfrentadas no me costó convencerlas. Les aseguré que el reportaje que escribiríamos sería totalmente neutral: el mismo espacio en la página para los dos, el mismo número de columnas, las fotos igual de grandes. Les conté que nuestro propósito era que el lector pudiera formarse su propia opinión a partir de lo que cada uno contase. Aparentemente las dos partes estaban de acuerdo. Aunque mi intención secreta era lograr una aproximación entre ellas. Lograr escribir un artículo integrado, no con dos mitades enfrentadas. Lástima que fuera una ocasión

perdida. Lástima que unos tendieran la mano y otros sólo alzaran el puño. Esto no pude reflejarlo en el artículo. Pero a ti te lo cuento dentro de un rato.

ESHAN ULLAH KHAN

Habíamos esperado toda la vida esta ocasión. Por fin cara a cara con los más importantes empresarios tapiceros. Sentados al mismo nivel. Jugando con las mismas reglas. Si quieres hablar, defenderte y acusar, tendrás que escuchar cómo tu oponente también dice lo que piensa. Ellos expondrán sus justificaciones, lanzarán todos sus reproches. Nosotros apuntaremos sus contradicciones, nos ampararemos en nuestros principios. Ellos dirán «Muy bonito pero es utópico e imposible». Nosotros tendremos que ser firmes. Asegurar que, mientras haya una sola persona en la Tierra que persiga esos ideales, está por ver si son ilusiones. No pretendíamos convencerlos. Nos conformábamos, al menos yo, con que, aunque sólo fuera por un segundo, una mirada de ellos se cruzara con la de Iqbal. Pero no una mirada cualquiera: una mirada abierta que ve lo que hay en lugar de lo que a uno le gustaría ver. Ve al que mira tal como es, ignorando lo que esperaba encontrar. Si lográbamos situar a alguno de esos tapiceros en esa situación, si lográbamos despertar lo mejor de él y al mismo tiempo su curiosidad, quizá miraría a Iqbal de esa forma. Y si lo mirara de esa forma no vería a Iqbal como un símbolo al que odiar o admirar, sino como un simple niño. Sí, si ese tapicero veía que ese niño ahí sentado era igual que el suyo o el de un amigo, mejor aún, si veía que ese niño no era muy diferente a él mismo cuando tenía su edad, entonces sí, vería y recordaría que a su edad él también tenía sueños. Quizá ahora los haya olvidado, se ría de ellos. Pero quizá ese segundo sea tan intenso, que, por muy atrás o profundo que los haya enterrado (esos

sueños), florezcan de nuevo. Intenta convencerle entonces de que son imposibles. Eso está por ver.

FATEH

Por fin iba a tener delante al mocoso de Iqbal Masih y a Eshan Ullah Khan, el que iba detrás con un pañuelo limpiándole los mocos de la cara. A ver si tenía la desfachatez de acusamos de nada a la cara, de no reconocer lo que hacemos por tantas familias humildes, de llamamos canallas. Si de verdad quieren ayudar a los pobres y a los humildes (ellos tampoco lo son), que les den trabajo, como nosotros. O que se pongan a trabajar. Pero no, a ellos no les gusta trabajar. Es más fácil abrir la boca y contar mentiras, provocar y engatusar a la gente. Reivindican derechos que según ellos tenemos nada más nacer; pues bien, yo te digo otra cosa: cuando nacemos no tenemos nada, ni siquiera ropa para tapar nuestro cuerpo. Si queremos algo debemos ganárnoslo. A no ser, claro, que nuestros padres lo hayan hecho por nosotros. Entonces sí, tenemos algo. Y, sea lo que sea, mucho o poco, lo tenemos por derecho propio. Porque nuestros antepasados trabajaron duro. Porque no se dedicaron a mentir, provocar y engatusar a la gente. Como Iqbal y Eshan son unos vagos y unos mentirosos, no quieren que nadie trabaje para nosotros. Reconozco que si la gente dejara de trabajar en nuestras fábricas, lo pasaríamos mal. Pero nuestros empleados lo pasarían mucho peor. En cambio, te aseguro una cosa, el mundo no dejará de girar si algo les ocurre al mocoso de Iqbal y a Eshan Ullah Khan, el que iba detrás con un pañuelo limpiándole los mocos de la cara. Que no te quepa la menor duda, el mundo no dejaría de girar…

ZAFAR

El encuentro fue al final un desencuentro. En lugar de servir como puente, separó las orillas enfrentadas. Yo cumplí lo prometido, escribí el artículo. Pero no reflejé lo ocurrido. No es justo dedicar el mismo espacio al que es golpeado que al que pega el puñetazo. Menos aún si además aprovecha la oportunidad que le has dado para quejarse del daño que se ha hecho en el puño y acusar al que ha puesto la cara. ¡Basta de hipocresías! Hay miles de niños como Iqbal Masih, no sólo en Pakistán, ¡en el mundo entero!, forzados a trabajar de sol a sol, de luna naciente a luna llena, en el mejor de los casos por míseros salarios. ¿Acaso denunciarlo es provocar? No, y menos aún si el que lo hace es alguien que lo ha padecido, lo ha sufrido y lo conoce bien. No es de extrañar por tanto que Iqbal estuviera un poco cabreado. Que acusara a los tapiceros y usara palabras duras. Pues para duras las manos y la vara de algunos patrones. Pero Iqbal y Eshan no se limitaron a eso: buscaron acuerdos y ofrecieron colaboración. Sin embargo fue el que reza a Alá dando la espalda a la Meca. Es curioso, mi trabajo de periodista confirma esta teoría: los que más escándalo montan en sus reclamaciones suelen ser los que menos razones tienen. Ocurre lo mismo entre los niños pequeños: el que pega a otro también se echa a llorar. Resulta increíble que en medio de tanto berreo fingido, tantas lamentaciones vacías, tantas declaraciones para la galería, la voz de un simple niño pudiera hacerse oír, tuviera poder tanto de emocionar como de irritar. Y lo tenía porque decía la verdad, y, además, era inspirador. Se equivocan los tapiceros. Esa inspiración

por una vida mejor para todos es lo que hace girar este mundo. Sí que pasa y mucho si, por pequeña que sea, perdemos una voz que despierta esa inspiración. Todos y cada uno de nosotros salimos perdiendo. Aunque parece que algunos todavía no se han dado cuenta. Cuando las oí, sentí que las amenazas de los tapiceros eran proféticas. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando dijeron que el mundo no pararía de girar sin Iqbal. Me gustaría advertírtelo antes de que sigas leyendo.

ALAFIFI

Si no dije en su momento lo que me cruzaba por la mente y lo que mi corazón sentía, no esperes que lo diga ahora. Fateh invirtió mucha energía en defender nuestros intereses. El resto tan sólo asentía o terminaba sus frases con un «tienes razón», «por supuesto», «claro que sí» o cualquier otra expresión vacía, o al menos sólo tiene el sentido de que nadie dude que opinas exactamente igual que el que acaba de hablar. Sólo yo callaba. Una cosa es no decir lo que piensas de poder hacerlo, y otra muy distinta decir cualquier cosa para agradar a la gente que te está escuchando. Por ahí sí que no paso. Creerás que soy un cobarde. No lo voy a negar. Sobre todo si me comparas con Iqbal Masih, que no habría cerrado la boca ni en el centro de una tormenta de arena. Al principio pensaba que era así porque no tenía nada que perder: ni posesiones, ni grandes mansiones, ni coches, ni joyas ni caras ropas… No tardé en darme cuenta de que eso no tiene nada que ver. Tengo mucho pero en lugar de disfrutarlo, sólo me fijo en todo lo que puedo perder. Iqbal sí tenía algo que perder: lo más importante, lo que nadie tiene derecho a quitarnos. Cuando terminó la reunión, el resto de mis compañeros se agrupó en un corro. Algo estaban tramando. Yo me separé del grupo. Me fui solo a casa. También barruntaba algo. Si no fui capaz de decir lo que pensaba entonces, al menos trataré de hacerlo ahora. Quizá pierda dinero, aunque tampoco es seguro. Me da miedo perder aunque sólo sea una cosa de todas las que tengo. Lo que ya he perdido es el sueño. Hasta que ningún Iqbal Masih trabaje en mis fábricas, no dormiré tranquilo.

X

No importa mi nombre. Tampoco te lo diría si me lo preguntases. Pongamos que no tengo. Pongamos que si tuviera uno no lo usaría. El nombre sirve para reconocernos. Yo prefiero no ser reconocido. Y mucho menos reconocer lo que hago. Pero lo hago, lo admito. No pienso justificarlo. No voy a darte ninguna excusa. Acepto mi trabajo. Sé que no está bien. Sé que causo mucho daño. Lo sé pero prefiero olvidarlo. Como mi nombre. No oses preguntármelo.

INYIAT BIBI

¡Ay, mi niño! Cuánto ha crecido y cuánto ha vivido en tan poco tiempo. Y qué poco pude disfrutarlo. Soy su madre. Como cualquier otra madre me parecen pocas las cosas que en esta historia he podido contar. Me habría gustado intervenir mucho más. También entiendo que el destino de Iqbal lo ha dispuesto así. De todas formas, yo aprovechaba cualquier ocasión para que volviera a casa. Pues aunque viviera en Lahore y no parara de viajar, cualquier techo que me resguarde también será la casa de mi hijo. La Pascua cristiana celebra el regreso del hijo perdido. Por favor, no veas otros significados más allá. Tan sólo quise aprovechar la festividad para volver a ver a mi Iqbal. Cuánto ha crecido y cuánto ha vivido en tan poco tiempo. Cuántas cosas quedaban por contar. No te puedes imaginar cómo me habría gustado intervenir mucho más.

ESHAN ULLAH KHAN

Anda, vete ya y tómate un descanso, recuerdo haberle dicho, y no vuelvas a preguntármelo. Iqbal estaba muy metido en la causa. Pedía permiso hasta para tomarse unas merecidas vacaciones. No pedía permiso para ir al baño, por vergüenza. Por no resultar pesado. Bueno, y supongo que también por un poco de miedo a que le dijera que no, ¿te imaginas?: No, Iqbal, aguanta cuatro horas más, por favor (y mejor que mientras tanto no bebas nada de agua). Es broma, jamás se me ocurriría hacerlo. Pero eso era precisamente lo que a veces le ocurría cuando trabajaba en el taller.

Merecidas vacaciones, como decía, porque, por muy importante que sea nuestra labor, más importantes somos nosotros mismos. Poco podemos hacer por los demás si descuidamos nuestra vida personal y olvidamos a los que tenemos al lado. Cuando uno se embarca en grandes o pequeñas cruzadas y persigue el interés y el beneficio de muchos, suele olvidarse de unos pocos: los más cercanos. Es como si el arquitecto de la gran mezquita durmiera bajo un techo de paja, al resguardo de unos muros de hojas de palma. Como si el dueño del hamman se lavara en un barreño de agua fría y se secara con una toalla rasposa. Como si el comerciante de especias comiera platos sosos porque les faltara sal. Todo está relacionado. El «gracias» de una anciana a la que cedemos el asiento en el ferrocarril es el mismo «gracias» de miles de gargantas, cuando un pueblo, gracias a ese tren y esos raíles, queda menos aislado. Quizá no todos podamos ser constructores de ferrocarriles, pero siempre podremos cederle el asiento a una ancianita o a un

ancianito. Anda, vete ya y tómate un descanso, recuerdo haberle dicho. Disfruta de la familia, diviértete, trastea, ¡sigues siendo un niño!

MUDENA

Si te lo hubiera contado entonces, quizá habrías pensado que era una tontería, y aunque si no me hubieras dicho que era una tontería, me habría preocupado, por eso no te lo habría contado. Y ahora qué más da que te lo cuente, qué más da que digas que no es una tontería. La tontería fue no contarlo. La tontería fue callárselo.

Un día que Iqbal vino a la escuela vi a un hombre que me dio mala espina. No me preguntes por qué, cómo era o qué cara tenía. Tan sólo puedo decirte eso: me dio mala espina, un escalofrío de la cadera a la coronilla. Lo vi mirar a Iqbal de lejos con una mirada muy diferente a la mía, que también lo seguía de lejos (no seas cotilla, no preguntes cómo era esa mirada mía, ya lo sabes si alguna vez has sentido lo mismo, si no, no te preocupes, algún día mirarás así). Tonta fui al no decirle nada. Aunque, conociéndolo, eso tampoco habría cambiado las cosas. Cuando me dijo que se iba a casa por la Pascua cristiana, tan sólo me salió un «Ten cuidado». Y no veas qué rollo me soltó él. Lo recuerdo bien. Vale, te lo cuento si quieres, pero si lo hago prométeme una cosa: no digas nada de estas lágrimas que resbalan por mi cara. Yo te prometo que tampoco diré nada de las tuyas. Empiezo ya, que si espero más no podré:

—De pequeño oí de un cuentacuentos kurdo la historia de un mulo llamado *Ashik*. Gracias a un gorrión, *Ashik* descubrió que, para liberarse de su amo, tan sólo tenía que saltar la valla que lo encerraba. La valla era alta y, la caída, de errar en el intento, sería muy dura. Por supuesto que voy a tener cuidado, Mudena, pero créeme: yo sigo dando el salto.

X

Cuando uno recibe un sobre de este tipo, no se pregunta a quién irá dirigido —eh, tú—. Quiénes son sus familiares y amigos, en qué trabaja —sí, tú—, qué es lo que le gusta y lo que le disgusta —sí, sí, tú—. Uno sólo mira direcciones, horarios, lugares frecuentemente visitados —es a ti—… Nombres y números sin otro sentido que seguir el recorrido de una sombra, negro reflejo de una luz que debes apagar —eh tú, el que está leyendo—. Nunca me interesa nada más —estúpido—. Contar el dinero, en este caso, mucho, mucho dinero —eres un bobo— me ayuda a conciliar el sueño. No me preguntes —idiota— por sus sueños. A mí —chiflado— qué me importan. Claro —ceporro— que sé que tiene sueños. Todos los tenemos —palurdo—. También —panoli— todos tenemos pesadillas. Y sé muy bien que voy a salir en las tuyas —alelado—. Pero eso —imbécil— no es malo. Lo peor es que me encuentres despierto —inocente.

SOBYAS

La noche anterior un pájaro negro cruzó nuestra casa. Entró por una ventana y, tras posarse en el rincón donde solía dormir Iqbal, se despidió por la contraria. Y aunque estaba oscuro y su color era tiniebla, lo vi. Y aunque traté de olvidarlo en seguida, todavía lo recuerdo. Y aunque no quise darle ningún significado, ahora lo entiendo. Y aunque no quise contárselo a nadie, tú ya lo sabes. La noche anterior supe que el destino no cambia para los que no tienen nada, aunque la fuerza de su rebelión retrase la llegada. El día anterior Iqbal anunció que nos visitaba. Mi madre se alegró y decoró nuestra mesa con una guirnalda: amapolas, flores del árbol de mango, flores del banano, ramas de canela, cúrcuma, hojas de té y un loto coronando. Yo también me alegré, me arreglé el cabello y canté bonitas canciones, de esas que cuando las oyes, aunque sea por primera vez, se contagian y no puedes dejar de cantar a coro. Entonces albergaba esperanza por los que, como mi hermano, se rebelan para demostrar que no tener nada no es lo mismo que no ser nada. La noche anterior un pájaro negro cruzó nuestra casa. Entró por una ventana y se despidió por la contraria. Y tras posarse en el lugar de Iqbal, se llevó consigo mi esperanza.

FAYRAD

Lo hemos echado a suertes. A mí me ha tocado lo que ocurrió de día. Mi hermano te contará lo que ocurrió de noche. Lo hemos echado a suertes porque ninguno de los dos quería recordarlo. Así que, yo te hablaré de cuando fuimos a recoger a Iqbal a la estación del tren. Iba muy arreglado y de blanco. Parecía un maharajá, le dijimos. Qué maharajá, replicó él, ¡todo un sultán! Nos reímos. En cuanto llegue a casa y salude a la familia, me cambio, nos prometió. Y lo cumplió. Después de recibir doscientos sesenta y seis besos (en cada mejilla) de su madre y sobrevivir a un abrazo de cuatro horas y media, se fue con nosotros a la explanada. Le teníamos preparada una sorpresa: le habíamos traído una cometa. Iqbal alucinó. Era un día perfecto para hacerla volar. Sobre un cielo despejado color lapislázuli nuestra cometa naranja, con el dibujo de un pavo real, volaba siguiendo los caminos del viento, al paso que marcaban sus hilos. Qué diferencia, creo recordar que dijo Iqbal, entre estos hilos y los de la hilandera: unos me ataban, éstos me permiten volar. A veces la cometa subía muy, muy alto. Parecía que iba a llegar hasta el Sol. Otras, bajaba y bajaba, parecía que iba a tocar la tierra. Entonces una ráfaga de aire y un tirón apropiado del hilo adecuado en el momento indicado la ayudaba a remontar. Hasta que, cuando queríamos regresar a casa, la cometa subió y subió como nunca antes lo había hecho. Y en las alturas se quedó danzando con el viento, elegante y divertida. De repente, la fuerza que la sostenía desapareció. Nada pudo evitar que se precipitara en picado hasta el suelo. Me salieron unas palabras del alma. Créeme, las pronuncié

sin saber lo que iba a ocurrir después: quien muy alto ha volado sólo tiene que lograr una cosa más, aprender a caer.

LYAKAT

Ya que me ha tocado a mí contarte esta parte, me gustaría antes tomarme un poco de tiempo. Me gustaría recordar. Volver hacia atrás, hacia todo lo vivido, hacia las personas conocidas, las experiencias sufridas, las experiencias celebradas, los sueños cumplidos y los sueños incumplidos. Y los sueños que quedan por cumplir. Pues nuestros sueños no son sólo nuestros si alguien más, aunque sólo sea una persona más sobre la Tierra, sueña con ellos. Recuerda tú también. Tú, que has hablado con tantos, al que tanto han contado. Has acompañado a aquellos a los que Iqbal conoció. Has escuchado a todos los que desempeñaron un papel en su vida, grande o pequeño, positivo o negativo. Recuerda, por favor, tómate unos instantes. Ya estás al final de su camino. Jamás sabremos qué fue lo último que pensó antes de irse, pero tú sí puedes elegir, entre todo lo que has leído, la frase, el momento, la anécdota con que quedarte. Recuerda, por favor, tómate unos instantes.

Celebramos la Pascua en casa de Inyiat, su madre. Acudió buena parte de la familia. Nadie quería perdérsela. Echaban de menos a Iqbal. Se les hacía la boca agua con la merendola que había preparado Inyiat. Pan de roti con harina de maíz, arroz basmati con comino y clavo, pollo tandori con páprika y *curry*, y de postre, dulces árabes con miel de flores silvestres y semillas de sésamo. Humm, menuda panzada nos dimos. Podríamos habernos quedado ahí tumbados en el suelo. Hacer una digestión de serpiente con atracón

de elefante, pero seguíamos con ganas de trastear. Además, Iqbal había quedado en ir a ver a su abuela, que no vivía muy lejos. Nos propuso una divertida forma de hacer el viaje: en bicicleta. Digo bicicleta y no bicicletas, porque sólo teníamos una… y éramos tres. Así que nos organizamos: mi hermano delante, agarrado al manillar, Iqbal en medio, pedaleando, y yo atrás, cómodo en el sillín. Lástima que no nos viera el dueño de algún circo. Si no, nos habría contratado como equilibristas, nos habría ofrecido trabajo como payasos. Tendrías que habernos visto, parecía que en cualquier momento nos íbamos a caer… pero ¡epa!, no nos caíamos… ¡epa!, *ha estao* cerca, pero aquí estamos… y ¡epa!, tampoco ahora, hasta que… hasta que llegamos a la explanada que había que cruzar para llegar a la casa de la abuela. El viento sonaba como el silbido de un afónico. Estaba oscuro, pero una fogata iluminaba el camino. A partir de ahí todo es muy confuso. Creo que estaba mirando al cielo cuando un oí un horrible estruendo. Me caí. Desde el suelo oí otros dos estruendos seguidos. Oí también lamentos como cuando algo valioso se cae y se pierde en lo profundo del pozo. La bici estaba tumbada sobre mi hermano. Oí gemidos como de final de carrera desesperada cuando sabes que no llegas. Oí gemidos como pisadas de ciego intentando aplastar cucarachas que le han picado. Vi a Iqbal salir corriendo. Estaba sangrando. El viento seguía soplando. Cerré los ojos. Y al cerrarlos vi tulipanes rojos ardiendo. Volví a oír el estruendo, seco y fulminante. Oí sonido de gato que cae de espaldas sobre río embravecido. No me atreví a mirar. Hasta mucho tiempo después. El viento silbaba hasta quedarse afónico. Iqbal yacía en el suelo.

X

Llegué con tiempo de sobra. Hacía frío. Tal como esperaba, allí no había nadie. Tan sólo yo en medio de la noche. Una noche oscura como mis ropas. Habría sido engullido en sus tinieblas de no ser por el vaho blanco, humo mortecino, que salía de mi boca. Aun así no me habrías visto. Te habrías fijado en el cielo estrellado o en la luna menguante, o en la hoguera de una casa cercana que iluminaba el camino. ¿Te das cuenta? Nadie se fija en lo negro, sólo en lo que está superpuesto. ¿Acaso sabías que las estrellas están ahí también por el día? Hasta que no se marcha el sol, no puedes verlas. Es el manto azabache de la noche quien las enseña, como la tiza blanca escribe sobre la pizarra negra. Cuando una estrella deja de brillar, nadie lamenta su pérdida. La gente se olvida del hueco que ha dejado y contempla las que todavía quedan. Y éstas perviven porque la que ha desaparecido se ha transformado en un punto negro, tan negro que realza el brillo de una estrella. A mi estrella la oí venir antes de verla. Era el sonido de una bicicleta. Me coloqué en posición. Preparé el arma… ¿De verdad quieres que siga hablando?, ¿seguro?, ¿estás realmente seguro? Bien, pues si así lo quieres, te lo cuento, sigo. Preparé el arma, apunté…

¡¡¡Pum!!! ¡¡¡Pum!!! ¡¡¡Pum!!!

Tenía que asegurarme.

¡¡¡Pum!!!

ESHAN ULLAH KHAN

Estas palabras no sirven de nada ya, pero si has llegado hasta aquí es justo que las oigas, si quieres. Iqbal murió de cuatro disparos de escopeta entre las seis y las siete de la tarde, el 16 de abril de 1995. Tras su muerte se inició una investigación de lo ocurrido. En un principio, la policía inculpó a un pobre desequilibrado que pasaba por ahí y no acertaría a darle en el culo a un hipopótamo con una raqueta de tenis. Organismos internacionales e independientes señalaron que la versión de la policía no se sostenía. Apuntaron que el asesinato era trabajo de un profesional. Las constantes amenazas que sufrió Iqbal a lo largo de su vida por parte de algunos empresarios tapiceros los convertía en los principales sospechosos. Aunque lo cierto es que nunca se pudo probar nada. Prácticamente todos los países del mundo condenaron lo ocurrido y emitieron una nota de protesta contra el gobierno de Pakistán. Hubo manifestaciones en Europa, Asia, Oceania, África y América. En el pueblo sueco donde residió Iqbal, los vecinos se congregaron en la plaza Mayor y dejaron volar cien globos amarillos en su honor. Varios colegios norteamericanos cambiaron su programa académico. Dedicaron el día a honrar y recordar su vida. La Unicef decidió conmemorar la fecha de su muerte como el día contra la esclavitud infantil. Iqbal se convirtió en un símbolo de la explotación de los niños. Un símbolo que hay que nutrir y cuidar, de la misma forma que hay que cuidar y nutrir la vida de los miles de Iqbals que aún quedan por liberar. Eso es lo importante. Y poco más. Puedes imaginarte cómo nos sentimos los más allegados con su muerte. Y si

no te lo imaginas, lo siento, pero no seré yo quien te lo cuente. No me sale nada. A veces lo más triste y auténtico es el espacio que queda entre algunas palabras. Apago mi pipa. Me levanto de la mecedora y me retiro. Es hora de que otros cuenten su historia. Dime, ¿cuál es la tuya?

BUBA

Me llamo Buba y te voy a contar unas cuantas cosas. Ya te he dicho cómo me llamo, Buba, tengo once años y soy de Pakistán. Soy de Pakistán y vivo en Pakistán. Vivo en un pueblo pequeño, cerca de una ciudad grande que se llama Lahore. Nunca he estado en la ciudad grande, aunque cuando sea mayor quiero ir a visitarla. Ahora no quiero y no me hace falta. Todos mis amigos y mi familia están aquí cerca, en el pueblo pequeño. Por las mañanas voy a la escuela. Estoy en la escuela toda la mañana y me levanto muy temprano, antes que el sol. Cuando termino voy a casa a comer. No veas el hambre que tengo. A veces me dan ganas de comerme el plato. No lo hago porque sabe muy mal y me rompería los dientes. Por las tardes a veces tengo deberes. También suelo ayudar. Mi padre hace cestas de mimbre y está enseñándome. Ya he aprendido mucho. Pronto seré capaz de construir una cesta entera, ya verás. También a veces ayudo a mi madre. Ya sé hacer la masa para el pan de roti, aunque todavía no me sale la forma de círculo. También salgo a jugar a la calle. Lo que más me gusta es jugar al críquet. Igual que a Iqbal Masih. Lo sé porque sé muchas cosas de Iqbal Masih. Para empezar, mi escuela se llama así, escuela de Iqbal Masih. Se hizo con el dinero que ayudó a recolectar cuando estaba en el extranjero. Hay más escuelas como la mía en Pakistán. Gente de muchos países y de Pakistán nos ayuda a pagarla. Así nosotros podemos aprender y no hemos de trabajar como tenía que hacer

él. Si conoces a alguien de los que nos ayudan, dale las gracias de mi parte. Cuando sea mayor quizá me dé por viajar y dárselas yo. Pero ahora estoy a gusto aquí. Todos mis amigos y mi familia están aquí cerca, en el pueblo pequeño. Ya está.

MUDENA

Lo que te quiero contar no se puede contar, así que no voy a hacerlo. Lo que siento al recordar sólo se parece a lo que sentí cuando ocurrió. Pero, como dijo Eshan, eso no importa ya. Ya casi hemos terminado. Ya sabes del nacimiento y la muerte de Iqbal. Sobre mí te puedo contar, por si tienes curiosidad, que ya no soy una niña. Aunque no olvido que lo fui. Ni olvido lo duro que fue, por eso me dedico a colaborar para abolir la esclavitud infantil. Ni olvido lo bien que a veces me lo pasé, por eso trato de sorprenderme cada día. Mirar el lado positivo de las cosas. Sólo queda algo por añadir. Algo grande y fundamental. He guardado lo mejor para el final. Ya te dije que habría sorpresas. Deja que sea el propio Iqbal quien se despida. Aquí, guardo una nota que me dejó antes de verlo por última vez. Si me preguntas antes de leerla qué es lo que dice, cuál es su mensaje, te diré que la leas tú mismo. Si me haces esas preguntas después de leerla, te contestaré lo siguiente: al igual que el libro, esta nota sólo tiene un significado: el que tú quieras darle.

Mudena, ahora soy yo el que te sorprende con una nota. ¿Qué te parece? Pues que no te parezca nada, porque no tiene importancia. Se me ocurrió hacerlo y lo he hecho. Se me ocurrió porque esta noche, estando tan lejos, me he escapado del hotel. ¡¡¡Chsssssss!!! Ni se te ocurra decírselo a nadie. Estaba muy nervioso y no podía dormir. Sólo fui a dar una vuelta. No había casi nadie en la calle, pero como había mucha luz de las farolas, no estaba asustado. A pesar de ello, cuando oí ruido en un callejón, traté de esconderme detrás de una cabina telefónica. Bueno, no sé si sabes lo que es una cabina telefónica, ahí en Pakistán estáis tan atrasados… Es broma, tonta. Continúo. El ruido seguía y yo, más que miedo, lo que tenía era curiosidad. Salí de mi escondite y, con mucha precaución, me fui a mirar qué había en el callejón oscuro en tinieblas tenebrosas. Uuhh, uuuhhh, uuuhhh… Si no estás asustada deberías asustarte. Sigo. Tampoco estaba oscuro. Había una farola y uno veía bien. Y se oía claramente que el ruido venía de un contenedor de basura muy grande. Tendrías que verlos, Mudena. Aquí tienen cosas donde meten la basura que son casi tan grandes como nuestras casas. Sigo, que me pierdo. A pesar del enorme peligro que me acechaba, decidí internarme por detrás del contenedor, para ver qué había. No puedes imaginarte lo que vi. Alguien había tirado una alfombra preciosa a la basura. Una alfombra igualita a las que hacía cuando trabajaba para Arshad. Estoy convencido de que podía ser una de las mías. ¿Una alfombra que hace ruido?, me pregunté. Había oído hablar de alfombras voladoras, pero nunca de alfombras que hacían ruido. Decidí seguir investigando. Había un bulto sobre uno de sus pliegues. Lo levanté. Y ahora sí que no puedes imaginarte lo que me encontré. Pues una mamá gata y sus gatitos. La gata acababa de

parir y estaba amamantando a sus crías. Y había escogido hacerlo en una alfombra que hizo un niño esclavo de Pakistán, que fue arrojada a la basura por el que la compró por mucho mucho dinero en Nueva York. Me quedé atontado mirando los gatitos. No puedes imaginarte qué bonitos eran.

MIGUEL GIROT, seudónimo de Miguel Ángel Alonso Serrano nació en Salamanca en 1976.

Ha colaborado en la web del diario *El Mundo*, elmundo.es, y escribe en divertinajes.com. Su relato *El Rey de Abría no se llama Guelfi* obtuvo el premio de la Asociación Goya de Santander en 2004. Publicó *Cuentos de Cura Sanita* (Timun Mas) en 2005, lectura recomendada por la asociación de Biblioteques Publiques de Girona en 2006. *Iqbal Masih, lágrimas, sorpresas y coraje* es su primera novela. Es voluntario de la Cruz Roja y practica Breema. Tiene un gato. Se llama *Tao*. Estaba refunfuñando. Hasta que os lo he contado. Ahora no para de hacerme mimos…